HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

Cristóbal de Mendoza,

EL APOSTOL DE LOS GUARANIES



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPUBLICA

La Paz — Bolivia



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

LA SUPREMACÍA DEL PAPA, LA IGLESIA CATÓLICA Y AMÉRICA, EL EPISCOPADO HISPANO AMERICANO, CONCILIOS AMERICANOS, CONFLICTO INDÍGENA ANTE LA RELIGIÓN, LAS ÓRDENES CATEQUIZADORAS, LAS MISIONES, DOMINICOS, FRANCISCANOS, JESUÍTAS, MENDICANTES, INFORMES SOBRE LAS MISIONES Y CARRERAS ECLESIÁSTICAS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 3212
Número del texto en clasificación por autores: 4191

Título del libro: Cristóbal de Mendoza, El Apóstol de los Guaraníes

Autor (es): Hernando Sanabria Fernández

Editor: Biblioteca del Sesquicentenario de la República
Derechos de autor: Dominio público
Imprenta: Litografías e Imprentas "UNIDAS", S.A.
Año: 1976
Ciudad y país: La Paz – Bolivia
Número total de páginas: 126

Fuente: ***Digitalizado por la Fundación***

Temática: Jesuitas

CRISTOBAL DE MENDOZA,

El Apóstol de los Guaraníes

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

CRISTOBAL DE MENDOZA,

EL APOSTOL DE LOS GUARANIES



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPUBLICA

La Paz — Bolivia

VOLUMEN No. 18

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia
Primera edición, Mayo 1976

Editores: Biblioteca del Sesquicentenario de la República. Bolivia.
Impresores: Litografías e Imprentas "UNIDAS", S.A. — La Paz.

PREFACIO

Este modesto libro fue escrito hace ya más de un cuarto de siglo, a instancias de personas amigas interesadas en hacer conocer entre sus coterráneos la figura del Padre Cristóbal de Mendoza. A decir verdad, hasta esos días o poco antes, el nombre del venerable misionero entre guaraníes y mártir de la fe no estaba en la memoria del pueblo de cuya entraña había nacido, ni ocupaba por ende página alguna de su historia. Esto al punto que, cuando en 1940 o 1941, el historiador brasileño Aurelio Porto se dirigió desde Río de Janeiro a las autoridades locales, solicitando algunas informaciones acerca de aquél, no se le pudo proporcionar, sensiblemente, ninguna.

La solicitud valió, sin embargo, para que se despertase la curiosidad por el egregio paisano y se acudiera a cuanto medio era posible para saber de su pretérita existencia. Algo, muy poco, era lo que se había escrito hasta entonces acerca de él, apenas lo suficiente para la probanza de que existió, fue misionero entre selvícolas y tuvo muerte edificante: Las breves referencias dadas por el historiador peruano del pasado siglo Enrique Torres Saldamando en su obra **Los antiguos Jesuitas del Perú** y las notas biográficas, más breves aún, de Ma-

nuel de Mendiburo, compatriota y contemporáneo de aquél, consignadas en la parte respectiva del **Diccionario Histórico-Biográfico del Perú.** Total: Sólo un poco más que nada.

Algunos años después hubieron de llegar hasta aquí ciertos papeles impresos en el Brasil, que trataban acerca de las diligencias hechas en el Estado de Río Grande do Sul para iniciar y llevar a Roma el proceso de canonización del virtuoso misionero y heroico mártir. Tales impresos, traducidos luego al castellano y hechos circular por los religiosos de la provincia jesuítica boliviana, contenían datos biográficos del P. Mendoza, con pormenores ciertamente que ignorados entre nosotros. Empero lo que más llamó la atención de ellos y suscitó la admiración fue el considerar que un compatriota, un boliviano, mereciese tal veneración y fuese objeto de tan piadosas atenciones en país que no fue el suyo.

Quien esto escribe, estimulado así en sus sentimientos, concibió entonces la idea de pergeñar una pequeña biografía del bienaventurado paisano, atrevida idea y osada pretensión, así por tratarse de tema tan elevado, como por la insuficiencia de conocimientos para abordarlo y la poca o ninguna capacidad del pretendiente.

Puesto en el trance de acopiar informaciones, hubo de acudir, lo primero, a los repositorios bibliográficos de la residencia jesuítica de Santa Cruz. Era a la sazón superior de esta comunidad el virtuoso sacerdote y eminente geográfo, Padre Julio Murillo, quien, a más de cordiales estímulos, le brindó acceso a biblioteca y archivo. Allí consultó la **Regla** de San Ignacio, la **Conquista Espiritual,** del P. Ruiz de Montoya, la **Organización Social de las Doctrinas Guaraníes,** del P. Pablo Hernández, y la **Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España,** del P. Astraín. En la Biblioteca Universitaria hubo de servirse de las **Cartas Edificantes y Curiosas de las Misiones Estrangeras** (Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición y de la Reverenda Cámara Apostólica, Madrid, MDCCLIII — MDCCLVII) y la colección de **Documentos para la Historia Argentina. Iglesia,** publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que contiene la casi totalidad de las **Cartas Anuas** de los jesuitas del siglo XVII. Asimismo, los volúmenes de copias mecanografia-

das de varios documentos del sevillano Archivo de Indias, relativos a los primeros tiempos del dominio español en esta parte de Bolivia.

El mismo Padre Murillo otorgó al investigador la merced de ponerle en comunicación con el Padre Miguel Batllori, encargado de los archivos de la casa generalicia de los jesuitas en Roma. Cortas pero muy valiosas fueron las informaciones suministradas por el P. Batllori.

El material obtenido en esta labor de investigación no era mucho. Pero alcanzó para que el de la osada aunque bien intencionada pretensión elaborase su modesta biografía, con mucho de vehemente pero irreflexiva celeridad. Tanta fue ésta que a menos de cinco meses de haber sido llenada la primera cuartilla, ya el total de lo escrito aparecía en letras de molde, formando un opúsculo no del todo malo, materialmente. Lo había impreso la imprenta de "El Tiempo" con la data de abril de 1947. A tenor con esta explicación, una y cien veces debida, ruega el autor sea juzgada la obrita que hoy alcanza los honores de una segunda edición.

Aunque tenía sus barruntos por obra de vaga información, el precipitado autor de entonces no sabía de fijo que ya en el Brasil habían circulado dos verdaderas biografías del Padre Cristóbal, sobria aunque magníficamente escritas y con sólido respaldo de documentación fedataria: Una, la de Aurelio Porto, en **Anais do II Congresso Sul - Riovrandense de História.** Otra, bella y amenísima, con el título de **O Herói do Ibía,** del P. Luis Gonzaga Jaeger. Porto Alegre, 1943.

A buen seguro que a mérito de las estrechas relaciones entre las diversas casas jesuíticas del continente, el humilde librejo del boliviano hubo de llegar al convento y colegio de Porto Alegre, y más concretamente a manos del P. Jaeger. Este eminente sacerdote ignaciano, connotado miembro del Instituto Histórico y Geográfico de Río Grande do Sul, director del Instituto Anchietano de Investigaciones y autor de magistrales trabajos históricos, enjuició benévolamente el librejo y aun se dignó formular algunas provechosas enmiendas a su texto. La amabilidad incluyó el envío al modesto colega boliviano de un ejemplar gentilmente autografiado de **O Herói**

do **Ibía** y las noticias referentes al estado de la causa de canonización, o, para decirlo con más propiedad, la **Introducttio Causae Patris Christophori de Mendoza.**

Demás está decir que la lectura del libro de P. Jaeger y asimismo de la obra de Porto, proporcionaron al biógrafo coterráneo del biografiado datos que éste tenía ignorados o por ser mal conocidos fueron inexactamente consignados.

Al repasar el texto con el propósito de darlo a la reimpresión, ha procurado el autor la enmienda de los segundos, hasta donde es posible hacerlo.

De cuando la biografía boliviana fue escrita, esta parte, son varios los datos nuevos obtenidos por propia diligencia, gracias a favorables oportunidades de investigación en archivos y bibliotecas. Así el referente a los Mendoza, hijos del degollado en Potosí por mandato del virrey Toledo.

En cuanto a la revisión misma, conviene advertir que no se ha hecho sino correcciones parciales de tal o cual frase y tal o cual palabra. Entrar en obra de mayores reparaciones para imponer la mejora deseable habría sido poco menos que verificar la reelaboración total. Esta, sobre nada fácil, habría resultado larga y sobre todo lesiva a la estructura original del libro, que puede adolecer de muchos defectos, pero fue, o quiso ser, espontánea y fluida.

Así se la entrega al público, previa la demanda de su indulgencia.

Santa Cruz de la Sierra, noviembre de 1975,

año del Sesquicentenario de la República.

H. S. F.

ESTIRPE

1

España había dado con un nuevo mundo que sus descubridores y primeros exploradores entrevieron bello como un Edén y promisorio como una alborada. Mas, no tardaron ellos en advertir que tal belleza no era fácil de acceder y la promisión sólo alcanzaba a quienes estuvieran en condiciones de merecerla. Lo que desde la periferia se divisaba como suaves ondulaciones de colonias era apenas el comienzo de montañas tan elevadas como no las había otras en Europa. El apacible mato de palmeras y arbustos se prolongaba hacia adentro en selva profunda y densa. El embalse de aguas plácidas y verdegueantes tenía por detrás lagunas gigantescas, cuando no tremendos pantanales. El faldío abrupto, el hosco desfiladero, el río turbulento, la llanura sin fin, cerraban el paso del atrevido, oponiendo a su avance todos los rigores de la naturaleza.

En aquellos fieros interiores moraban gentes más fieras aún, que defendían sus tierras con bravura singular, y si aparentaban sumisión, ésta era sólo uno de sus tantos ardides de guerra.

Pero los hijos de España estaban empeñados en ganar la tierra, mitad por ansiedad de aventuras y mitad por obtener logros materiales. No faltaba quienes estuvieran animados por el místico ideal de llevar a los indígenas la prédica del evangelio y hacer de ellos fieles cristianos.

Contó la empresa con el aporte de todos los estamentos que por aquel entonces componían la sociedad española. Labriegos de La Mancha y Extremadura, artesanos de Sevilla y Toledo, soldados que acababan de pelear en Italia y Flandes y hasta gentes que por no tener oficio conocido o no de ser de su gusto ejercerlo, deambulaban por aquí y por allá, a la husma de aventuras, todos se dieron cita para acometer la empresa de América, ciertos de que allí darían nueva forma a sus vidas. Acudió también la nobleza, y no por cierto con mengua de sus dignidades y blasones, singularmente aquellos individuos de ella no favorecidos de la fortuna, por su condición de excluidos de sucesión familiar o calidad de segundones.

Vale mencionar entre los segundos, por tener mucho que ver en la materia de que trata este libro, a cierto linaje tan orgulloso de sí y tan pegado de lo suyo, que en su escudo de armas ostentaban esta divisa: **Dar es señorío, recibir es servidumbre** (1).

Empieza el lustre de este linaje a principios del siglo XIII, cuando don Diego López de Mendoza vino desde su tierras de Vizcaya, a establecerse en Castilla, para servir de más cerca a su rey. La vieja alcurnia a que pertenecía —**mendioza**, montaña fría, en la lengua vasca— pasaba por ser una de las más esclarecidas de la Escualerría. Una antigua tradición la hacía descender de reyes, o más próximamente de cierta reina, de cuyo lecho de madre fue **hurtado** un hijo que tuvo en circunstancias no precisamente conformes a la dignidad real. Quieren los genealogistas que este hijo **hurtado** sea el tronco de la familia y origen del apellido que usaron, precediendo al de Mendoza, algunos vástagos de la progenie.

Descendiente de aquel don Diego fue don Pedro González de Mendoza, a quien para distinguirle de homónimos posteriores, suelde decírsele "el de Aljubarrota", por la batalla en

que rindió heroicamente la vida en defensa de su patria y de su rey. Dos de los hijos del de Aljubarrota fueron troncos de ilustres familias a cuya suma de méritos ganados en el real servicio, puede añadirse el de haber dado a la conquista de América figuras de nombradía y distinción Uno de ellos fue don Diego Hurtado de Mendoza, almirante de Castilla y progenitor del célebre poeta Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, el galante admirador de la "fermosa vaquera de la Finojosa". Descendiente del culto marqués en tercera generación fue don Pedro de Mendoza, primer Adelantado del Río de la Plata y fundador de la ciudad de Santa María del Buen Aire.

El otro hijo de don Pedro y por consiguiente hermano del almirante de Castilla fue don Juan Hurtado de Mendoza, que ejerció las eminentes funciones palaciegas de mayordomo mayor del rey Juan II. A un hijo de aquel llamado Ruy Díaz de Mendoza, los Reyes Católicos Fernando e Isabel hicieron conde de Castrogeriz, por rescripto de 22 de abril de 1476. Nieto del primer conde de Castrogeriz fue don Francisco de Mendoza, que vino en la armada de su deudo el Adelantado y habría de ser en el drama de la conquista actor y protagonista de nobles acontecimientos y a la vez tronco de un linaje criollo con largo y conspicuo historial en esta parte de América.

2

Santa María del Buen Aire: A la orilla del río cenagoso que del preciado metal sólo tiene el nombre, los hombres se agitan esperando la hora de seguir la jornada en pos de la Sierra de Plata y el Rey Blanco. Pero la oculta dolencia que aflige al Adelantado don Pedro de Mendoza no sólo le impide el movimiento de sus brazos, sino también el movimien-

to de aquella brava hueste que no ha venido, no, a tenderse de espaldas a la sombra de los mustios talas y los raquíticos espinillos. Pasan los días y, entre tanto, el espectro del hambre va rondando por cima de los techos de paja del improvisado caserío. Salen las expediciones en busca de sustento, y en ellas empiezan a resaltar las figuras de enérgicos y valientes capitanes que, andando el tiempo, habrán de ser los verdaderos conductores de la empresa.

Entre el millar y medio de hombres que van y vienen a la vera del amplio río, cobra distinción la persona de cierto mancebo de hasta veintidós años que pasa por ser uno de los favoritos del doliente adelantado. Se llama Don Francisco de Mendoza y ejerce el mando de la gente de caballería con el grado de capitán. Que es de noble familia, lo demuestra a las claras su señorío en el porte y su talante altivo y fachendoso. Los más sabidos de la muchedumbre expedicionaria dicen que es hijo del conde de Castrojeriz y que, antes de incorporarse a la empresa, desempeñaba, cerca de la imperial real y majestad de Carlos V, las honoríficas funciones de Gentilhombre de boca. Alguién insinúa a media voz que este Don Francisco no ha dejado la palaciega plaza para venir a estas playas en busca de bienes y aventuras, como la inmensa mayoría de sus compañeros de empresa, sino que desgraciados acontecimientos le han impelido a que ponga océano de por medio entre su noble persona y la justicia del rey. En el chismorreo de las pesadas siestas y las noches inacabables suele comentarse, con reticencias y medias tintas, de que el segundón de Castrojeriz era casado y vivía feliz en la corte. Entre tanto su esposa, liviana mujer si las hay, andaba en amores, doblemente pecaminosos por lo adúlteros y lo sacrílegos, con cierto varón de tensura y hábitos que se tenía por amigo de la casa. Quien tal especie divulga, no para hasta añadir que el gentil-hombre de su majestad sorprendió a los delincuentes y no pudo menos que cobrar su honra cosiéndolos a estocadas (2).

El auditorio del chismoso se explica a esta sazón por qué Don Francisco ha desistido de la honrosa y preeminente plaza y entregádose al albur de la conquista platense.

La existencia de Santa María del Buen Aire se va haciendo cada día más cruenta y más penosa. Los indígenas comarcanos no sólo han dejado de llevar a la población los pocos víveres que buenamente le suministraban a un comienzo, sino que han concluido por llevarles la guerra. Chanás, pampas y querendíes estrechan el cerco y disparan saetas inflamadas sobre los techos de paja que arden como nogueras. El hambre hace pecar contra natura a los hombres del Adelantado, obligándoles a devorar lonchas de los cadáveres insepultos de sus compañeros. Ayolas partió hace meses el río arriba, y no hay noticia alguna de él. Don Pedro yace en el lecho de enfermo, y no falta quien afirme que es con el vergonzoso mal que según la leyenda, los dioses tomaron venganza del pastor Siphylo. Visto que ya nada puede esperar de la avara tierra, decide regresar a España, embarcándose en una de las pocas naves que han salvado de la carcoma, del hacha de los colonizadores y de las flechas incendiarias de los indios. No tendrá el doliente ni siquiera el pobre consuelo de morir en tierra. Mar adentro le aguarda la muerte y la sepultura entre las aguas.

Queda el extenso adelantazgo a merced de los hombres que puedan hacerlo suyo a fuerza de ánimo. Aunque del bravo aragonés Juan de Ayolas, que dio palabra de llegar a la Sierra de Plata, no se tiene la menor noticia, muchos son los que esperan su regreso cargado de oro, plata y piedras preciosas. Así lo ha supuesto el mismo adelantado y por ello, al embarcarse con rumbo a España, no ha querido revocar el poder que dio a aquel meses atrás para sustituirle en la gobernación en caso de necesidad. Interinamente ha encomendado autoridad y mando a un su compañero de infancia, el rumboso y petulante capitán Francisco Ruiz Galán.

Alejado Don Pedro, la gente empieza a moverse al norte, río arriba, en busca de las montañas donde yace el metal. Ruiz Galán, que barrunta el hallazgo de Ayolas y ve en el regreso de éste la pérdida de su interinato en el mando, decide obrar por cuenta propia y emprende el mismo camino, a la cabeza de sus hombres. En el real de Corpus Christi, establecido a orillas del Paraná, a corta distancia del fuerte de Sancti Spi-

ritus fundado por Gaboto diez años atrás, exige a los que le acompañan y a la guarnición del fuerte el reconocimiento público y solemne de su autoridad subrogatoria. El escribano Pero Hernández, a la sombra de la arboleda ribereña garrapatea y da fe de haberse librado allí firme juramento de fidelidad a Ruiz Galán. Estampan sus firmas en el escribanil papelote cientos de hombres que lleva el improvisado gobernador y que, con éste o con el otro, cuanto anhelan es tomar posición de la Sierra de Plata. Entre esos cientos de firmas ha estampado la suya el hijo segundón del conde de Castrojeriz, el apuesto y gentil capitán de la gente de caballería, don Francisco de Mendoza.

Ya por entonces se ha unido en matrimonio a una de las pocas mujeres venidas en la expedición, la donosa y decidora hija del hidalgo Juan Manrique de Lara, muerto a manos de los indios en desigual combate librado en las inmediaciones de Buenos Aires, dos años atrás. María se llama la moza, y por uno de esos caprichos de la época, lleva, no el nobilísimo apellido de su progenitor, sino el de Angulo que es el de su familia materna.

Los acontecimientos se precipitan cuando Ruiz Galán llega a la casafuerte de Asunción, sobre el río Paraguay. Disputale allí mando y gobierno un tal Domingo Martínez de Irala, más conocido por el mote de Capitán Vergara, a quien Ayolas delegó sus poderes al dejar la cuenca platense para penetrar selva adentro en camino al país del Rey Blanco.

Agria y compleja es la cuestión que se suscita. Pero, tras de algunos meses de enredo y socaliña, el hasta entonces obscuro oficial Irala, o Vergara si se quiere, acaba por imponerse sobre su contendor y es reconocido por la mayoría de la gente como legítima autoridad de la colonia.

Pasan los días. La casa fuerte de Asunción se va transformando en un poblado de más y mejor, gracias a la tesonera actividad de los hombres que en ella se avecindan. Una tras otra parten de allí las expediciones río arriba y bosques adentro, sin que ninguna de ellas pueda alcanzar la anhelada fortuna.

Don Francisco de Mendoza no se da muy de lleno a tan penosas como improductivas labores. En su recién formado hogar, noble de linaje por entre ambos pilares, ni brilla la abundancia ni el buen trato escasea, y se vive en satisfactoria y grata medianía, rodeado por el respeto y la cordialidad del vecindario. Dios y la naturaleza han bendecido su unión con doña María de Angulo y Manrique al otorgarle la merced de cinco vástagos en los que habrá de prolongarse su propia vida y la gloriosa tradición de su estirpe: Elvira, Juana y María, las niñas; Diego y Francisco, los varones.

3

1548. Domingo Martínez de Irala, el obscuro oficial de ayer, convertido hoy en gobernador de la colonia por voluntad de los pobladores, ha emprendido la definitiva expedición a la Sierra de Plata, dispuesto esta vez a caminar hasta encontrarla. Antes de hacerse a la vela, río Paraguay arriba, y previo el parecer de los oficiales reales Dorantes, Cáceres y Venegas, ha dejado poderes para que en su ausencia gobierne la colonia el gallardo capitán Don Francisco de Mendoza. Pero, apenas se aleja Irala, el partido de los descontentos sevillanos que odia cordialmente al vizcaíno y a cuantos simpatizan con él, empieza a agitarse y a mellar la pacífica autoridad de don Francisco.

Los Abreu, los Ortiz de Vergara, los Díaz de Melgarejo, los Riquelme de Guzmán andan en trajines subversivos y concluyen por hacer consentir al bueno de don Francisco de que su autoridad delegada no está en modo alguno respaldada por legítimo origen y que el capitán Vergara no tenía derecho al-

guno para delegar funciones que él mismo había tomado poco menos que a la fuerza. De otra parte, agregan los cazurros sevillanos, nada improbable es que a esas horas el resistido guipozcoano haya corrido la misma suerte que su antecesor Ayolas, y, por ende, la gobernación esté legal o ilegalmente, en vacancia. Una elección popular sería en esas circunstancias el medio más digno y el único justo para tomar la potestad gobernativa.

Los sevillanos acaban de convencer al segundón de Castrojeriz con la oferta de sus adhesiones personales, asegurándole que él y no otro será quien salga elegido gobernador.

Don Francisco cae en las redes. Renuncia a las funciones que investía y convoca al pueblo asunceno para que, en libre elección, designe a su gobernador de acuerdo con una real orden dinctada por la católica y cesárea majestad de Carlos V, en 1537.

Realizado el acto en el atrio del templo de La Merced, con la debida solemnidad y no por cierto con la corrección y la garantía que en el caso eran requeridas, la gran mayoría de los votos resulta favorable al sevillano Diego de Abreu, personaje de poco más o menos violento carácter y fuerte de pasiones. Don Francisco, llevado de su altivez ofendida y de los consejos nada oportunos de sus partidarios, comete la debilidad de protestar abiertamente contra el hecho consumado. Más aún: Tomando por buenos los pareceres del bando contrario a los sevillanos, muéstrase decidido a desconocer la autoridad del irascible Abreu. Ante el peligro que esto significa, el flamante gobernador determina obrar enérgicamente. Un día de esos toma preso a don Francisco, hácele instruir sumarísima causa y le condena a muerte. Inútiles son las intercesiones y los ruegos por la vida del bien estimado deudo de los grandes de España; inútil la apelación del reo para su católica majestad. Levántase el cadalso frente a la residencia del sevillano, frío y tempestuoso como el viento cuyo nombre lleva de apelativo, y el descendiente de las más linajudas castas hispanas es degollado por manos de Diego Mollano el Sardo. Frisa apenas en los treinta y cinco años el día de su muerte.

Doña María de Angulo, cuya desgracia ha empezado con la trágica muerte del progenitor de sus días, recibe este rudísimo golpe cuando el mayor de sus hijos apenas ha salido de la infancia. No será el mayor ni la última de las tragedias que el destino ha deparado a su noble como infortunada estirpe.

4

Han pasado ocho años. La colonia rioplatense y la ciudad asuncena se han fortalecido y crecido hasta merecer los honores de sede episcopal.

En abril de 1556, arriba el primer obispo (3), un religioso franciscano, andaluz de origen, llamado Fray Pedro Fernández de la Torre, que viene con fama de hombre de mucho estrado y suficiente saber. Trae consigo buen número de sacerdotes seglares, diáconos y ordenandos minoristas, gente de servicio ,enseres y paramentos litúrgicos y, finalmente, dos guapas doncellas, sobrinas suyas, llamadas doña Leonor y doña Juana de la Torre.

Que su señoría ilustrísima no es el prelado que conviene a tan turbulento como pobre rebaño, es punto que los acontecimientos posteriores se encargarán de poner en evidencia. De principio provoca la animadversión de los misérrimos pobladores exigiendo sin contemplaciones el pago atrasado de diezmos y primicias y, sobre todo, ostentando lujo y porte señoriales que no condicen con la modestia en que vive la colonia.

Don Diego de Mendoza, el mayor de los hijos varones del finado don Francisco, a la sazón mozo ya y de muchos atrac-

tivos, festeja formalmente a doña Juana de la Torre, bajo la benévola mirada del mitrado tío que halla muy digno de emparentar con su familia a este apuesto y selvático retoño de la ilustre prosapia de los Mendozas.

Algunos años atrás, han ya contraído nupcias las dos hijas mujeres del corto y poco venturoso matrimonio Mendoza y Angulo: Doña Elvira con Ñuflo de Chávez, el futuro fundador de Santa Cruz, y doña Juana con el hidalgo granadino Hernando de Salazar, recientemente llegado a Asunción.

Por entonces, maduro está ya el grandioso plan que ha concebido Chávez de dar las espaldas al Paraguay y tomar por cuenta propia la reducción y colonización de las tierras que quedan entre el epónimo río y las sierras de Charcas. Con el señuelo de los míticos relatos del lago de Xarayes y la Isla del Paraíso, ha conseguido que el propio Irala autorice y auspicie la expedición, semanas antes de su muerte, y que el obispo de la Torre la apruebe y la bendiga.

En febrero de 1558 zarpa la expedición del puerto asunceno, con el bravo y habilísimo Chaves por jefe y Diego de Mendoza, Hernando de Salazar, Antón Cabrera y otros jóvenes oficiales por inmediatos colaboradores. Larga, penosa y azarosa es la jornada y ha de tropezarse en ella con todo género de dificultades. Pero la bravura, la sutileza, la habilidad política y la constancia de Ñuflo concluyen por decidirlo todo. El 26 de febrero de 1561 es fundada la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, al pie del ameno collado de Chiquitos y a orillas del cristalino manantial del Sutós. Tres años más tarde, impuesta ya su autoridad sobre los selvícolas comarcanos y en floreciente estado la ciudad, viaja Chaves a la Asunción con el propósito de traer consigo a su familiares. En la capital paraguaya los relatos de Ñuflo despiertan tal entusiasmo, que el obispo La Torre, el gobernador Ortiz de Vergara ([4]) y todo lo más sobresaliente de la población deciden abandonar las orillas del Paraguay y venir tras los Chaves y los Mendoza a la ciudad del místico y sugestivo nombre.

Fue así cómo la viuda del noble cuanto infortunado don Francisco, sus dos bellas hijas y la sobrina del inquieto obis-

po vinieron a establecerse en el corazón de la América virgen, en un claro de la selva cuyo caserío se atribuía los honores de solar ciudadano.

Pero estaba escrito que la ventura de la hijodalga familia no había de durar. Tres a cuatro años después, abispo, gobernador, oficiales reales y gran número de los que con ellos han venido de Asunción, determinan regresar a los lares de origen. Ñuflo se brinda caballerosamente a escoltarlos con un corto número de hombres, a fin de proteger a la caravana de las acometidas de los indios, que a la sazón se muestran agresivos. A las pocas jornadas, un grupo de salvajes itatines da feroz muerte al gran caudillo, truncando así una existencia difícilmente reemplazable en la magna faena de hispanizar la América india ([5]).

A la noticia, los de Santa Cruz se congregan para elegir al que ha de suceder en el gobierno de la naciente colonia al magnífico, "en tanto que su majestad provea". El voto unánime de los pobladores se decide por Diego de Mendoza, quien no sólo está recomendado por méritos de familia, sino también por propias y relevantes cualidades.

Algún tiempo después, el licenciado Lope García de Castro, gobernador del Perú, da por buena la elección y confirma el nombramiento, pero tal confirmación dura muy poco. Al gobernador Lope sucede como virrey el célebre Francisco de Toledo, hombre de agrio carácter y severa autoridad, que quiere tener el extenso virreinato en el puño de la mano. A su entender, el mando de don Diego en la lejana provincia significa la instauración de una especie de dinastía que no es dable consentir. Es posible también, por otra parte, que la historia de la familia Chaves—Mendoza no haya sido de su agrado y haya despertado en su ánimo ondulantes resquemores. Reemplaza, a don Diego el año 1571, nombrando como gobernador "de Santa Cruz de la Sierra, Moxos y Timbúes" al veterano de la colonización tucumana don Juan Pérez de Zurita.

Establecido el de Zurita en la ciudad de la serreta de Chiquitos, la animosidad de los viejos conquistadores no tarda en serle demostrada. Un día disputan en la iglesia matriz la

fámula de la esposa del nuevo gobernador y la sirvienta indígena de doña Juana de la Torre, esposa del gobernador desposeído, por el sitio de preferencia dónde colocar el cogín postratorio de sus respectivas amas. La reyerta de fámulas deriva en contienda de caballeros, y el incidente termina a estocadas en el atrio del templo. A los pocos días, los amigos y partidarios de la noble familia criolla álzase en armas, toman preso al de Zurita y desconocen su autoridad, llamando a don Diego para que reasuma las funciones de que fue injustamente despojado.

Al tener noticias de tan rebelde actitud, el virrey Toledo que a la sazón se halla entre Potosí y La Plata, toma enérgicas medidas para reprimirla. Como quien guerrea contra los chiriguanos, trata de ir en persona a castigar a los rebeldes, pero la indómita chiriguania le estorba el paso y, para lograr su propósito, opta por recurrir a la añagaza. Haciendo que disculpar la rebelión a trueque de justas recompensas, ofrece el perdón a don Diego, siempre que éste vaya a La Plata, ciudad en donde ha de confiarle funciones dignas de su rango y sus méritos.

El hijo de la víctima de Abreu se deja persuadir y emprende el largo y azaroso viaje. Pero, apenas llega al primer poblado hispano-andino, es reducido a prisión, cargado de cadenas y llevado a Potosí, en donde se encuentra por entonces el justamente llamado "Solón Peruano". Tras de breve proceso, don Diego entrega la cabeza al verdugo y el espíritu a Dios.

Allá en la ciudad que se yergue sobre el océano de verdura vegetal, queda la amada esposa y tres tiernos niños, a quienes deja un legado de tradición gloriosa y de infortunio: María, Diego y Bartolomé.

APENDICE II

EL PADRE CRISTOBAL, TAUMATURGO

Por juzgarlo de suma importancia para el lector boliviano, se transcribe a continuación el capítulo que con el título dado arriba concluyó el P. Luis Gonzaga su hermosa y original biografía del Apóstol de los Guaraníes. Se ha optado por conservar su texto en lengua portuguesa porque así se mantiene la devoción y espontaneidad del texto:

Uma das notas mais caraterísticas, embora não infalíveis, da santidade de alguma pessoa, são os milagres que ela opera.

Não sabemos ainda se o P. Mendoza fèz milagres em vida. Até nos inclinamos a crer que não teve êsse carisma.

Mais provável é que, após o seu ditoso trânsito, "Pai Quirito", sempre tão bom e amável tenha acudido a socorrer a algum devoto seu. Como, porém, muitos documentos jesuíticos se extraviaram ou se perderam de todo nestas três centúrias, nada nos consta de certo sóbre êste particular.

Tanto mais admiráveis e repetidos são os favores e graças atribuidos à intercessão do nosso herói desde a data em que foi descoberto o lugar do seu martírio.

5

Joven y robusta se encuentra ya Santa Cruz de la Sierra, la ciudad isla del borrascoso océano selva. En torno al amplio espacio desbrozado con honores de plaza principal han ido levantándose las rústicas chozas, primero, las casitas de adobe después, y últimamente los edificios de cal y ladrillo.

En 1590, la ciudad de Ñuflo de Chaves es ya una verdadera población urbana, con espaciosas calles y cómodas viviendas. El cabildo, la casa de gobierno, la iglesia matriz, el templo de la Compañía de Jesús y el de La Merced sobresalen del conjunto con sus blanqueadas paredes y sus altos tejados. Por las asoleadas calles que tapiza leve y tupido césped, discurre en incesante actividad una población blanca que no baja del millar y el numeroso gentío de las parcialidades indígenas que han ido poco a poco sumándose al poblado.

¡Cuánto trabajo y cuántos sufrimientos ha costado a peninsulares y criollos conservar la ciudad de Ñuflo a través de casi treinta años! Los belicosos itatines y chiriguanos la han atacado muchas veces con ánimo de exterminarla, y ha sido menester que todos los pobladores, mujeres inclusive, acudan a las almenas de la pobre muralla defensiva para repeler, ballesta y arcabuz en mano, las acometidas de los hijos de la selva. La bravía naturaleza no ha dejado de mostrarse hostil, hora descargándose en furiosas tempestades que ponían en peligro las febles construcciones; ora inoculando en la sangre de niños, mozos y viejos la ponzoña de fatales dolencias; ora, en fin, haciendo que avanzaran sobre el caserío la maleza estranguladora de las plantas adventicias, los tentáculos disformes de los juncos y la malla falaz de las enrredaderas.

Como si esto fuera poco, en el ánimo de las gentes de ambos Perúes que invisten autoridad, ha ido creciendo cierta ani-

madversión, no siempre disimulada, contra la ciudad de la selva chiquitana. Virreyes y audiencias no paran de aconsejar a los cruceños el traslado de sus viviendas a sitio más próximo en donde puedan ser socorridos, ni paran de instruir por lo bajo a los gobernadores el abandono de la pobre pero altanera ciudad y su reemplazo con un otro poblado a esta parte de la indómita selva.

Don Lorenzo Suárez de Figueroa, gobernador y capitán general desde 1580, ha dejado la capital y asiento de su gobernación y anda, cincuenta leguas al occidente, reconociendo y explorando las orillas del turbulento río que llamaron **Sara** los autóctonos chanés, **I - i - guapa - í** los invasores chiriguanos y los españoles denominan con admiración **Río Grande.** Dícese en Santa Cruz que don Lorenzo, en cumplimiento de instrucciones que desde Lima y Charcas le han sido dadas, tiene el propósito de establecer en aquellos lugares la nueva capital de la gobernación.

Pero, no obstante las contrariedades y mal pese a las inquinas, Santa Cruz de la Sierra está más viva y más fuerte que ayer, y ha de estarlo aún por luengos años, pues tal es la voluntad de sus pobladores. En el ánimo de todos, no solamente impera la firme resolución de permanecer a orillas del Sutós, sino también la de continuar cualquier día la empresa que dejó inconclusa, don Ñuflo yendo por el Sutós abajo, siempre al norte, en busca del Gran Moxo.

Capitanes para conducir la expedición, no han de faltar. Puestos en camino los hombres, muchos de ellos puede que resulten dotados de la habilidad y el carácter que se requieren para tal empresa. Pero, si ha de respetarse la tradición, si ha de ponerse los ojos en alguien que por sus antecedentes esté llamado a ejercer mando, aún quedan retoños de la familia que el virrey Toledo quiso exterminar.

Verdad es que los hijos varones de don Ñuflo fueron llevados al Perú, casi de por fuerza, y allí vivieron oscuramente y murieron, mancebos aún, sin dejar descendencia. Que las hijas mujeres fueron conducidas a Charcas, al mismo tiempo que su madre doña Elvira y su abuela doña María de Angu-

lo, y en el camino fueron asaltadas por los chiriguanos. En tal asalto pereció doña María y doña Elvira pudo salvar la vida y la de sus hijas, increpando a los asaltantes en lengua guaraní ([6]).

Quedan sin embargo los Mendoza, los hijos del ajusticiado don Diego, con su esposa Juana de La Torre, la sobrina del obispo. Uno se llama Diego, como el padre, y Bartolomé el otro. Se han criado al abrigo de su tío Hernando de Salazar, alguacil mayor de Santa Cruz, y por el año de la entrada de Suárez de Figueroa son ya hombres hechos y derechos.

Consta en un litigio por el mejor derecho a cierta encomienda de indios, sustanciado ante la Audiencia de Charcas, que Diego, el mayor, estaba casado con doña Dominga de Orellana, y en 1593 era "de hedad de veinte e ocho años", lo que equivale a decir que nació hacia 1565. Fue vecino prominente de Santa Cruz y desempeñó allí honoríficas funciones. Durante el gobierno de Beltrán de Otazú (1597—1599) encabezó una expedición enviada por éste hacia las tierras de Moxos. Al hacerse cargo de la gobernación el general Soliz Holguín en 1599, le nombró para su lugarteniente en Santa Cruz, en tanto él residía en San Lorenzo el Real. En calidad de tal fue sometido a lo que entonces se decía "juicio de residencia, por el gobernador Mate de Luna, en 1602. Salió absuelto de todos los cargos que se le habían formulado. En 1594 aparece como alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Ñuflo. En 1623, hecha la fusión de las dos ciudades, vuelve a ejercer las funciones de alcalde, esta vez como de primer voto.

Todo autoriza a sostener que este segundo Diego de Mendoza fue el padre de un niño nacido en Santa Cruz de la Sierra a quien se bautizó con el nombre de Rodrigo. El mismo que, andando el tiempo, al ingresar en la Compañía, tomaría el nombre de Cristóbal.

6

Entre aquel pequeño mundo de hidalgos fachendosos y emprendedores y de indígenas callados e impasibles, va deslizando su infancia el niño Rodrigo de Mendoza y Orellana. En el hogar paterno, en los atrios de los templos, en las tertulias callejeras y hasta en los corrillos de los infantes de su edad, sólo oye hablar de empresas arriesgadas, de conquistas selva adentro, de regiones lejanas y opulentas, y reyes autóctonos que resplandecen de oro y plata. El Paytití, el Gran Moxo, Enín, son palabras que suenan constantemente en sus oídos y acaban por serle tan familiares como los nombres de sus hermanos y de sus pequeños amigos. Se diría que la altanera ciudad sólo vive para forjar con el oro de los sueños las armas y las herramientas con qué emprender la expedición a la incógnita tierra de los moxos.

Pero el niño Rodrigo no place mucho de tales conversaciones, ni se siente atraído por las aventuras de guerra. Ama tanto como los veteranos de la conquista y los conquistadores en agraz. La ama con amor de hijo y admira su grandeza, aprecia sus encantos y se siente poseído de su misterio. Le place salir de paseo y recorrer las inmediaciones de la ciudad, allí donde empiezan los palmares enhiestos y las ramazones tupidas. Suele trepar muchas veces a los vecinos alcores de Riquío, desde donde la mirada inquieta ve agrandarse el paisaje, tendido a norte y a sud como si fuera una alfombra cuyos bordes se pierden en el horizonte.

Entre los indios que hacen el servicio doméstico de su familia hay una buena y paciente mujer que le atendió y cuidó desde niño y a quien él profesa singular afecto y ha de recordar más de una vez en el decurso de su vida. Por la india sabe de la selva muchas cosas que avivan más su interés y estimulan más sus afectos que los relatos de los soldados y

capitanes de la conquista. Habla el idioma guaraní con la misma soltura que la propia fabla hispánica, y es en aquel flexible y pintoresco lenguaje que oye diariamente consejas legendarias, vívidas narraciones y noticias insospechadas de ese mundo misterioso y bravío, violento y agitado, pero también benéfico y acogedor que es la madre selva (7).

Sabe que los mansos y robustos hombres de piel atezada que conviven en Santa Cruz con los dominadores blancos, pertenecen a un numeroso gentío, pacífico y laborioso, que es dueño originario de estas tierras en muchas leguas a la redonda. Que más allá viven otros hombres, venidos de la región por donde sale el sol, los cuales aborrecen por igual al español como al chiquitano y saquean, matan y hasta devoran a sus adversarios. Palidecen los mansos aborígenes al hacer memoria de estos fieros hombres llegados a la selva nativa no mucho tiempo atrás. Dicen que sus dominios adquiridos a costa de pillaje y exterminio, abarcan extensos países, desde las faldas de las agrias montañas que se yerguen al poniente, hasta lejanas comarcas cruzadas por ríos anchos como mares y rumorosos como truenos. Son ellos los que ponen estorbo a las incursiones de los españoles; los que han incendiado la ciudad de La Barranca y, para decirlo todo, ellos los que mataron a don Ñuflo y doña María de Angulo.

El niño escucha con grave curiosidad y con creciente admiración tales relatos. Su cabecita soñadora trata de reproducir las imágenes de esos hombres fieros y crueles, moviéndose ágilmente entre la tupida maraña de los bosques, persiguiendo a las tribus enemigas, merodeando los pueblos españoles. Pero no siente el ondulante temor de aquellas pacíficas gentes. Los nervios españoles que dan virilidad a su cuerpo, nervios de Mendozas, Manriques y Orellanas, no conocen la inducción enervante del miedo. El no teme a los guerreros indígenas que vinieron de levante para instalarse, a expensas de chiquitanos y chanés, en esta región que le ha visto nacer. Bien podría recorrer la selva, como su padre, como sus abuelos, en busca de esas fieras gentes, mas no para conquistarlas a tiros de arcabuz y a golpes de alabarda, sino para pedirles que se hagan buenos, para clamar por sus pobres ami-

gos chiquitanos. Después de todo, quizás no sean tan malos como parecen. Tal vez asaltan, roban y matan porque nadie se ha ocupado de decirles que dejen de hacerlo; nadie, ni siquiera los hombres blancos, dominados por el afán de satisfacer sus ansias con el solo bagaje de la hombría.

Así piensa el vástago de grandes de España y conquistadores de América, a quien los poblanos de Santa Cruz de la Sierra reservan la misión de conducir a los bravos de su generación hacia los opulentos campos del Gran Moxo.

Pero él no ambiciona mandos, ni place de las armas, ni querría hollar la selva en son de conquista. Más que ordenar, le place obedecer; más que ejercitarse en el manejo de la espada, gusta de arrodillarse al pie de los altares y balbucir oraciones. No querría vencer a los indios por la fuerza potencial de las buenas palabras.

Tal es la razón para sentirse atraído de modo inefable por los buenos y laboriosos padres de la Compañía de Jesús, a cuya iglesia acude todos los días. Sabe que ellos, desde su llegada a la hidalga ciudad, no muchos años antes, se han dado con ahinco a la predicación y a las prácticas religiosas entre los pobres indígenas que moran la selva adentro. Sabe que otros padres de la misma orden han conseguido en poco tiempo atraer a sí grupos de aquella gente tan temida por los mansos aborígenes cobijados al amparo de Santa Cruz de la Sierra, y están en camino de ganarlos definitivamente para Jesucristo y para el rey de España.

Los buenos religiosos de la Compañía retribuyen con creces el espontáneo afecto de aquel niño tan piadoso y tan delicado, y a medida que él gana sus simpatías, más asiduo se muestra en frecuentar su trato. Plácele sobremanera la bondad atrayente y la amable tertulia de aquel Diego de Samaniego que oficia de superior; la diligente actiud y la devoción que aquel Diego Martínez, aquel Andrés Ortiz y los demás rereligiosos que viven en el modesto convento y hasta la humildad y la llaneza de aquel hermano lego Juan Sánchez, que desempeña rendidamente los más bajos menesteres ([8]).

¡Cómo querría este retoño de nobilísimo árbol castellano ser trasplantado a la humilde huertezuela del P. Samaniego! Pero, a medida que crece y se desarrollan sus facultades, va dándose cuenta de que en el solariego hogar nada le sería más estorbado que un renunciamiento suyo a continuar las hazañas gloriosas de sus antepasados de América. Y no porque en la casa de los Mendoza sea tibia la fe o poca la afición a la vida religiosa, sino porque siendo un Mendoza, está obligado a concluir las labores iniciadas por su tío don Ñuflo, el visionario y el emprendedor, y por su abuelo don Diego, el rebelde magnífico.

Así pasa su infancia y así su adolescencia, este Rodrigo de Mendoza y Orellana, a quien el destino ha reservado para ser protagonista en un drama de amor, virtud y sacrificio, bello y luminoso como una primavera, leve y doliente como un suspiro.

VOCACION

1

Cuando el antiguo capitán de los tercios españoles don Iñigo López de Oñaz de Loyola sale de Manresa, en febrero de 1523, después de diez meses de penitencia y oración, las bases para la formación de una milicia de servidores de la cruz ya están del todo definidas. Pero han de pasar varios años aún antes de que la idea pueda ser llevada a una efectiva realidad. Sin embargo, el soldado de ayer y penitente de hoy no permanece mano sobre mano, ni se entrega exclusivamente a la práctica del ascestismo que le sugirieron su Ludolfo de Sajonia y su Kempis, ni se aísla demasiado de aquel mundo de monjes letrados, heresíarcas tempestuosos, reyes insatisfechos y pontífices renacentistas. Comprende muy bien que para dar principio a su empresa, para formar su ejército de combatientes en vanguardia, debe empezar por formarse a sí mismo, vigorizando su personalidad, nutriéndola de ciencia y de práctica guerrera, en tanto que anula el rebelde envoltorio carnal con cilicios y ayunos. Ensaya un via-

je a Tierra Santa, conoce mundo en Italia, estudia en Alcalá y en Salamanca y pasa a la Sorbona, dispuesto a recibir el sacerdocio con el máximun de conocimientos humanos que la célebre universidad puede brindarle.

Quiere la fortuna que en vieja Lutecia conozca hasta media docena de jóvenes espíritus cuya inquietud no satisface esta vida europea de guerras dinásticas, discusiones teológicas y desnudos paganos. El castellano de Loyola no tarda en aleccionarlos y convencerlos, señalándoles la magnificencia de una labor destinada a transformar la vida de esta Europa doliente e insatisfecha de sí misma. Y así, Francisco de Javier, Diego Laines, Alonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla, Simón Rodríguez y Pedro Lefébre, aún antes de organizarse formalmente la milicia, alístanse en torno al capitán del cerco de Pamplona, dispuestos a marchar donde quiera que sea, con las armas defensivas y ofensivas de un catolicismo renovado. Y el día de la Anunciación de 1534, desde la colina de Montmartre, don Iñigo López de Oñaz y de Loyola, hidalgo y capitán de los tercios de España, señala a los seis primeros milicianos los cuatro puntos cardinales del mundo, indicando que son otros tantos campos de batalla donde debe lidiarse hasta la muerte, por la cruz, por la comunidad católica y por el venerable sacerdote de la sotana blanca que vive en la Ciudad Eterna. **Ite, incendite, inflammate omnia.**

Seis años más tarde, Paulo III, el antiguo cardenal Farnesio de las sutilezas diplomáticas y el decir, concede la merced de su aprobación y de su bendición apostólica al grupo miliciano que ha formado el hidalgo español, expresando que sobre tal grupo está el dedo de Dios. **Digitus Dei est hic.** A los siete primeros soldados se han añadido tres en los últimos años: La Fay, Broet y Coduri. Tan solamente diez reciben el espaldarazo del sucesor de Simón Piedra el pescador. Diez hoy, no importa; mañana serán ciento, mil, diez mil, y los batallones se irán formando como por obra de prodigio. Un cuarto de siglo después, la voz de Jesucristo en labios de los milicianos que sentaron plaza en la colina de Montmartre se habrá dejado escuchar en la Alemania convulsionada por Lutero, en la Italia belicosa y sibarita, en España, en Portugal,

en Africa y hasta en la India remota y legendaria. Y en el Cipango misterioso. En todas partes las huestes del inválido de Pamplona irrumpen con extraordinario vigor y acosan de firme la herejía de fuera y la mala yerba espiritual de la propia iglesia. Grandes brechas abren su ciencia humanista, su casuística y su silogismo, para los unos, y su severidad y su intransigencia creadora para los otros. El capitán que trocó el talabarte y la calza por la loba negra, mientras más afianza el poder de sus tercios, más riguroso se muestra y más dilata su campo de lucha sin cuartel.

Cuando ha dominado públicos de templo, de calle y de palacio; cuando ha conseguido imponerse en cenáculos y universidades; cuando ha golpeado con singular dureza el reducto amurallado de la Reforma, esta legión de "bombarderos en picada del Papa" que dice Ludwig Macuse, vuelve los ojos a las tierras lejanas donde viven hombres de distinta trasa y de distinto dios, y se propone lanzar sobre ellos sus explosivos espirituales con ánimo de atraerlos e incorporarlos a la grey católica y romana.

Ya se ha probado que pueden hacerlo. Cuando el caballero de Javier recorrió las posesiones y las factorías portuguesas del extremo oriente, cientos y miles de malabares, paravas, cingaleses, malayos y nipones, a la sola palabra del misionero abandonaban a sus brahmanes, a sus ulemas y a sus bonzos y corrían a recibir el chorro de agua lustral que había de convertirlos en fieles del Dios que murió crucificado.

La práctica ignaciana ha enseñado que de la idea a la obra debe pasarse por sobre todas las dificultades. Y los sucesores en el mando supremo de la pujante milicia, al concebir la idea de predicar la fe entre los infieles, no tardan en ponerla en práctica, sin que las contrariedades mellen la empresa. Asia la misteriosa, Africa la ardiente y, sobre todo, América la paradisíaca y opulenta: grandes campos donde ejercitar las potencias espirituales y la experiencia en la lucha. **Ite, incendite, inflammate omnia.**

2

Juan III de Portugal es el primer monarca europeo que protege a la Compañía de Jesús y se muestra decidido partidario de utilizar sus servicios. Instancias suyas mueven al fundador general para que instruya a su provincial portugués P. Simón Rodríguez, de movilizar las huestes que se adiestran en el colegio de Coimbra para misionar entre los indios de sus colonias de América. Justamente con Tomé de Sousa, embárcanse con rumbo al paradisíaco Brasil los padres Manuel de Nóbrega, Juan de Aspilcueta, Leonardo Nunes, Antonio Pires, Navarro y los hermanos coadjutores Diego Jácome y Vicente Rodríguez, quienes tocan las playas de Bahía el 26 de marzo de 1549 e inician luego su obra de predicación. En los años siguientes van llegando nuevos refuerzos para esta primera brigada de luchadores, entre los cuales se cuenta el milagrero padrecito Anchieta, que habrá de echar las bases de la bizarra y pendenciera ciudad de San Pablo, sobre el torso pleno de avideces maternales de la meseta de Piratininga.

La corte hispánica que de principio no se ha mostrado ni adversa ni entusiasta por la Compañía, al ver los frutos que recoge en el reino y al tener noticia del buen éxito alcanzado en las misiones indígenas del Brasil, empieza a comprender cuán eficaces son sus servicios en la reducción de las poblaciones autóctonas.

Cabe la prioridad de hacer las primeras gestiones al adelantado de Florida D. Juan Meléndez de Avilés, quien, entendiéndose con el comisario general de la orden en España, consigue el envío de tres religiosos para la reducción de los aborígenes de la famosa península.

A fines de junio de 1566 embárcanse los padres Pedro Martínez y Juan Rogel y el hermano Francisco Villarreal, rumbo

a la ignota tierra donde medio siglo antes el senil empeño de Juan Ponce de León buscó sin fortuna la fuente de la eterna juventud. A los tres meses de navegación, los presuntos misioneros tocan las anegadizas costas de la península y horas después, el P. Martínez muere a manos de los bravíos terrígenas, a la vista de la tripulación que permanece en los botes y que no pudiendo prestarle socorro alguno, se ve obligada a huir a fuerza de remos. El P. Martínez es el primer soldado de las huestes ignacianas que cae en el campo de batalla del nuevo continente.

Empero, este infausto suceso no desalienta ni a los soldados de línea ni al estado mayor del ejército de la cruz. Meses después llega a las Antillas un refuerzo de combatientes y con él no tarda en fundarse la residencia y colegio de La Habana.

El rey Felipe II, entre tanto, ha recibido múltiples sugerencias y formales peticiones de solicitar los servicios de la orden para la evangelización de sus vasallos indígenas de América. El monarca se dirige a su antiguo y opulento súbdito el duque de Gandía, hoy convertido en el P. Francisco de Borja, prepósito general de los jesuitas, rogándole establecer a los suyos en este inmenso y propicio campo de lucha por la propagación del cristianismo.

De Roma viene la orden para que se embarquen con destino al espléndido Perú cuantos religiosos haya disponibles en las numerosas casas y colegios de las cuatro provincias que la orden tiene en España. A fines de 1568 llega al puerto del Callao el primer cuadro de estos guerreros armados en cruz, y con ellos se funda el colegio de Lima, cuyo primer rector es el P. Diego de Bracamonte.

Desde la sede virreinal no tardan en diseminarse, penetrando tierra adentro y llevando a los más apartados confines de esta parte del nuevo continente las enseñanzas del Dios que murió crucificado y la doctrina del catolicismo renovado. La educación en los centros urbanos, la catequización en los poblados indígenas, las obras de caridad, los ejercicios espirituales, la administración de los sacramentos, todo lo prac-

tican con singular ahinco los hombres de la Compañía de Jesús. A los pocos años de su llegada al país han remontado ya las agrias cordilleras peruanas, han bajado a los valles y han trepado a ese gigantesco y sostenido corcovo de los Andes que es el altiplano kolla, estableciéndose en Juli, en La Paz y en la Villa Imperial de Potosí, de proverbial nombradía. Del Altiplano se descuelgan hacia los tibios valles de Cochabamba y Chuquisaca y siguen siempre al Este, hacia las tierras afiebradas de trópico y hartadas de selva, en donde viven hombres de España que vinieron por el río de Soliz y Gaboto.

En 1586, el P. Diego de Samaniego y dos compañeros suyos llegan a Santa Cruz de la Sierra, con la misión de atraer al dominio espiritual de la grey romana y al temporal de la corona ibérica a los tres grupos de hombres que moran en esa vasta comarca: Chanés, Gorgotoquis y Chiriguanos.

3

El Tucumán, lejano apéndice de Charcas y flaco torso del Río de la Plata, vive una vida de inquietud y de privaciones, con sus cuatro o cinco modestas ciudades de españoles y su numeroso gentío aborigen. Mediterráneo como el que más, poco o ningún aporte recibe de los centros vitales de la conquista, reduciéndose su mantenimiento a las posibilidades de un futuro mejor y a la perspectiva de conseguir que los indios comarcanos sean incorporados a sus encomiendas. Se ha ensayado ya el establecimiento de algunas misiones religiosas, pero éstas son tan ineficientes por lo limitadas, que en más de un cuarto de siglo de posesión de la tierra, no han dado aún los frutos anhelados. Lejos de los pequeños núcleos ur-

banos e indiferentes, cuando no hostiles, permanecen lules, diaguitas, comechingones y sanavirones, por mucha que sea la voluntad de someterlos al vasallaje de su católica majestad y al servicio de los súbditos de éste.

En 1585, procedentes de Charcas y a insistentes pedidos del obispo de Tucumán, llegan los primeros jesuitas. Son los padres Alonso de Barzana y Francisco Angulo, quienes no tardan en comenzar la obra de reducción. Mucha es la mies y pocos los obreros, con el evangélico decir, y la empeñosa labor de los dos milicianos de la cruz, si bien fructífera, se ve en la imposibilidad de dilatarse. A esta sazón, D. Francisco Salcedo, canónigo de la catedral tucumana, decidido partidario de los jesuitas y gran admirador de su obra, ante el embarazo de conseguir religiosos de la provincia peruana emprende viaje al Brasil, en donde sabe que existe una numerosa y floreciente colonia de la sociedad ignaciana. A principios de 1588 está de regreso en el Tucumán, trayendo consigo a los padres Tomás Field, Manuel Ortega y Juan Saloni. En los siguientes años vienen de Lima o de Chuquisaca nuevos refuerzos de la compañía, y así puede conseguirse que la acción evangelizadora se extienda por más allá de los poblados tucumanos, a las ciudades de Asunción, Buenos Aires, Vera de las Corrientes y hasta la remota Villa Rica del Ivahí y a las tribus indígenas que deambulan sobre el Paraguay, el Uruguay y el Paraná.

Las sugerencias de los misioneros y la notoria necesidad de extender aún más la obra evangelizadora mueven al P. Aquaviva a disponer que en esta parte de América sea establecida una nueva provincia de la orden. Así lo decreta en 1604 el deudo de los duques de Altri, sucesor del averiado de Pamplona en el mando supremo de los tercios de la cruz. Dificultades y contratiempos retardan muchos meses la realización de este mandato. En 1607 llega de Lima por vía de Charcas el P. Diego de Torres Bollo, nombrado provincial de la nueva jurisdicción ignaciana, con once compañeros profesos, tres novicios y dos hermanos coadjutores. Entre los primeros habrán de señalarse por relevantes actuaciones futuras a los P. P. Vázquez de la Mota, Ferrusino, Venegas y Vecchi y en-

tre los segundos, el sevillano Pedro Romero y el criollo limeño Antonio Ruiz de Montoya.

La institución de la provincia jesuítica llamada del Paraguay, con sede en Córdoba del Tucumán, señala en los caminos de la América austral el comienzo de una nueva jornada en la marcha a la colonización y a la hispanización de su gentío aborigen.

4

Jerónimo Luis de Cabrera, hidalgo español avecindado en el Cuzco, recibe la merced de la gobernación del Tucumán por provisión del virrey Toledo suscrita el 20 de setiembre de 1571, siendo, como es hasta entonces, una figura desconocida en las empresas conquistadoras y colonizadoras de aquella lejana provincia. Extrañas, pero no faltas de intención son las cosas que hace este ingenioso y astuto personero de la corona. Por aquellos mismos días nombra para gobernante de Santa Cruz a otro ilustre ausente del drama cruceño: Don Juan Pérez de Zurita. De ambas provincias trata el virrey de alejar a los hombres que se han encumbrado en ellas a fuerza de méritos y de prestigio: Los Aguirre, Castañeda y Pacheco de la una; los Chaves y Mendoza de la otra.

El nombramiento de don Jerónimo Luis lleva aparejada la misión de fundar otra ciudad en aquella comarca, precisándose que tal fundación haya de hacerse en el valle de Salta. En Potosí y en Charcas recluta Cabrera a los hombres que han de servirle en la empresa y no tarda en recoger de aquellas gentes la pintoresca leyenda que la imaginación hispana

creó en torno a los embustes de Francisco César. Así, cuando se dispone a ejecutar lo que se tiene ordenado, bulle en su mente la tentadora ilusión de la ciudad magnífica donde una nutrida población blanca vive aislada del mundo en medio de riquezas fabulosas.

Lorenzo Suárez de Figeroa, veterano de la obra tucumana, es comisionado por Cabrera para marchar en descubierta, buscando el sitio más conveniente para la ciudad que debe ser fundada. El experto oficial camina luengos días recorriendo la comarca y al fin se detiene en un paraje de amena vegetación, regado por cristalinos arroyos y enmarcado sobre el horizonte por cadenas de alcores. Allí moran los comechingones, gente de natural apacible y de vida tan primitiva, que todavía se aposentan en las cuevas y en las grietas de la serranía.

El 6 de julio de 1573, Jerónimo Luis de Cabrera levanta el desnudo árbol de la justicia, da estocadas al aire y apellida al monarca de todas las Españas, declarando ante la muda espectación de los comechingones y el erguido talante de los hombres de la conquista, que está fundada la ciudad cuyo destino es unir el Tucumán a la mar del Norte y a la noticia promisora de la ciudad de los Césares.

Así nació la ciudad de Córdoba del Tucumán. Sus primeros años de existencia son de pobreza y de trabajo. Allí no hay metales ni frutos espontáneos de la tierra, y el hombre para vivir necesita poner en movimiento todo el acopio de sus fuerzas corporales. Buena es la tierra para la labranza, benéfico el clima y abundantes las aguas de riego. En el transcurso de algunos años, en las inmediaciones de la ciudad brota el rubio bendito de los trigales, medra el zarcillo promisor de los viñedos y crugen las laboriosas piedras de los molinos.

Al finalizar el siglo, Córdoba del Tucumán es una floreciente ciudad que va dejando a la zaga a las otras de la provincia. Reside en ella el gobernador y hasta ha merecido los honores de una mitra. En 1599, los religiosos de la Compañía de Jesús se han establecido formalmente y fundado una residencia, desde la cual salen a misionar entre los indios de

la comarca. El vecindario les presta tan valiosa ayuda, que en no mucho tiempo consiguen ensanchar la cenobítica vivienda y levantar un hermoso templo. Así, cuando el alto mando de la milicia ignaciana decide crear la provincia del Paraguay, la ciudad de Jerónimo Luis de Cabrera es escogida para cabecera provincial y para casa de probación.

5

La tarde tiñe de oro y naranja el cielo de la ciudad indiana que lleva el nombre de la vieja metrópoli española de los califas. Desde la sierra aledaña empiezan a bajar lentamente una cortina de sombras que se precipita sobre las quietas calles y los floridos patios. Tocan el ángelus las campanas de los templos.

En el convento de la Compañía suena de pronto la leve y ceremoniosa campanita de la portería. El hermano portero acude al llamado y entreabre pausadamente la cancela. Un hombre inquiere por el superior o por el provincial. Es un mancebo de apenas veinte años, un forastero a todas luces y por añadidura viajero que acaba de cubrir largo camino, según lo denuncia la desaliñada indumentaria. Lleva un jubón raído y cubierto de polvo y unas calzas con la muestra de haber sido llevadas durante luengos días de intemperie.

A demanda del hermano portero, el desconocido expresa llamarse Rodrigo de Mendoza y Orellana y ser venido de la lejana ciudad de Santa Cruz de la Sierra, de la cual es oriundo. Minutos después, delante del Provincial Diego de Torres y del rector de la residencia, P. Francisco Vázquez, repite su

nombre y empieza a dar razones sobre el motivo y fin de la cruenta y larga jornada que acaba hacer ([9]). Habla de su ciudad natal; de la sociedad hidalga y aventurera que vive en ella pegada a su tradición y al embrujo de nuevas conquistas; de los mansos indígenas sujetos a su dominio, entre los cuales escasean los portadores de la palabra de Dios; de los inquietos y belicosos chiriguanos que vagan por la floresta llevados de su insania primitiva, sin una voz que les señale el buen camino y les enseñe las verdades cristianas. Dice haber sido hijo espiritual, cofrade y amigo de los padres jesuitas que tienen residencia en la lejana ciudad, y que de ellos ha aprendido la piedad y la compasiva dulzura para con los desamparados autóctonos. Añade que dolido de tal situación y sintiéndose llamado a la vida religiosa desde los días de su infancia, llegó a la firme decisión de recibir sagradas órdenes y hacerse soldado en las milicias de la Sociedad de Jesús, pese a la contrariedad de su familia y parentela, tan de firme opuestas a ello que no han vacilado en cortarle todos los medios de cumplir su decisión.

El joven Rodrigo cobra aliento y cuenta de cómo se ha visto obligado a fugar de la casa paterna, entendiendo que así va camino de cumplir el llamado de su conciencia. Que ha cruzado penosamente la extensa selva de gorgotoquis y chiriguanos; ha escalado ásperas montañas y descendido a profundos barrancos; ha badeado ríos turbulentos y atravesado yermas llanuras, caminando siempre a pie, las más de las veces solo y descansando apenas lo necesario para reponer las fuerzas.

Termina el joven viajero su relato pidiendo humildemente ser admittido en el seno de la comunidad que labora en bien de las almas "para mayor gloria de Dios".

El superior de la residencia y el provincial miden con la mirada al humilde postulante, escrutan sus reconditeces mentales y hallan seguramente en él la recia contextura espiritual de los hombres que buscaba para suyos el penitente de Manresa. Hay voluntad de acero, fuerza de torrente y alma de apóstol en aquel descendiente de conquistadores, lactado por

la selva y criado a la intemperie de los trópicos. Será un magnífico discípulo del P. Ignacio, un excelente obrero para la recolección de la mies indígena de América. **Digitus Dei est hic.**

Pocos días después, el maestro de novicios de la modesta casa de probación de Córdoba, P. Juan Bautista Ferrusino ([10]), recibe a un nuevo aspirante a soldado de los tercios de la Cruz. El mancebo Rodrigo de Mendoza y Orellana.

Año de gracia de 1610.

6

El joven vástago de los fundadores de Santa Cruz y dimisionario de la conquistta de Mojos pronuncia los primeros votos y se apresta a vestir la loba negra. Para que su renunciamientto del mundo sea total y no quede en él huella alguna de su pasado profano, debe cambiar el nombre con que salió de pila, tal como lo prescribe la regla ignaciana, y trocarlo por otro que más se identifique con la vida religiosa. El ya tiene escogido: Se llamará Cristóbal, es decir, portador de Cristo, como aquel nembrudo ermintaño de Siria a quien el propio Jesús apareciósele una noche en figura de niño y le pidió que le pasara a cuestas el caudaloso río a cuya orilla alzábase la gruta del santo.

Cristóbal de Mendoza. Rotos están ya los lazos que le tenían unido al mundo. Ni sociedad hispano - indiana, ni amigos, ni siquiera padres y hermanos, fuera de la comunidad a la que acaba de incorporarse. Así lo prescribe severamente la constitución del P. Ignacio cuando subraya las palabras del evangelio: **Qui non odit patrem et matrem, insuper et animan**

suam, non potest meus esse discipulus. En adelante, sociedad, familia, hogar, toda ha de tenerlo dentro de la propia institución. Santa Cruz de la Sierra, la ciudad de la selva de Chiquitos, es sólo una página del libro de sus evocaciones sentimentales. Ha perdido ella un capitán que pudo haber conducido a los suyos hasta las puertas del Paytití, y lo han ganado para sí los inquietos hombres de la América agreste y primitiva.

En el noviciado de Córdoba ha empezado ya a ponerse en práctica las severas instrucciones que en carta de 14 de abril de 1609, el general de la sociedad de Jesús, P. Aquaviva, ha impartido a sus provincias de América para la admisión y observancia de los novicios criollos. Arduas son las exigencias y penosas las obligaciones que deben cumplirse. Pero en el cenobio cordobés, las espinas de la regla generalicia, al herir las delicadas carnes de los pretendientes a apóstoles, trócanse en flores de piedad, emoción y ternura.

La veintena que hay de ellos corresponde en su mayoría a jóvenes criollos, savia de España que circula en plantas de tierra india. Allí están el limeño Miguel de Ampuero; Juan Casal, Bernardo Gómez, Francisco Ignacio y Luis Molina, venidos de la provincia de Arauco; Luis Jofré, de Santiago del Estero; Francisco Hurtado, de la vieja capital de los incas. Ninguno pasa de los veinte años. Ninguno echa de menos las comodidades de la vivienda solariega, ni es acosado por la humana flaqueza de la nostalgia, mucho menos por la congoja de las vacilaciones. Allá, en el fondo de la amplia residencia ignaciana, en el más apartado pero más alegre de los rincones, viven los novicios su vida de entrenamiento espiritual, ajenos a las influencias del mundo, fijos los ojos del corazón en esa otra conquista que luego ha de tocarles emprender sobre los cuatro puntos cardinales de esta porción de la América virgen.

La jornada empieza antes del alba. Saltan del duro lecho el hermano Cristóbal y los otros hermanos novicios y marchan en queda formación al pequeño oratorio privado, dicho de la Inmaculada, donde el P. Juan Bautista, su maestro, dí-

celes la misa y les da la comunión. En acción de gracias y en otras devotas prácticas quedan aún los novicios en la capilla, hasta que un toque de campana, sonoro y musical como un **allegro**, les llama al refectorio, cuando el sol empieza a empinarse desde el borde de la cercana serranía. Otro toque de campana, y el grupo penetra animosamente a las aulas, donde graves y versados mentores explican la ciencia del P. Gabriel Vázquez, la lógica del P. Francisco Suárez, la teología del P. Francisco Toledo y las demás disciplinas del humano saber, necesario bagaje para la cultura general de todo religioso de la compañía.

En la tarde, tras el ligero descanso que sigue al almuerzo, viene el estudio de las lenguas indígenas, enseñadas a viva voz o explicadas sobre el contexto de voluminosos infolios manuscritos. Deleitoso cuidado ponen los novicios para adiestrarse en estas pintorescas lenguas, duras y fuertes como los hombres que las hablan, sonoras y matizadas como los bosques y los campos donde se las escucha. Gustan de ejercitarse en ellas, usándolas de continuo en el coloquio amistoso y hasta en la plática religiosa de ocasión. Emplean el resto de la tarde en el sistemático ejercicio de la mortificación personal, observando fiel y rendidamente la constitución ignaciana. Ocúpance de ordenar los paramentos y los enseres litúrgicos; hacen el aseo de altares y hornacinas; barren los pisos y ayudan a los hermanos coadjutores aun en los más bajos menesteres de cocina.

En el merecido recreo que precede a la colación vespertina, el solaz consiste en que cada novicio, por turno riguroso, comente, en la forma expresiva que más sea de su agrado, cualquier tema de la propia vida espiritual como la obediencia, la vocación religiosa, la castidad, la predicación de la fe; o bien la consideración de algunos de los misterios de la fe, o bien relatos sobre la Virgen María, el Angel Custodio y el Santo Padre Ignacio.

Por la noche, se hace profundo examen de conciencia y se reza en común algunas preces. Termina todo ello con la soberbia plegaria que talló en el oro del idioma castellano

el místico arrebato del P. Ignacio y tiene mucho de oda horaciana, de salmo bíblico y de madrigal a lo siglo de oro:

Alma de Cristo, santíficame
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame...

Los jueves, dilátase este programa de oraciones nocturnas con las ofrendas y alabanzas al Cristo sacramentado. Se reza el trisagio y se canta a son de armonium el **Tantum ergom Sacramentum,** amén de otros himnos en lengua vulgar. Los sábados se repite el rosario y las letanías lauretanas, en honor de la Madre del Verbo, a cuya devoción tales días están consagrados.

En cuanto a los ejercicios espirituales, ellos realízanse con toda la severidad y la devota estrictez que al instituirlos encareció y recomendó el P. Fundador. Pero no se cumplen como en los noviciados de Europa, durante un mes continuo por año, sino por períodos semanales distribuidos entre la primavera y el invierno, cuando se han atemperado ya los bochornos del trópico. Consisten tales ejercicios en largas meditaciones acerca de los misterios divinos, y en la mortificación de los sentidos y la ascética degradación de la personalidad. Es por entonces que, según el pintoresco decir del P. Diego de Torres, para lograr la mortificación corporal, los novicios "se sirven espontáneamente del armamento espiritual de los cilicios, las disciplinas y los ayunos".

Durante el mismo período, para ejercitar la santa pobreza y la santa humillación, los jóvenes descendientes de altivos conquistadores y de linajudos hogares, salen a la calle pobremente vestidos, ostentando remiendos y chafallos, en demanda de la pública limosna; barren las calles de la ciudad y a horcajadas sobre humildes asnos recorren la población y sus cercanías, desempeñando los más bajos menesteres.

Así cumple el hermano Cristóbal su labor de entrenamiento espiritual. Así, resignadamente, regocijadamente, pasa los

mejores años de la juventud el hombre que estaba destinado para completar la obra de Ñuflo de Chaves, el Quijote y el Pizarro de las selvas de América.

Años de 1610 a 1620.

7

Inter hos quidam extat tantae virtutis et animi candoris, ut pro certo habeatur hodie quo in sacro baptismi sacramento acceptam servasse graciam, ullo numqua exitiali faccinore fœdatam: Hay entre los novicios uno de tanta virtud y tanto candor que se cree por cierto que no ha perdido la gracia bautismal.

Así empieza el P. Diego de Torres la encarecida referencia que hace llegar a Roma acerca del mancebo que una tarde llamó a las puertas del devoto domicilio cordobés ([11]).

El novicio venido de Charcas, a fuerza de mortificaciones y ayunos, a fuerza de ejercitar dentro de sí mismo el poderoso incentivo de las abstracciones místicas y valido de la ingénita diafanidad de su espíritu, ha conseguido dominar la rebelde envoltura carnal donde anida su vida interior. Ha creado dentro de sí una fuerte muralla que resiste a cuanto estimulante de la vida de relación no sea inherente a su estado religioso. Sus facultades volitivas y afectivas sólo reaccionan ante el impulso cerebral de la absoluta bondad, tal como la concibe la mística jesucristiana. Y, como consecuencia, ha empezado a formarse un mundo propio, una existencia ingenua y simple, donde caben de primera intención los arrebatos de la fe, las delectaciones en lo desconocido y las visiones sobrenaturales.

Expresa Cristóbal, con singular llaneza, que cuantas veces él y sus hermanos novicios están genuflexos junto al comulgatorio, sobre la blanca hostia que toma entre los dedos el oficiante, surge la figura de Jesús infante que se deja risueñamente introducir dentro de las piadosas bocas. El no cree ser el único que goza de tan espléndida visión, y cuando así lo manifiesta a sus superiores, muéstrase extrañado de que sus hermanos no hagan cuotidianamente el mismo relato.

Cuenta de cierta vez que hallándose junto con otros compañeros de noviciado en la tarea de barrer el templo, el padre maestro mandó a los otros a distinto lugar, disponiendo que Cristóbal continuara solo la tarea. El deseó de buena gana seguir a los compañeros, insatisfecho de la momentánea soledad. Al instante apareciósele Jesús niño, y con blandas razones reprochóle de querer seguir la propia voluntad, en desmedro de la ilimitada obediencia debida al superior. Tomó en seguida una de las escobas y dispúsose a barrer él mismo las desnudas baldozas. En vano Cristóbal trató de impedirlo. El infantil aparecido esquivó la mano del novicio, como en castigo por el pecado mental de desobediencia.

Rector, maestro y mentores, admirados pero no sorprendidos por la vida interior que lleva el novicio cruceño y las celestiales viciones que dice tener, considéranle como un dechado de las virtudes humanas y un logrado fruto de las devotas labores de la institución. Pero se cuidan de hacérselo comprender así, temiendo despertar en él aun la más pequeña brizna de vanidad humana. Por el contrario, muéstransele más exigentes y severos. Multiplican con él los rezos, las lecciones, los mandatos y las exigencias.

El nieto de don Diego de Mendoza ni da valor a sus visiones, en cuanto a su persona se refiere, ni para mientes en la redoblada encomienda de labores que se le hace. Vive su presente de exaltaciones espirituales con el anhelo cada vez más ardiente de verse armado caballero de las milicias de Cristo, para luego dedicarse con el más devoto ahinco a cumplir su misión evangélica. Cada día que pasa multiplícanse sus ansias de volver al seno de la madre selva, sentir las pal-

pitaciones de su corazón multiforme y serle provechoso llevando a los hijos de su fecundo vientre el inefable obsequio de la civilización por la cruz. A medida que transcurre el tiempo, la atracción que siempre ha sentido por los hombres de la piel cobriza y el agitado vivir se hace más intensa y más apremiante; insinúase en sus facultades intelectivas y afectivas hasta ejercer dominio en el campo de su imaginación. En ella, las ideas concernientes toman cuerpo, se objetivizan, y son tan continuas y tan firmes que acaban manifestándose activamente en la subsconciencia de los sueños y en esa proyección de las agudas lucubraciones cerebrales que es la visión sobrenatural.

El hermano Cristóbal ve a los indios deslizarse entre las tupidas malezas, huyendo del embuste de los **pay** tribales, en busca de los **pay** blancos dispensadores de bienes y ternuras. Les ve peleando, destruyéndose unos a otros y hartándose con las sangrientas vísceras del vencido. Ve a los ancianos y a los impedidos cómo sufren las torturas del hambre y de la sed en los largos períodos improductivos y hostiles de la sequía, y cómo, desde el fondo de sus bosques natales, extienden hacia él las trémulas y enjutas manos. Ve cómo aquellas almas simples y buenas de naturaleza, cuando salen del encierro de sus jaulas carnales, no pueden recibir el hospedaje eterno de los elegidos del Señor y, al saberse condenados a la infinita sombra, dirígenle a él los más desgarrantes clamores por ayuda.

Así, en cierta ocasión, ha visto el ánima de la vieja sirviente gorgotoqui aparecerle suplicante, pidiéndole la merced de una misa de sufragio y la intención de siete rosarios rezados en común con los hermanos de noviciado. Sobrecogido de humano pavor, Cristóbal ha tratado de apartar de sí aquella visión, pero "los oídos de su espíritu" han escuchado nuevamente hablar al ánima de la buena indígena, expresando hallarse en el purgatorio y que solamente valida de tales sufragios podrá pasar al cielo donde el Dios blanco recibe por igual y para siempre a españoles, chiquitanos y guaraníes ([12]).

PAY QUIRITO

1

El Obispo del Tucumán don Julián de Cortázar, sucesor de Fray Hernando de Trejo y Sanabria, ha ungido con los simbólicos óleos la cabeza y las manos del nieto de los conquistadores del Río de la Plata y Santa Cruz. Pero, la observancia de la regla ignaciana resérvale todavía la más rigurosa y definitiva prueba de su vocación, pues aún no ha pronunciado los votos decisorios. Ordenado ya, concluye a los pocos meses el curso de teología y se prepara ahincadamente para practicar la última etapa de su entrenamiento espiritual. El severo general y fundador del ejército contra - reformista ha escrito "Después que uno hubiese sido incorporado a la Compañía en un grado, no debe pretender pasar a otro sin procurar de perfeccionarse en el primero, y en él debe servir y glorificar a Dios". El P. Cristóbal ha dado ya mucho de sí tratando de perfeccionarse en la condición de novicio y cuando, sacerdote ya, está a punto de profesar, tal como lo prescriben las constituciones de la orden, su piedad, su devoción, to-

das las manifestaciones objetivas de su personalidad ascética, sufren una afiebrada exaltación. Como los gloriosos conjurados de la colina de Montmartre, siente desazón indefinible de quien está a punto de conseguir la gracia largamente anhelada y teme por la poca solidez de sus reservas humanas.

Ingresa al áspero y laborioso período de la tercera probación. Son diez meses de continua plegaria, de constante mortificación corporal, de inhibiciones de la individualidad, hasta conseguir que el remanente de mundo que aún podría quedar en el más apartado silo de la propia existencia sea rudamente arrancado y luego aventado como la cizaña de las eras. Tras de los ejercicios en el cenobio, viene la fase de los ejercicios foráneos. El P. Cristóbal, con la sotana andrajosa y el talante descuidado, pero con el ánimo firme y la alegría rebosando a través de la dulce mirada y la galana sonrisa, sirve a los enfermos con la solicitud y el esmero de si fueran hermanos suyos; pide limosna para los pobres vergonzantes de la ciudad criolla; ayuda a los niños en los quehaceres callejeros; alivia a los pobres indios de encomienda en las más humildes labores impuestas por sus patrones. Sale luego a la campiña con cualquier hermano de religión a guisa de **socius**, a pie y sin más recurso que la esperanza en la posible dávida. Pasa algún tiempo entre los humildes comechingones, predicándoles, administrando los sacramentos, oficiando de pastor, de maestro, de limosnero y de enfermero. Por primera vez convive con los hijos de la tierra, con los hombres que Dios la naturaleza echaron sobre esta parte del mundo, aislándolos de sus congéneres entre las líquidas inmensidades de los dos océanos. Ve su miseria y su debilidad, confronta su flaqueza espiritual y sus cortas reservas de energía que contrastan con una belicosidad y una resistencia armada que no son sino la dinámica expresión de la pavura, poco menos que impotente. Así lo entiende el P. Cristóbal en su candoroso y simple modo de razonar. Siéntese entonces más llamado que nunca a ejercitar su misión y más que nunca satisfecho de haber trocado la armadura del conquistador por la sotana del misionero.

Han pasado los diez meses de la tercera probación. En el templo de la Compañía, ante numeroso pueblo que acude con ocasión de celebrarse solmene fiesta religiosa, el hijo de conquistadores venido de Santa Cruz en el país de Charcas, pronuncia los votos decisivos que prescribe la regla ignaciana. A los de castidad, pobreza y obediencia, comunes a todas las congregaciones regulares de la catolicidad, el antiguo soldado de Pamplona ha añadido otros dos que definen de un modo preciso la esencia de la orden jesuítica y su admirable organización para la activa lucha desde el llano.

El P. Cristóbal promete solemnemente no aceptar dignidad eclesiástica alguna, ni función privilegiada, ni grado honorífico que no sea la humilde plaza de soldado de la cruz. Jura después la sujeción absoluta, la incondicional obediencia al pontífice romano, expresando que ha de cumplir hasta más allá de la aptitud humana la rígida regla paterna que dice: "Haga cuenta cada uno de los que viven en obediencia que se debe dejar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, **como si fuera un cuerpo muerto,** que se deja llevar a donde quiera y tratar como quiera".

Cristóbal de Mendoza y Orellana, ya está armado caballero. Ya puede salir por los caminos del nuevo continente, armado de punta en blanco, para luchar por su patria, la fe jesucristiana, y por su dama, la selva india, la selva multiforme y proteica que le ha visto nacer y ha de verle morir.

2

Con el nombre de Guayrá conocen los españoles del Paraguay a la dilatada tierra que empieza del otro lado del Paraná y se extiende hasta tocar los linderos de las posesiones portuguesas de San Pablo. Expresa el P. Durán Mastrilli en la "carta annua" de 1628: **Tiene de ancho gran número de leguas aun no se sabe el determinado más de que por levante le cercan las sierras del Brasil y por poniente el río Paraná por donde se sube para ella.**

Comarca tal atraviesan y fertilizan caudalosos ríos como el Paranapanema con sus inmediatos afluentes el Tibagiba, hoy llamado Tibagí, el Natingui o Ibatingui que es el Congonhas de ogaño y el Tucutí, actual Pirapó. Más al sud corren el Ivahí, conocido por los misioneros con el nombre de Ubay y su variante Ubá, o por Ingal, Inyay o Iñeay; el Piquirí y el Iguazú, tributarios todos del Gran Paraná, al cual afluyen por su margen izquierda.

El terreno es ligeramente ondulado y va elevándose desde las planicies bajas y pantanosas sobre las cuales se deslizan los ríos, hasta las discretas eminencias de las serretas que hoy denominan Itatí. Ararás, Dourados y Apucaraña. Cubre planicies y faldíos la más lozana y espléndida vegetación tropical, formando una sola y tupida floresta, en medio de la cual las corrientes fluviales apenas son estrechas cintas de plata que parecen dificultosamente abrirse paso para ir en busca del Paraná grandioso.

Más al naciente, al otro lado de la serreta de Apucaraña y del lomerío desde donde baja el Tibabgiba, extiéndese una llanura abierta poco menos que árida, sobre cuya alfombra de modestas gramíneas sólo puede exhibir la naturaleza el gentil penacho de las palmeras.

La comarca del Guayrá es harto famosa en los centros hispánicos de colonización y no poco han dado que hablar a españoles e indígenas sus ríos impetuosos, sus presuntas riquezas y sus indios bravos. En su lindero occidental, esto es sobre el soberbio Paraná, las aguas del gran río forman el bello y majestuoso salto que lleva el nombre común de la comarca. Quieta y apacible la corriente en aquellas latitudes, de pronto el terreno en que se desliza sufre un considerable desnivel, fracturándose en irregulares escalones de granito, hasta encontrar un nuevo plano a muchos metros por debajo. Precipítanse las aguas desde lo alto, sorprendidas, pujantes y soberbias, adquiriendo en la caída gigantescas energías para golpear de arriba abajo. Agítanse rugientes y espumosas sobre el lecho de granito, como si quisieran vengarse del violento salto y buscar a la vez reposo. Pero a corta distancia nuevos escalones oblíganlas a caer de nuevo, y así sucesivamente, hasta encontrar cauce plano, a centenares de metros, después de haber dado los tumbos más impetuosos, en una loca precipitación cuyo fragor retumba en varias leguas a la redonda.

Desde los primeros años de la conquista del Plata han conocido los españoles la comarca del Guayrá. Por ella o por sus próximos linderos llegó al Paraná, en viaje a la sede asuncena, la expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. A oídos de Irala llegó más tarde la noticia de que en aquella tierra encontrábase, a no mucho buscar, zafiros, amatistas y esmeraldas y cierta otra clase de piedras preciosas contenidas en unas extrañas cápsulas que para expeler su preciado tesoro, reventaban de por sí, ruidosamente. Creída o no tal patraña, el caudillo y gobernador envió por 1555 a García Rodríguez de Vergara para que explorase el terreno, inquiriese por las piedras preciosas y viera de establecer en lugar más conveniente un pueblo de españoles, Ñuflo de Chaves, Alonso Riquelme de Guzmán y otros sobresalientes capitanes de la conquista. Como resultado hubieron de establecerse en la bravía región los pobladores de Ontiveros, a la margen izquierda del Paraná, Ciudad Real, junto al salto majestuoso, y Villa Rica del Espíritu Santo, sobre la orilla del Ivahí.

En cuanto a los zafiros y las amatistas, nadie encontró ninguno y con referencia a las cápsulas detonantes no tardó mucho tiempo en llegarse a la evidencia de ser simples muargos cristalizados y huecos, que se rompían a la menor presión externa.

El desencanto no acabó, sin embargo, con la iniciada empresa de colonizar el Guayrá. La Ciudad Real y la Villa Rica siguieron viviendo en medio de la selva, obstinadas con Vergara, rebeldes con el inglés Nicolás Colman, y habrían de vivir aún por algunos años. Y mientras estos pueblos se formaban con españoles venidos de Asunción, misioneros jesuitas penetraban tierra adentro, reunían pequeños grupos de indígenas y ensayaban con ellos el establecimiento de algunos centros de cristianización. Años más tarde, al fundarse la provincia jesuítica del Paraguay, estos pequeños centros de ensayo eran formalmente instalados a orillas del río Paranapanema, y una legión de audaces predicadores penetraba hacia adentro, estableciendo nuevos núcleos de reducción.

Tal fue el origen de los pueblos de Loreto y San Ignacio, centros básicos desde los cuales los milicianos de Loyola emprendieron la obra de fundar la gran provincia misional del Guayrá.

El segundo de estos pueblos estaba situado en el espacio que media entre los desagües del Pirapó y el Tibagí, a la margen izquierda del Parapanema, el histórico río de los portugueses, muy a la ligera, apodaron de "rio sem peixe". Al comenzar el año 1622 ([13]). Llegaba a él un joven sacerdote, destinado por el provincial de la orden a servir de **socius** del superior de las misiones P. Antonio Ruiz de Montoya. No pasaba mucho tiempo que el flamante misionero había pronunciado sus votos en el noviciado de Córdoba, y era éste su primer destino de soldado de la cruz. Llamábase el P. Cristóbal de Mendoza.

3

Cerca de dos años permanece el P. Cristóbal en la ya lograda reducción de San Ignacio. Su ferviente deseo de penetrar más adentro de aquella tierra populosa y bravía no tardó en ser satisfecho por el superior de la provincia misionera, al ser enviado como conversor del flamante poblado de San Francisco Javier.

Está situada esta nueva reducción sobre una fértil barranca que domina la ribera izquierda del río Tibagí, principal afluente del Paranapanema, y a la altura del paralelo 22 y ½, aproximadamente. Pequeña y pobre es todavía a la llegada del animoso padre Cristóbal. No alcanza al millar su población, y en ella más son los catecúmenos que los bautizados, no faltando familias enteras que todavía siguen haciendo ostentación de sus cultos terrígenas. Sobre el pequeño campo trabajosamente ganado a la arboleda ralean las chozas de palma y apenas si sobresale del conjunto la que hace veces de templo.

El nuevo misionero apenas llegado, empieza a trabajar ahincadamente, tratando de conseguir la mejora de aquel alejado centro civilizador cuya dirección se le ha encomendado. Fortalece con su palabra y con sus obras la fe de los recién convertidos; predica a las catecúmenos y les da la suficiente instrucción para ser bautizados; a los que aún permanecen infieles, apremia suavemente de abandonar el culto primitivo y recorre las inmediaciones del poblado, procurando atraer hacia él a los que merodean indecisos. Manda construir más albergues, y trabajando en persona ensancha la humilde cabaña en funciones de oratorio. Hace rozar la maraña circundante para transformar esa tierra que rebosa de humus fecundo en benéficos campos de cultivo.

Tiempo después, cuando el P. Ruiz de Montoya vuelve a visitar este lugar, encuentra la reducción tan renovada y crecida, tan industriosa y floreciente, que apenas si puede reconocer en ella al pobre caserío que dejó años atrás recién fundado y a merced de la propia fortuna. Al advertir la mejora no pudo menos que admirar al joven misionero, hijo como él de la América nueva, expresando que es "grande en todo", en carta dirigida al provincial P. Mastrilli Durán.

Algunas semanas permanece en San Javier el P. Montoya. Ha venido en su compañía el P. Francisco Díaz Taño, quien queda encargado de la reducción. El superior misionero tiene resuelto llevar consigo al P. Cristóbal a las tierras de Tayatí, en donde vive el cacique Pindoviyu que desde algún tiempo atrás viene llamándole encarecidamente.

Este Pindoviyu ha sido en aquella comarca el peor enemigo de los blancos y más aún de los misioneros, a quienes, hasta ayer ha perseguido con la intención de darles muerte y hacer un festín con los despojos. En pasada ocasión, cuando el P. Ruiz de Montoya exploraba el alto Ivahí, Pindoviyu anduvo tan cerca de él que le faltó poco para satisfacer sus intenciones en la persona del misionero jefe.

El inopinado cambio del señor de las tierras de Tayatí débese a un acontecimiento harto desgraciado para él. No mucho tiempo atrás, un cacique amigo suyo, de nombre Zurubá, habíale invitado para ir a las tierras donde crece la apetecida yerba. Aceptada la invitación, ambos caciques pusiéronse en camino, seguidos por numerosa gente de sus respectivas tribus. Llegados a la toldería del cacique Tayaoba que da su nombre a la comarca, éste permitióles el paso, haciendo cuanto le fue posible por infundirles confianza. Pero Tayaoba guardaba viejos rencores para Zurubá y Pindoviyu y aprovechó de la oportunidad para vengarse. Cuando menos prevenidos se hallaban los buscadores de yerba, el rencoroso señor del Ivahí cayó sobre ellos con singular fiereza. Poca o ninguna resistencia pudieron ofrecer los atacados y Zurubá fue muerto con casi todos sus acompañantes. Pindoviyu que era dueño de una espada de cristianos, una rodela y un acol-

chado peto de algodón, consiguió abrise paso y salvar la vida, huyendo sin parar hasta los dominios propios. No faltó entre su gente quien atribuyese la afortunada salvación al conjuro de los **payés** blancos que desde la reducción de San Francisco Javier discurrían por las vecindades de Tayatí, tratando de ganarse la voluntad de sus pobladores.

La especie llega más tarde a oídos del vencido Tayaoba. Sabe además que los **payés** blancos han invocado varias veces a ese su Dios de los brazos abiertos, pidiéndole que haga suyo al aguerrido señor del Tayatí que les persigue y acecha. En el dormido fondo de su personalidad agítase un leve sentimiento de agradecida simpatía que va creciendo paulatinamente, según pasan las horas. Concluye por decidirse a buscar a los hombres de la negra vestimenta y por aprobar su entrega a ellos. Manda emisarios a aquel a quien persiguió tan de cerca por las veras del Ivahí, sabedor de que tiene mando sobre los Otros, pidiéndole venir hasta sus reales. A la noticia de que éste se halla en el vecino poblado, reitera los llamamientos, enviando esta vez a alguno de sus allegados principales.

Los indígenas reducidos de San Javier aconsejan al P. Montoya de no emprender aquel viaje, temiendo por una celada de que es muy capaz este Pindoviyu, harto conocido por su falacia y su crueldad. Pero el misionero en jefe, desoyendo razones y súplicas, emprende el viaje, corto por lo demás, en compañía del joven y animoso P. Cristóbal. A los cuatro días de marcha a través de la alta arboleda que separa el Tibagiba del Natingui ([14]), los dos misioneros arriban al reducto de Pindoviyu. Desde la puerta de la empalizada que rodea al poblado recíbenles éste con muestras de singular complacencia. Varios indios levantan en alto toscos leños ensamblados a guisa de cruces; golpean otros sobre rústicos tambores o hacen sonar agudas vocinas de hueso; saltan los demás a lo ancho de la vereda que conduce al caserío, haciendo que danzar alegremente. Pindoviyu se prosterna ante ellos y les expresa en largo y gesticulado discurso el regocijo que siente al tenerles al fin en su poblado.

Al día siguiente salen ambos misioneros del reducto en busca de un mejor sitio para fundar la reducción y hállanle a no larga distancia, en un altozano cuya base lamen plácidamente las aguas del Natingui. Mandan izar allí una gran cruz de madera que los vasallos de Pindoviyu han labrado en pocas horas y, después de postrarse ante ella y pronunciar las rituales palabras de ocasión declaran solemnemente establecida la nueva reducción. Es el 9 de agosto de 1625.

Muy por la mañana del día siguiente, los misioneros llaman al gentío y congréganle al pie de la cruz recién izada. Impresionadas, absortas y llenas de curiosidad contemplan aquellas gentes de cómo uno de los **payés** extranjeros, sobre la larga vestimenta negra que de ordinario trae, colócase una extraña veste blanca y encima otra más extraña aún, corta y estrecha. Contemplan luego cómo el **payé** así ataviado acércase a una tablazón donde arden delgadas teas, haciendo conjuros y murmurando palabras de peregrino idioma ante una copa de brillante metal, cuyo contenido bebe muy parcamente. Entre tanto, el otro, en la propia lengua de los hijos de la selva, va explicando de cómo Dios tomó la sustancia humana, nació de madre mortal, creció y vivió como el común de los hombres, terminando su breve existencia clavado en una cruz como aquella que tienen delante.

Terminada la ceremonia, el P. Montoya y el P. Cristóbal entran a considerar el nombre que debe darse a la reducción, resolviendo que ello sea decidido al azar. Por tres veces consecutivas, entre otras varias advocaciones de la dogmática jesucristiana y entre múltiples nombres tomados del santoral, sale escogido el nombre de Encarnación. Y así es bautizada la naciente aldea con aguas del selvático Natingui, en tanto que Pindoviyu y sus gentes juran a los **payés** fidelidad y obediencia.

Apenas se ha echado los cimientos de la nueva reducción, el P. Montoya regresa al Paraná, quedando en ella, solo, el joven misionero que nació en tierras del oriente de Charcas.

Larga, penosa y difícil es la obra que le toca realizar. Lo hecho es apenas el pobre embrión de aquellos "poblados de

Cristo", al decir de los hijos de Loyola, y para que pueda buenamente ser tal, queda aún mucho por hacer. La distribución de solares, construcción de viviendas, edificación de templo y la roza de la floresta aledaña para disponer de tierras de cultivo, con ser bastante resulta menos difícil que la obra espiritual de extirpar las torcidas inclinaciones morales del gentío, adiestrarlo en las doctrinas de la fe cristiana, deslindar las relaciones familiares y suprimir milenarias costumbres opuestas a la índole de la civilización blanca. A tal labor se entrega el P. Cristóbal con el mayor de los empeños y la más honda de las delectaciones.

Este ha sido el más grande anhelo de su vida, desde los días de la risueña infancia, allá en la lejana Santa Cruz de la Sierra. El hará de los rudos vasallos de Pindoviyu gentes de pro, pacíficas de carácter y moderadas de hábito. Con su palabra, su fervor y su ejemplo les quitará de la entraña bravía del primitivismo selvático, ganándoles para el Dios que murió crucificado y para su rey que vive al otro lado del mar.

4

Nada mejor que el tiempo para poner en evidencia la magnitud y la eficacia de la labor emprendida por los jesuitas con el fin, de civilizar, cristianizando, el gentío aborigen de esta parte de América. Atraer pueblos enteros de selvícolas belicosos y reducirles con la sola persuación; transformarles en hombres de provecho, haciéndoles, artesanos capaces, pacientes labriegos y hasta hábiles artistas, es obra tan grande y meritoria que bien vale por toda la obra colonizadora de España.

Si admirable es la actividad de los jesuitas en la tarea de conquista a los indígenas hasta congregarlos en pueblos y aldeas, más admirable es aún la organización que supieron darles, el régimen bajo el cual dispusieron el desarrollo social de esos núcleos de civilización por Cristo. Unicamente ese régimen de disciplina y austeridad, desprendido del contexto de la regla ignaciana, pudo hacer que millares de autóctonos abandonasen la floresta nativa y admitiesen una nueva forma de existencia.

La verdadera obra de reducción empezaba cuando ya la tribu estaba aposentada en torno a la cruz simbólica y se habían construido los primeros albergues. Comprendían los jesuitas que no era posible desbrozar de inmediato el áspero matorral de aquellas almas primitivas, menos trocar desde el primer día hábitos y costumbres seculares. Guardábanse así de quitarles la autoridad de sus jefes de guerra y, por el contrario, confirmaban a éstos en el mando, dándoles pintorescos títulos de alcaldes, corregidores, alguaciles, alféreces, etc. A los viejos encargados del idolátrico culto y de las prácticas de hechicería, los astutos **payés**, procuraban de conservarles el respeto y el ascendiente entre los suyos, pero ponían al descubierto sus añagazas y embustes y estorbaban la realización de sus ensalmos.

La rutina diaria empezaba al toque madrugador de la campana, a cuyo son neófitos y catecúmenos acudían al templo, donde el padre conversor celebraba la misa, en tanto que el padre **socius** explicaba el significado de la ceremonia con palabras y expresiones sobradamente sencillas para ser comprendidas. Terminada la ceremonia, los indígenas se desayunaban rápidamente con la apetecida infusión de la yerba del Paraguay, casi siempre acompañada de sabrosas tortas de maíz cocidas al rescoldo. Apenas el sol se había empinado en el cielo, la gente de trabajo salía a los campos de cultivo, en donde, bajo la mirada del padre **socius**, laborábase la tierra para hacerla rendir los frutos que habrían de consumirse en la aldea: maíz, mandioca, cacao, arroz, algodón. Los más expertos y más hábiles penetraban bosque adentro para procurar, por medio de la caza, la provisión de carne y para buscar en

lo tupido de las ramazones el rebosante panal de abejas silvestres.

A filo de medio día regresaban todos al poblado y después de hacer sustancioso almuerzo con los elementos suministrados por el propio trabajo y por las mercedes de la naturaleza, dábanse un merecido descanso no mayor de dos horas. Al término de ellas, otro toque de campana anunciábales el trabajo en común en la residencia de los padres. Allí aprendían las artes manuales más necesarias para la propia utilidad, y en este trabajo mostrábanse los indios tan complacidos y tan interesados que muy pronto devenían en industriosos y hábiles artesanos. A la misma hora, el otro misionero congregaba a los niños en el templo o bajo la enramada del patio parroquial y después de nutrir su intelecto infantil con los fundamentos de la doctrina, adiestrábalos en el ejercicio del ritual romano, iniciábalos en el aprendizaje del latín y el castellano y en el cultivo de la música.

Al crepúsculo salíase de los talleres para ir a la ligera colación vespertina, pasada la cual la consabida campanita nuevamente era tañida para que el gentío acudiera al templo. Rezábase entonces el rosario y enseñábase nuevas devociones, aumentando con pláticas y relatos amenamente narrados el creciente caudal de los principios jesucristianos pacientemente inculcados. Cumplida esta labor, retirábanse todos, bajo la severa vigilancia de los padres, a fin de evitar los desórdenes y las promiscuidades, cuya extirpación no era fácil conseguir muy prontamente.

En los días de fiesta, bautizábase a los recién convertidos, bendecíase los nuevos matrimonios y se repartía entre todos aquellos objetos que no pudiendo ser habidos en la aldea, les eran suministrados desde fuera por los diligentes superiores de la comunidad ignaciana.

Días especiales había para los trabajos de ensanchamiento y conservación del poblado. En ellos, todos los brazos hábiles eran ocupados, ora en la edificación de nuevos albergues, ora en la roza de la maraña circundante o en el levantamiento de empalizadas defensivas para precaverse de los asaltos

de los indígenas rehacios que no cesaban de rondar por las inmediaciones de la aldea, ansiosos de saqueo y de pillaje.

Tal era la existencia y tal la tesonera labor de los núcleos misionales que los soldados de Loyola iban fundando al otro lado del río Paraná, en tierras que estaban próximas a las posesiones portuguesas del Atlántico.

5

El conversor de la naciente aldea india de Encarnación, el hijo y nieto de los conquistadores del Río de La Plata y oriente de Charcas, se siente más que nunca animoso y más que nunca poseído de esa fe dinámica que hace del hombre un apóstol y del creyente un apasianado. Si es dura y sacrificada su labor ,también es simple y humilde. Todo el vigor y toda la capacidad de su íntima sustancia humana deben concretarse al cuidado de aquel pobre rebaño de cristianos recientes. Y así ha de pasar estos días de su existencia, lejos del hostil y complicado mundo de los blancos, entregado de lleno a sus deberes pastorales y viviendo para sí esa intensa vida espiritual que empezó a manifestarse en los claustros del noviciado cordobés.

La vida del Padre Cristóbal en la aldea india que cuida como pastor, es la de un santo en el más humano y el más cabal de los sentidos. No hace milagros, su personalidad terrena es siempre la misma, no dialoga con los ángeles, pero ama con infinito amor a sus pobres indios; prodígales con íntimo deleite cuidados y atenciones; sugre resignadamente las privaciones y las dolencias; camina, trabaja, predica, reza, mul-

tiplícase en toda clase de actividades y, para decirlo todo, es un inagotable pozo de bondad del cual beben hasta hartarse los desvalidos hijos de la selva.

Antes de romper el alba ya está en pie, musitando oraciones o repitiendo de memoria versículos de su breviario. Celebra la misa bajo el rústico techado de hojas de palma, con la mística exaltación que por igual tuviera de celebrarla bajo suntuosos artesonados. Va a los campos de cultivo, enseña las artes manuales a los adultos y la doctrina a los párbulos, administra los sacramentos, predica, amonesta, sonríe. Poco antes del crepúsculo pasea, penetrando un poco hacia la tupida arboleda que circunda el pueblo, buscando de distraerse con la contemplación de la virgen naturaleza tropical. Si no con seres extraterrestres, detiénese a buscar el diálogo con los árboles majesuosos, con el susurrante céfiro del atardecer, con los pajarillos que retornan bulliciosos a la enramada nativa. Al contemplarles con la ingenua y delicada ternura de su espíritu, no puede menos de pensar en que la suprema bondad de Dios haya depositado en ellos una llamita de su incendio y dotádoles de una suerte de espíritu con el cual sea posible comunicarse y entenderse.

Los indios de Encarnación, transcurrido el tiempo, han llegado a profesarle un ascendrado cariño, una creciente veneración que va más allá de lo puramente afectivo. Imagínanle un ser superior, como uno de aquellos **payés** de cuya existencia tanto se habla en las tradiciones de la floresta nativa. Y para expresarle su admiración y su cariño, unen el vocablo selvático al afectuoso llamado de la lengua hablada por los blancos. Y así la pintoresca y expresiva denominación de **Pay Quirito** que pronto se extiende hasta fuera del poblado, juntamente con la fama de las bondades y las ternuras del joven misionero nacido en la lejana ciudad hispano - chiquitana de Santa Cruz de la Sierra.

6

Pero no todo es satisfacción ni todo sale a medida de los deseos en el pueblo que lleva el nombre de la sustanciación humana del Verbo. Aparte las continuas asechanzas de los belicosos y hambrientos **cabelludos** ([15]) de la comarca próxima, no han dejado de producirse otros acontecimientos más peligrosos y más infortunados dentro del propio reducto. Acaso el peor y más sensible ha sido el de la muerte de un rebelde vasallo de Pindoviyu, cuyas consecuencias han estado a punto de desencadenar sangrienta lucha entre los indios.

Un pequeño grupo de catecúmenos de Encarnación, con la venida del P. Cristóbal,. determinó trasladar de vivienda, yendo a establecerse en la vecina reducción de San Javier. Apenas salidos del pueblo, dan en el camino con otro grupo de hombres que regresan a él después de cumplida una labor campestre. Ni los que salen quieren dar razones, ni los que llegan son capaces de comprenderlas, y de esta incomprensión surge un enojoso altercado. Creyendo los unos que es deber suyo impedir la fuga de los otros, estórbanles el paso y tras de corta lucha consiguen dominarlos y maniatarlos. Uno hay que se resiste porfiadamente y aún amenaza a los inopinados contrincantes. Ante tal actitud, los leales, olvidando promesas y recomendaciones de **Pay Quirito**, degüellan al irreductible y dejan sus despojos sobre el camino, entrando al poblado con los restantes.

A las pocas horas, acierta a pasar por allí un corto séquito de indios de San Javier que el P. Díaz Taño envía con especial ante el P. Cristóbal. Los de San Javier, al ver al degollado, y encontrar señales de porfiada lucha, barruntan lo menos verosímil y atemorizados por su propia conjetura echan a correr sin haber cumplido la misión encomendada. Llegan al pueblo con la ingrata noticia de que los hombres de Pindo-

viyu están en armas y que su **pay** ha sido muerto y posiblemente comido.

Sin detenerse a reflexionar y menos pedir consejo de su conversor, pónense luego en pie de guerra y avanzan sobre las tierras de Pindoviyu, a quien consideran todavía un enemigo por no estar bautizado, no obstante de hallarse reducido. El encuentro campal entre ambos pueblos no tarda en presentarse, quedando de este modo reavivadas las viejas animosidades y estimulados los atávicos sentimientos de venganza. El P. Cristóbal predica, clama, exorta, va de un lado a otro, reflexionando a los caciques, desarmando a los impetuosos y exigiendo el lleno de la obediencia jurada. Tras de no pocos desvelos y aflicciones consigue dar fin al incidente y pone en sosiego a los agitados ánimos.

Así las cosas, acontece otro hecho que pone nuevamente a prueba los sentimientos, la tranquilidad y hasta el valor del joven misionero.

Los temidos pobladores de la próxima comarca oriental, los falaces **camperos** o **cabelludos**, que de ambas maneras son nombrados, han venido inquietando cada vez más la pacificada tierra de Pindoviyu, con repetidas incursiones. Hay quien los ha visto recorriendo en son de guerra la aledaña floresta; quien merodeando el poblado. La fama de sus crueldades, de sus arreos belicosos y de su pujanza en la pelea los ha hecho harto temibles en todo el Guayrá. Su sola presencia basta para infundir miedo al más valiente. De rudas y angulosas formas, horriblemente pintarrajeados, saltones los pequeños ojos, pronunciada la estrecha frente, hácense todavía más repulsivos con usar los cabellos, lacios y cerdozos como crines, sueltos cuan largos son sobre las espaldas. Es por esta razón que se los conoce con el mote de **cabelludos.**

Cierto día los catecúmenos de Encarnación sorprenden a un muchacho que ha penetrado al pueblo diciendo ser de la tribu. Aunque no trae los cabellos en la forma que es usual entre aquellos malos vecinos, pronto se sospecha que es uno de ellos y que su venida obedece a alguna mala trapacería. Atanle y llévanle al P. Cristóbal para ser interrogado, pero

el muchacho se obstina en callar, negando ser de la temida tribu, por mucho que se le amenace con azotes. Cansado de interrogarle inútilmente, el P. Cristóbal déjale en un rincón de la plazoleta, abre su breviario y se entrega a la lectura de sus horas canónicas, paseando a lo largo de la plazoleta.

El muchacho que ha permanecido impasible ante las amenazas y el látigo, contempla, con curiosidad primero, con sorpresa después y finalmente con inexplicable terror, la actitud del **payé** blanco que recorriendo con los ojos el insólito artefacto que lleva entre las manos, repite continuamente extrañas palabras, como si ellas le fuesen dictadas por aquel maravilloso objeto. Circula entre todas aquellas gentes la noticia de que los blancos conversan con su Dios valiéndose de aquellos mágicos objetos, a los cuales han dado el llamar **tupaguatiá**, esto, es, mensajeros de los dioses.

Al ver el muchacho al P. Cristóbal leyendo su breviario, juzga que está platicando con su Dios, y que éste no ha de tardar en avisarle de lo que traman los cabelludos y de la misión que él ha traído a la aldea. Temiendo por sí, de improviso decide confesarlo todo. Llama al **payé**, dícele que los suyos le han enviado para que les dé aviso del momento en que más descuidadas estén las gentes de la reducción y añade que los guerreros de su tribu están a no larga distancia, ocultos en la selva y atentos a su llamado.

Pindoviyu arma a los hombres. Sigilosamente salen todos del poblado y penetran en la selva, buscando a los presuntos asaltantes. Pero sólo encuentran huellas de la celada, dándose cuenta de haber aquéllos regresado no muchas horas antes, cansados sin duda de esperar el aviso de su espía y temiendo ser sorprendidos.

Con noticia tal y la intención de perseguirlos después, regresan los hombres a la aldea. El P. Cristóbal les reflexiona y convence de no intentar la persecución, al menos por entonces, y aprovecha la especie del **tupaguatiá** para robustecer en los catecúmenos la idea de la grandeza y el poder del Tupá que murió crucificado.

Algún tiempo después anúnciase que viene en visita de ordenanza el provincial de la compañía, P. Nicolás Mastrilli Durán, siendo ésta la primera vez que un alto jefe de la milicia ignaciana ha de recorrer tan apartados centros de acción. A la noticia, el P. Cristóbal se dirige a San Francisco Javier, para esperar allí al prominente superior y ver de conducirle cómodamente hasta la propia reducción.

El sentimiento de que el provincial no hubiera podido allegarse a las orillas del Natinguí es de algún modo compensado con la formal conversión de la mayor parte de sus catecúmenos. En San Javier el otrora temible Pindoviyu y sus principales reciben los primeros sacramentos de manos del propio P. Mastrilli y ratifican delante suyo las promesas de fidelidad y obediencia al buen Pay Quirito.

Pasan las semanas y los meses, crece la población, auméntanse sus recursos y en esto llega el día de cumplir la jornada de tierras de los **cabelludos**. La ocasión se presenta de improviso, y el P. Cristóbal decide aprovecharla.

Un día tiene noticia de que otros pueblos salvajes, enemigos de aquéllos, hanles traído la guerra en forma violenta y en el decurso de tal guerra, son los recién venidos los que llevan la mejor parte. Sale Pay Quirito con los suyos y a no mucho andar llegan a los abiertos campos donde moran los cabelludos, llanuras poco menos que yermas, pobladas por raquíticos arbustos y por matas de palmeras ([16]). No bien penetra en aquellos campos, llega a saber que los tupís invasores han asaltado una aldehuela de los cabelludos y arrastrado en cautividad a cuantos se libraron de la muerte en el combate.

El P. Cristóbal avanza con los suyos, intentando alcanzar a los tupís, y a poco andar avista su campamento, en momentos en que los victoriosos han salido a realizar otras incursiones. Penetra al transitorio reducto y se parapeta en él con los guerreros de Pindoviyu, previniéndose para caer sorpresivamente sobre los invasores. Horas después, muy ajenos a la celada que se les ha tendido, llegan los tupís conduciendo centenares de cabelludos inermes y vencidos. Con poco esfuerzo, Pindoviyu y sus hombres los reducen a la impotencia, quí-

tanles sus grandes arcos y sus agudas flechas y les despiden hacia sus lares nativos, notificándoles de que si vuelven a atacar esta comarca, serán esta vez tratados con el rigor que imponen de las selváticas leyes de la guerra.

Los prisioneros cabelludos son puestos en libertad y obsequiados con viandas y con chaquiras, lenzuelos multicolores y otras baratijas. Traídos a Encarnación, muéstrales allí el P. Cristóbal las viviendas de los reducidos, las sementeras, los comunes almacenes de vituallas, el orden y la tranquilidad en que se vive y la buena disposición de gobernantes y gobernados. Llevándoles al templo, les enseña las imágenes y los objetos del culto y explica en breves palabras los más elementales principios de la doctrina cristiana. Autorizados para regresar a sus campos, los recién liberados indios, a quienes ha seducido el buen pasar y la tranquilidad de los poblanos de Encarnación, prometen regresar con sus mujeres e hijos para instalarse allí definitivamente.

No muchos días después, éstos y otros camaradas suyos piden ser recibidos en la comunidad de Pindoviyu, en tanto que varios jefes de las demás parcialidades envían mensajeros al padre, rogándole que vaya donde ellos y fundar en su campo un pueblo igual al de Encarnación.

El padre Cristóbal da inmediata cuenta al superior de la victoria obtenida, e insinúa la idea de enviar misioneros para que atraígan del todo a los cabelludos, fundando entre ellos una reducción. La respuesta no se deja esperar. Dispone el P. Ruiz de Montoya que el conversor de San Francisco Javier, P. Díaz Taño, pase a los cabelludos, siendo relevado en sus funciones por el P. Pedro de Mola.

7

El crecimiento de la población hace que pronto el pequeño ribazo sobre el Natinguí resulte estrecho para contenerla. El P. Cristóbal decibe entonces trasladarla a más cómodo y apropiado sitio. Toma informaciones de su gente y escogido el nuevo lugar, a no larga distancia del primitivo, pide al superior la necesaria licencia para realizar el traslado. El P. Montoya se la concede y envíale además, en calidad de **socius**, al flamante misionero P. Pedro de Espinoza. En pocos días la operación es llevada a feliz éxito, gracias a la tesonera actividad de los indígenas misioneros que rehacen sus chozas con singular presteza y en sólo veinte días levantan el nuevo templo y vivienda de los conversos, bajo la inmediata guía del Padre Espinoza.

A esta sazón, nuevos grupos de cabelludos y de otros selvícolas comarcanos acuden al poblado pidiendo ser admitidos en la comunidad. El P. Cristóbal les acepta con gran complacencia; da vara de alcalde a los jefes de grupo, divisas de mando subalterno a los principales, y con todos empieza la ruda pero placentera labor de catequización. Al finalizar el año aquel, Encarnación alberga ya más de quinientas familias, señalándose como una de las más populosas y florecientes reducciones de la provincia del Guayrá.

Apenas trasladada Encarnación, el superior requiere al P. Mendoza para nuevas fundaciones, tenidas muy en cuenta sus felices aptitudes para esta clase de obras y la buena fortuna con que se ha señalado siempre toda erección a él recomendada. El P. José Domenech, venido de España, novicio aún, en 1621, relévale como pastor de la ya adelantada grey de Pindoviyu, y él parte en busca del P. Simón Masseta, en cuya compañía debe cumplir nuevos deberes.

No sin sentir alguna pena, abandona la comarca de Tayatí donde ha misionado más de dos años y penetra en la de Iñeay ([17]), en la cual es señor el temido cacique Güiravera que tiene fama de gastar demasiado el regalarse con la carne de aquellos a quienes mata. Tras una jornada afanosa y llena de peligros, consiguen los dos padres atraer alguna gente, restándola de los belicosos vasallos de Güiravera, y con ellos fundan la reducción de San Pablo, la misma que desde su erección concita los enconos del feroz cacique.

Durante los cortos meses que permanecen ambos padres en ella, estorba su labor por cuantos medios están a su alcance y les acecha con ánimo de darles muerte. Pero, no obstante todo ello, crece la reducción y en un recuento que se hace para conocimiento del provincial, llega a comprobarse la existencia de cuatrocientas familias reducidas. Güiravera se remonta el río arriba, temiendo seguramente por las continuas deserciones de los suyos, aunque sin renunciar a sus deseos de exterminar a los aborrecidos blancos. Con el arma de la cruz y la fuerza de su ánimo, el P. Masseta decide perseguirle penetra con algunos indios en la floresta donde ha sentado sus reales, logrando establecer también allí una nueva reducción: La de Jesús y María, en la cual queda de conversor.

Entre tanto, las reducciones del Tibagí han recibido una visita inesperada que les hace abrigar larga esperanza de provecho. Habiendo desembarcado en playas brasileñas el nuevo gobernador del Paraguay don Luis de Céspedes Xeria, después de desposar en Río de Janeiro a una bella **crioulha** luso-brasiliana, decide llegar al asiento de sus funciones, no por la conocida vía de Buenos Aires y el Paraná-Guazú, sino siguiendo la ruta de las incursiones paulistas. Escoltado por buen número de aventureros mamelucos, bajo por el río Tieté, atraviesa el sertón en busca del Paranapanema, y ya en él, determina visitar no sólo las reducciones ribereñas sino también las que acaban de establecerse por el río Tibagí arriba, siempre en la compañía dudosamente intencionada de los mamelucos paulistas.

Al recibirle en sus poblados, los misioneros le acogen con las mayores muestras de simpatía y de recogijo, rogándole de

ver un poco por aquellos desamparados vasallos del rey Felipe y prestarles algún socorro. El de Céspedes Xeria encomia la labor de los misioneros con las más lisonjeras frases y promete no sólo enviar a Asunción cuanto auxilio inmediato sea menester, sino también abogar por las misiones ante audiencias, virreyes y cortes.

El P. Cristóbal le dirige desde San Pablo una atenta y expresiva carta, en la cual expresa su complacencia por tenerle como autoridad temporal de la provincia y le desea largos y venturosos días de gobierno. La cual carta allega el gobernador con otras tantas para atestar algún día ante su majestad el hecho de haber recorrido en real servicio el dilatado territorio sobre el cual se le dio mando, por mucho que tal recorrido haya dado pie al acontecimiento más nefasto que podrían imaginar los esforzados civilizadores del Guayrá.

8

Desde hace algún tiempo, río Tibagí arriba se halla establecida la nueva reducción de San Miguel, en la cual misiona el alentado y enérgico religioso flamenco P. Justo Wan Surck, más conocido en el Guayrá por hispánico apellido de Mansilla. No obstante los desvelos y las solicitudes del P. Justo, el flamante poblado sufre las resultas de su alejada posición con respecto a los demás con los consiguientes peligros y privaciones. En conocimiento de tales circunstancias, el P. Ruiz de Montoya ve la necesidad de establecer en el intermedio una nueva reducción que sirva para vincular la de San Miguel con las ya florecidas de San Javier y Encarnación. Decidido el asunto, el misionero en jefe requiere una vez más los servi-

cios del P. Cristóbal, ordenándole que se apreste para ir al Tibagí con unos cuantos neófitos de San Pablo, en compañía del P. Pedro de Mola.

Pay Quirito deja las orillas del Ivahí, cruza el áspero bosque que separa ambos ríos y los pocos días discurre por las márgenes del correntoso caudal que señala los términos señoriales de su buen amigo Pindoviyu. Poco después, reuniendo hasta una centena de hombres que por allí quedaban sin reducir, funda el Poblado de San Antonio, poniendo en la obra el inagotable venero de sus energías y su devoto celo.

Pero, apenas se han levantado las primeras chozas y apenas los apacibles indígenas se han iniciado en el conocimiento del Dios que murió en una cruz, cuando de pronto empieza a cruzar el Tibagí una extraña multitud de hombres blancos armados hasta los dientes, a los que sigue una ingente muchedumbre de aquellos mismos terrígenas que años atrás asolaron la tierra de los cabelludos.

No tarda en comprobar el P. Cristóbal que los forasteros blancos son portugueses del Brasil, hombres de fiero talante y turbias intenciones, que desde varios años atrás recorren la floresta cautivando indígenas jóvenes para llevarlos a su lejana tierra. Sabe que estas gentes ni conocen escrúpulos ni se detienen ante humanas consideraciones, importándoles tan sólo la más cuantiosa cacería de indefensos selvícolas cuyos brazos necesitan para la ruda labor de sus haciendas. Bastante se ha hablado en las misiones sobre la inhumana actividad de estos desleales vasallos de su católica majestad que salen de la turbulennta villa de San Pablo en grupos milicianos dichos "bandeiras" y penetran selva adentro, hasta los mismos linderos del Guayrá, en busca de poblados indígenas para hacer presa de los mozos y exterminar ancianos, niños y mujeres con crueldad inaudita. Bien es cierto que hasta entonces no han osado tocar las reducciones, pasando varias veces de largo por frente a ellas, en busca de los belicosos **bilrreiros** del otro lado del Paraná. Pero no es menos cierto que en varias ocasiones han cautivado y llevado consigo a muchos de los catecúmenos encontrados casualmente en el bosque.

Con singular extrañeza y justísimo temor ve el P. Cristóbal que esta vez los bandeirantes no pasan de largo, sino que se detienen a corta distancia de San Antonio, construyen lijeros albergues y rodean su campamento de una cerca de troncos, como si allí hubieran de quedarse por largos días. Ante tal actitud, envía un propio al misionero jefe y, con la ingrata nueva, le da cuenta de sus legítimos recelos. El P. Montoya acude con premura a la afligida reducción y llega a la triste certidumbre de que los bandeirantes no se han establecido para nada bueno en aquel sitio y planean, a no dudar, alguna calamitosa trapacería.

Sin embargo, pasan los días y el campamento mameluco yace quieto y sosegado, aunque no faltan hombres que recorren continuamente los campos vecinos. Algunas semanas más tarde, prodúcese el primer acontecimiento desagradable. Cierto día, un grupo de indígenas sale de Encarnación y apenas ha penetrado en la selva circundante cuando es sorprendido por una partida de bandeirantes y conducido a su campamento. A la noticia, el P. Montoya corre en su reclamo, pero es recibido agriamente por uno de los capitanes paulistas, quien sin permitirle un paso dentro de la cerca, se niega a devolverle los cautivos y aún a darle razones de su conducta. De vuelta en el poblado, consulta con los misioneros sobre la manera de intentar un nuevo reclamo por los infortunados catecúmenos, no hallando por de pronto otra solución que la de acudir al campamento paulista en una actitud algo más que suplicante.

Poniendo en realización lo acordado se allegan varias centenas de reducidos, con los propios caciques a la cabeza, para acercarse de nuevo a las trincheras. El P. Cristóbal se adelanta y trata de hablar a los portugueses que esperan tras de la palizada con las armas en la mano. Pero apenas han dado unos cuantos pasos, seguido por quince o veinte neófitos, cuando es sorprendido por descargas de arcabuces que hieren y matan a varios de sus acompañantes. Al propio tiempo, los tupís arrojan una nube de flechas, dos de las cuales hieren a Pay Quirito en el cuello y en el pecho, precipitándolo a tierra desvanecido por el dolor. Levantado al momento por los

indios que han tenido la suerte de salir ilesos, es conducido hasta el lugar donde se halla el P. Montoya, y allí se le presta el oportuno auxilio.

Entre tanto, el P. Domenech ha logrado penetrar a través de la cerca y ponerse al habla con el capitán bandeirante Antonio Pedroso, quien hace que contener los belicosos arrestos de los suyos y promete devolver más tarde los cautivos y dar pacífico fin al sangriento suceso.

Los misioneros y su leal gentío regresan a las reducciones, confiando en la promesa del mameluco, pero ni ella se cumple, ni los bandeirantes permanecen quietos en su real. Por el contrario, a empezar de aquel día, aventuran sus diarios patrullajes hasta las mismas inmediaciones de las aldeas jesuíticas, no dejando de hacer presa de cuanto indígena encuentran a su paso. Los misioneros vénse en duro trance de soportar tales humillaciones y hacer buena cara a los intrusos, temerosos, de que la menor muestra de contrariedad sirva de pretexto para el desembozado ataque a sus queridas reducciones.

Así las cosas, transcurren varias semanas. Al cabo de ellas, ocurre otro incidente cuyas consecuencias concluyen por precipitar los acontecimientos. Un cacique de nombre Tataurara, que tiempos atrás fue apresado por los paulistas en el bosque, consigue fugar del real donde guarda prisión y busca asilo en una de las vecinas reducciones, en donde halla cordial acogida. Al tener conocimiento de ello, los mamelucos demandan su devolución a los misioneros. El P. Cristóbal, restablecido ya un tanto de sus heridas, y su compañero el P. Mola contestan que el cacique está bajo su protección y la del rey de España y que es deber suyo retenerlo, pues, pertenece a la grey misionera.

Ante tal respuesta, exáltanse los inquietos ánimos y estalla el hasta entonces reprimido encono de los paulistas. Al amanecer del penúltimo día de enero de 1629, el grueso de los aguerridos invasores ataca la inerme aldea de San Antonio, teniendo a la cabeza al propio jefe de la **bandeira**, el célebre Raposo Tavares.

9

Sobre los campos de Piratininga y a pocos pasos del arroyo Añangabahú, cuyo nombre evoca una pretérita hazaña del señor de las tinieblas, florece la población luso-indiana de San Pablo, años atrás levantada en torno al colegio jesuítico del padrecito Anchietta. Allí se multiplican los linajes lusitanos simentándose en los prolíficos vientres de las hermanas, las hijas y las nietas de los fieros régulos aborígenes de tez bronceada y lacia cabellera. Los Almeidas, los Barretos, los Pires y los Pedrosos mezclan su cálida sangre ibera con la hirviente sangre de los Tibirizá, los Piquerobí y los Iñapuembuzú, y a los pocos años, un nuevo hombre, el **mameluco**, suelto de cuerpo, airoso el talante, desenfadados los modales, deambula por las calles del villorrio, respirando a pulmón lleno el aire de la tierra virgen ávida de sus fuerzas. Y a medida que crece la población, extiéndese al contorno de ella los cuadriláteros de la planta cultivada que constituye su riqueza presente y su heredad futura.

Pero ni el fachendoso hidalgo lusitano ni el inquieto mameluco se sienten llamados a ejercitar sus fuerzas en la ruda labor que demanda el cultivo de la tierra. Para eso están los terrígenas, a quienes no daña la intemperie ni afecta el prolongado esfuerzo. Sin embargo, no debe de ser muy así, pues a la vuelta de algunos años empieza a escasear el indio brasero, y ello tan rápidamente, que se hace necesario ir a tomarlo de por fuerza en los campos y en la selva de las vecindades. Pero, el indígena de la comarca va desapareciendo con extraña frecuencia y en su búsqueda tiene que irse cada vez más lejos. Se asocia entonces el dueño de plantaciones con el hombre de armas y el aventurero, para armar expediciones que deben de salir de San Pablo en son de guerra y a tambor batiente, con rumbo a la selva incógnita, en donde viven,

todavía varias comunidades nativas. Así surge la "bandeira" que empieza por ser incursión desatada y concluye en lucrativa y honorable institución creada por los ciudadanos de Piratininga.

Redobla el tambor en la plaza del creciente villorrio y la voz del pregonero anuncia estentoreamente que hay **bandeira.** A las pocas horas todo está dispuesto y, en el transcurso de breves días sale la hueste armada de punta en blanco a la caza del indio que ha de urcir por millares para el cultivo de la tierra. Nicolau Barreto y Antonio Raposo el Viejo, Manuel Preto y Belchior Dias Carneiro, Martín Rodrigues Tenorio de Aguilar y Bras Gonsalves, Pero Vaz de Barros y García Rodrigues Velho, salen sucesivamente, año por año, penetrando cada vez más adentro, reclutando cada vez mayor gentío, conociendo cada vez más lejanos y más extensos campos, hasta donde no alcanza ni con mucho la jurisdicción del poblado de origen. Un buen día avistan en el corazón de la floresta pintorescas y ordenadas aldeas en las cuales reina el nombre de Cristo y el régimen de la comunidad por Cristo: Son las reducciones jesuíticas del Guayrá que están bajo la protección del rey Felipe de España y Portugal. Es menester respetarlas, pues, el más pequeño desmán contra ellas podría ser de consecuencias desagradables. Y se pasan de largo, más allá, más al occidente, sin poder hacer otra cosa.

Pero día llega en que escasea tanto el indio baldío o es tan difícil y peligrosa su cacería, que el **fazendeiro** paulista pone los ojos en aquella multitud de bestezuelas humanas domesticadas y pacíficas. Tiéntale el hacer allí la presa, sin temor a la celada y al albur de la lucha en el bosque, sin el costo que demanda una libra de pólvora. Vacilan todavía un poco las gentes de Piratininga, cuando surge el hombre que no se para en escrúpulos ni teme por las presuntas consecuencias: Antonio Raposo Tavares.

Hijo de bandeirantes, nieto de conquistadores y colonizadores y de caciques terrígenas, este mameluco ha nacido a orillas del arroyo cuyas aguas copiaron, no mucho tiempo atrás la figura del mismo diablo. Apenas entrado en la adolescen-

cia, sigue a su padre y a su tío Esteban Raposo y a Belchior Dias Carneiro que se lanza por el Tieté abajo y no paran hasta dar con el alto Paraná, de donde regresan cargados de un cuantioso botín humano. Acompaña más tarde a Joan Pereira y a Sebastián Preto en la bandeira que va en pos de los indios **bisbelas** y luego va hacia el sertón de Goyaz con Pedroso de Alvarenga y con Rodrigues Velho, en busca de los aguerridos **bilerreiros** que no dejaron hombre con vida de la bandeira de Rodrigues Tenorio de Aguilar.

Más que valiente, temerario; más que diestro, esforzado y más que enérgico, cruel, Raposo Tavares ha llegado a superar las hazañas, el brío y el valor de los caudillos de jornadas anteriores. Años más tarde hande llamarle por esta razón "o bandeirante inmenso", cuando las multitudes paulistas acudan a él para que reflexione a su amigo Amador Bueno y le pida que acepte ser rey de Piratininga.

Tal es el hombre que se ofrece para encabezar la bandeira que irá contra las misiones jesuíticas del Paraguay. Basta su nombre para atraer las voluntades y poner en movimiento los ánimos. Todos quieren ir a sus órdenes, sea a donde fuese, pues saben que quien le siga no puede dudar del triunfo. Y forman en las filas que reciben su mando viejos bandeirantes encanecidos en la conquista de la selva como el propio autor de sus días, Antonio Raposo "o Velho" con sus otros hijos Esteban y Juan, y como Manuel y Salvador Pires, Federico Melo y Manuel de Melo Coutiño; vecinos notables como Salvador Pires de Medeiros, Antonio Vicudo y Manuel Morato; funcionarios reales como Sebastián Fernandes Camacho y Francisco de Payva, Diego Barbosa y Cristóbal Mendes. También se alista para hacer sus primeras armas Amador Bueno el Mozo, hijo del célebre molinero paulista y de Bernarda Luiz, su mujer. Y Jerónimo y Francisco Bueno, hermanos del mismo futuro renunciante de la corona mameluca. Y Manuel Preto, dueño de extensos cañaverales y de cuantiosa fortuna, que habiendo financiado la expedición toma activa parte en ella con las insignias y el mando de maese de campo.

A mediados de octubre de 1628 la bandeira sale del levantisco poblado para penetrar en la selva, aprovechando la pi-

cada abierta por González Xeria, con quien se mantiene tácita convivencia. Antes de los dos meses llega al río Paranapanema, en donde se fracciona en dos o tres destacamentos, uno de los cuales recibe la orden de acercarse quedamente al más avanzado de los villorrios jesuíticos. Antonio Raposo, taimado y astuto como el animal cuyo nombre lleva de apelativo, decide obrar mañosamente y acampa en son de paz frente a la reducción de San Antonio. Entre tanto, examina la situación de las misiones, busca sus puntos vulnerables, que son los más, y entra en relaciones con el felón gobernador del Paraguay, a quien ofrece parte del presunto botín humano, pues sabe que el de González Xeria necesita también de brazos indígenas para la **fazenda** de su mujer portuguesa, doña Victoria de Saa.

Así transcurren varias semanas, durante las cuales no han dejado de producirse incidentes hábil y cínicamente sorteados por el "bandeirante inmenso". Y cuando todo está pronto, aprovecha el incidente del cacique Tataurara para dar el primer golpe. Tras de este habrán de seguir otros y otros, hasta concluir con las florecientes reducciones donde laboraban por la civilización en Cristo los esforzados discípulos del penitente de Manresa.

10

Pay Quirito, el amado de los indios, ve precipitarse aquella mañana sobre su aldea apenas formada, a la hueste mameluca cuya sola presencia infunde miedo. Como si el villorrio fuese una plaza fuerte enemiga, penetran en ella los bandeirantes disparando a bulto sobre los inertes indios que encuentran al paso y arrojando carbones encendidos sobre las pobres chozas, para obligarles así a que salgan fuera.

Los pobres catecúmenos huyen despavoridos y corren a refugiarse en la capilla. Crepitan las llamas devorando las febles construcciones de palma y de maderos secos; aturden los tiros de arcabuz y el zumbido de las flechas disparadas por los tupís auxiliares; hienden el aire los ayes de los heridos y los lamentos del mujerío aterrorizado. Y los mamelucos llegan a la plazoleta, sin contrariedad ninguna, aprontándose para entrar a la capilla y a la morada de los padres misioneros.

El P. Cristóbal aparece en la puerta, apenas convaleciente de las graves heridas que sufrió semanas antes, pálido y débil, pero revestido de toda la entereza de ánimo y todo el valor con que se arma el espíritu cuando le asisten la razón y la justicia. Con la mano sobre el pecho y la mirada fija en los intrusos, les habla tranquila pero enérgicamente y les enrostra su maldad y su vileza. Incrépales porqué traen la guerra a este pueblo de Cristo que ninguna cuenta tiene con ellos ni relación alguna con la vida civil de las colonias, como no sea la debida obediencia al común soberano.

Raposo Tavares se adelanta al grupo, sonríe desdeñosamente y con socarrona voz replica al misionero que él y los suyos hacen lo que hacen "por el título que Dios les daba en los libros de Moisés de velar por las gentes".

Hace coro a la estúpida respuesta un estruendo de carcajadas que acalla por un momento el lastimero rumor de los llantos y los ayes. Y entre tanto, otro grupo de asaltantes búrlase del P. Mola que inútilmente trata de detenerlos en la puerta de la humilde residencia.

Ante tales actitudes, el P. Cristóbal prueba despertar la conmiseración de la turba asaltante. Ruega, implora y demanda un poco de piedad para la indefensa grey cuyo cuidado tiene y apela al respeto que debe guardarse para los lugares sagrados. Por toda respuesta, los bandeirantes le apartan con violencia de la puerta, dan muerte a un pobre indio que se aventura a defenderle y penetran con gran vocerío a la humilde iglesia, en donde trémulos de pavor, yacen los desventurados catecúmenos.

Dentro del recinto sagrado desgarran cuadros, rompen enseres litúrgicos, apodéranse de alguno que otro paramento de relativo valor y apresan a los asilados, trincándolos como a reses.

El otro grupo, después de amenazar de muerte al P. Mola, ha penetrado a los indigentes aposentos, removiéndolo todo en busca de cosas de valor. Al no hallarlas, aventan las mezquinas y escasas prendas de los padres, burlándose de su miseria. Y luego hablan a los indios en el propio idioma de ellos, para ser entendidos, haciéndoles ver los escasos recursos con que cuentan los misioneros para su cuidado, con éstas o parecidas frases: **Mirad que éstos son unos pobretones que no tienen qué daros y os engañan** ([18]).

Al atardecer de aquel trágico día, los bandeirantes abandonan el desventurado villorrio, dejándole convertido en un informe montón de humeantes ruinas y llevándose consigo a la muchedumbre indígena.

Los cuitados misioneros aguardan en la muerta reducción el regreso de algunos indios que durante el asalto consiguieron huir. Sano como se encuentra el P. Mola y de suyo más vigoroso que su compañero, se aventura por la noche a recorrer las inmediaciones, buscando a los fugitivos menos infortunados, y hasta el alba consigue reunir unos cuantos. Con ellos, aquel mismo día dirígese a la vecina reducción de San Miguel, servida a la sazón por el P. Justo Mansilla Wan Surck.

En el camino, con dolorosa sorpresa notan los padres las desastrosas consecuencias del asalto en el ánimo de los indígenas. Aquellos espíritus simples apenas iniciados en la vida de las reducciones, sobrecogidos de espanto y duramente castigados, empiezan a dudar de la bondad de los payés blancos y de la rectitud de sus intenciones. Mientras vivían libres en la selva, jamás tribu enemiga les había inferido tanto daño, ni hecho cautivos a tan crecido número de los suyos. Jamás habían tenido que deplorar tantas muertes, ni ser objeto de tan zañuda persecución. La vida junto a los hombres de la larga vestidura negra, lisonjera y apacible como parecía al comienzo, ha tenido para ellos el más aciago fin. Y piensan si

no será culpa de los padres tanta desgracia; si no los atraerían con zalemas y engaños para entregarlos después, dóciles e indefensos, a aquellos fieros hombres venidos de tierra adentro. En pocas horas de la duda llega la irreflexiva certidumbre, y muchos de los encontrados en el bosque alzan la voz contra sus benefactores de ayer y les esrostran airadamente la supuesta ruindad. No falta quien les amenace con quitarles la vida en justo desquite.

Patéticas y vehementes son las protestas de los misioneros, tratando de calmar a sus injustos acusadores, y rendidas las súplicas que les dirigen para seguir caminando hasta alcanzar la próxima reducción. La mayoría de ellos les abandona y prometiendo vengarse en venidero día, entran en la selva madre de donde salieron no muchos meses antes.

Con sólo un puñado de los menos recalcitrantes arriban al caer la tarde a la reducción de San Miguel, en donde son cordialmente recibidos por el P. Mansilla. Pero tampoco allí encuentran descanso. Los mamelucos han sido ya avistados a corta distancia y el misionero ha dispuesto el rápido desalojo, en cuyos preparativos hallan el P. Cristóbal y su **socius** a la aterrorizada población. Trabajo cuesta persuadir a los pobres indios de la necesidad de abandonar el floreciente villorrio al que se han encariñado ya, y sólo la formal promesa de que habrán de regresar a él cuando se hayan marchado los invasores, les convence de obedecer.

El éxodo se realiza aquella misma noche, y Pay Quirito, rendido y enfermo como está, se encarga de conducir a la intranquila multitud hacia el pueblo de Encarnación en las riberas del Natinguí.

El P. Mansilla queda en San Miguel con unos pocos neófitos, para no desamparar del todo la que fue hasta ayer comarca de bendiciones y promesas.

Pero los bandeirantes no dan tregua en sus depredaciones. A los pocos días es asaltada la reducción de San Miguel y luego la de San Pablo, quedando ambas reducidas a escombros. La gente de Encarnación se ve entonces obligada a retirarse,

primero a San Javier y luego mucho más lejos, hasta San Ignacio de Paranapanema, perseguidas de cerca por un destacamento de mamelucos que encabeza Manuel de Melo Coutiño.

Entre tanto, han sido asaltadas Encarnación, Santo Tomé, San Javier y Jesús María. En esta última, su conversor, el P. Simón Masseta, ha estado a punto de ser victimado de una cuchillada que le asestó, sin alcanzarle mayormente, el oficial bandeirante Federico de Melo.

11

Se ha tratado de contener o por lo menos estorbar el tempestuoso como incontenible avance de los portugueses, pero nada ha podido conseguirse. Inútiles son las provindencias tomadas por el superior de las misiones, P. Ruiz de Montoya; inútiles las gestiones del propio superior provincial, P. Vázquez Trujillo, y aún las del obispo de Asunción don Mateo de Espinoza, hechas ante el gobernador González Xeria. Apremiado éste de repeler a los invasores, se ha contentado con ordenar a su lugarteniente en Villa Rica de que salga a oponerse a los paulistas con un corto número de soldados. Y en tanto que así lo ordena manifiestamente, instruye en secreto al mismo tiempo de esquivar todo encuentro, procurando en contrario prestar a los bandeirantes cuanta ayuda sea menester.

En los últimos días de marzo, las gentes de Raposo Tavares, no satisfechas aún, pero sí cargadas de un cuantioso botín, empiezan a retirarse, llevando consigo a más de veinte mil indígenas, según los cálculos menos ponderados. El 31 del mismo mes, llega a San Miguel el P. Masseta y comunica al P. Mansilla la orden que le ha sido dada por el misionero

jefe, de que ambos dos sigan a los invasores en su marcha de regreso.

Larga y penosa hasta lo indecible es la jornada que toca cumplir a los padres, desde las riberas del Tibagí hasta las playas del Atlántico. Vejados y estropeados por la cohorte mameluca, desfallecientes los cuerpos y doloridas las almas, a pie y sin más recursos que sus menguadas fuerzas, marchan en dirección a las colonias lusitanas, en medio de la turba hostil y despiadada, socorriendo a los indios cautivos y prodigándoles el consuelo de su solícita atención. Llegan a San Pablo, pasan a Río de Janeiro y luego a Bahía, en donde reside el gobernador general, clamando por la devolución de las gentes que han sido injustamente arrancadas de sus pueblos. Míseros son los resultados que obtienen en tantas y tan sacrificadas diligencias, y al final emprenden el camino de vuelta, conduciendo apenas un centenar de indígenas recuperados. En los primeros días de 1630, están de nuevo entre los suyos, dispuestos a rehacer lo perdido, tan prestamente como sea posible a sus fuerzas.

Pero estaba escrito que las misiones del Guayrá no volvieran a su antiguo florecimiento, ni pudieran ser mantenidas las que tuvieron la suerte de librarse de la furiosa acometida del año anterior. Raposo Tavares y Manuel Preto, apenas han dejado en Piratininga su cuantioso cargamento humano, emprenden nuevo viaje, dispuestos a depredar hasta la última de las reducciones del Paranapanema. A mediados del año ya están sobre las nacientes del Natinguí, destruyendo los débiles brotes de las aldeas que afanosamente tratan de resucitar el P. Cristóbal, el P. Masseta y el P. Mola.

Frente a desgracia tanta, el P. Ruiz de Montoya decide abandonar del todo la querida provincia de Guayrá y ordena la evacuación de todas las otras reducciones que no habiendo aún caído en manos de los paulistas, están en el inminente peligro de ser igualmente asaltadas. Tan presto como les es posible, las poblaciones fugitivas se concentran en el pueblo de Loreto, en tanto que los nativos aprontan embarcaciones para el éxodo definitivo por el río abajo.

La evacuación se inicia bajo los menos favorables auspicios, en un ambiente de zozobras y de inquietudes. Doce o quince mil indígenas son embarcados en míseras lanchas, en débiles canoas, en frágiles almadías que las correntosas aguas del Paranapanema arrastran caprichosamente. Cuando han salido al Paraná, los peligros se multiplican y las desgracias se suceden con sobrada frecuencia. Zozobran las pobres embarcaciones; cunden las enfermedades en el apiñado gentío y un rosario de sepulturas va señalando sobre ambas riberas del río el paso de este doloroso desplazamiento sin precedentes en la corta pero fructífera existencia de las misiones ignacianas.

Por el mes de diciembre llegan los primeros fugitivos al grandioso salto y toman tierra sobre la margen oriental, aguardando a los que vienen en seguida para ver lo que ha de hacerse después. La energía y el temple acerado del P. Montoya, relevados magníficamente en esta dolorosa odisea, pónense a prueba en esta nueva etapa de la jornada. Allí en las desiertas márgenes del Paraná, al fragor tempestuoso de las cascadas, hierve la multitud azorada de los indios, dolientes, desnutridos, vacilantes de ánimo y hasta de confianza en los payés blancos.

El propósito es restablecer las misiones en aquella comarca, con la misma disposición y el mismo régimen que tenían selva adentro; edificar nuevas aldeas; reconfortar el ánimo y levantar la fe de los terrígenas; volverlos a la antigua disciplina, alimentarlos y distribuirlos ordenadamente. Y para tan ardua labor, no se dispone de ningún recurso material, de ninguna ayuda foránea. Por el contrario, los poblados de Villa Rica y Ciudad Real, no ven con buenos ojos la fijación de estos núcleos de régimen ajeno a sus intereses, en un territorio sobre el cual han ejercido hasta entonces productivo señorío. Y ante el hecho, muestran su descontento y su inquina, estorbando mañosamente la tarea de los misioneros.

Pay Quirito, trabajado pero no agotado por la rudeza de la jornada y por las inclemencias del ambiente, pone en la obra reconstructora todo el caudal de sus energías, mostrándose como uno de los más decididos cooperadores del Superior. Ex-

perto en la edificación de poblados y en la organización de los gentíos misionarios, recorre la alta ribera del Paraná, buscando los sitios más convenientes para construir las aldeas; dirige en persona la roza de las arboledas y la edificación de las viviendas. Es más: pone orden en las parcialidades y en las familias, distribuyéndoles e imponiendo, con dulzura y suavidad muy suyas, la disciplina y el régimen que tenían antes de precipitarse sobre ellas la borrasca bandeirante. Y aún le sobra tiempo para atender los deberes sacerdotales, bautizando a los recién nacidos, enseñando la doctrina a los párbulos y escuchando a los penitentes bajo los confesonarios naturales de ramazón selvática, al son de las aguas que se precipitan rugientes sobre las siete caídas de su roquizo lecho.

Al cabo de algunas semanas, surgen a lo largo del Paraná cuatro o cinco aldeas que son apeladas con los mismos nombres de otras tantas para siempre desaparecidas a muchas leguas bosque adentro.

En febrero de 1631, el superior de la provincia jesuítica del Paraguay, P. Francisco Vázquez Trujillo, que por entonces se encuentra en Villa Rica, manda llamar a todos y cada uno de los desplazados misioneros para pedirles su información oral acerca de los asaltos y depredaciones de las bandeiras mamelucas. Tócale al P. Cristóbal comparecer en fecha 4 de abril y, previo su juramento **in verbo sacerdote,** depone sobre todo cuanto ha visto y oído. Ninguna frase de encono, ningún calificativo fuerte, ninguna alusión resentida deja deslizar en su breve y compendiosa exposición. Su mesurada palabra informa y no comenta, relata y no arguye, y si algo se desprende de ella, si algo se lee entre líneas, ese algo es la expresión de su bondad sin límites y de su mansedumbre sin reservas.

OCASO

1

Más al sud de la histórica y legendaria isla de Santa Catalina, las costas atlánticas se fracturan y dejan que el mar penetre en sus entrañas, formando quietas lagunas de verdor transparente. Desde sus orillas, en suave repecho hacia occidente, empieza una fértil comarca surcada por cristalinos riachuelos y cubierta de lozana vegetación. Empínanse sobre ella suaves y amenos lomeríos antaño conocidos con el nombre genérico de Sierra de Tapé y de cuyas faldas se descuelgan hacia levante los ríos Pardo, Tacuarí y Tebicuarí, tributarios del risueño Yacuy, y hacia ocaso los pequeños fluentes del Uruguay, el Ibicuamirim, el Piratiní y el Jjuí. La pueblan desde remotos tiempos los membrudos y fuertes **carijós**, gente brava y belicosa que ha sabido repeler con brío los ataques de sus inquietos y molestos vecinos.

Alejada por igual de las dos rutas de penetración hispánica al interior del continente y de las zonas de interés de los "fazendeiros" paulistas, esta comarca ha permanecido al margen de las incursiones españolas y de las correrías bandeiran-

tes. Pero no ha de tardar en ser teatro de luctuosos acontecimientos, de entre los cuales, alguno de trascendencia continental. Allí habrán de ser sacrificados a manos de los bravíos aborígenes buen número de religiosos misioneros. Allí habrá de tener su condigno escarmiento más de una impetuosa bandeira mameluca, cayendo tras de porfiada pelea sobresalientes cabecillas como Preto y Francisco Bueno. Años más tarde galoparán sobre estos campos las montoneras gauchas de Artigas y de Fructuoso Ribera, en marcha hacia la formación de una nación cisplatina independiente. Por allí cruzará el ejército argentino de Alvear hasta llegar a los campos de Ituzaingó, y allí, finalmente, los guerreros del mariscal López después de haber asolado Uruguayana, se rendirán ante las tropas imperiales de Pedro II.

En la primera mitad del siglo XVII, Hernandarias de Saavedra ha tratado de reducir esta comarca al señorío platense de la corona española, pero los carijós se han defendido valientemente en las riberas orientales del Uruguay, burlando las intenciones del activo criollo paraguayo. Hacia 1623, Roque González de Santa Cruz surca las aguas del río epónimo y penetra tierra adentro sin más armas que la cruz de misionero, ni más escudo que su fe. A poco se fundan las reducciones de San Nicolás, Candelaria, Mártires y Santa Teresa, sobre las barrancas del Uruguay. Años después, los campos vecinos, las vegas de los riachuelos y ambos faldíos de la sierra de Tapé van albergando nuevos núcleos misioneros. Un tiempo más y se habrá llegado al Atlántico, allí donde las aguas marinas se estancan en lagunas de verdor transparente, a despecho de las factorías lusitanas y de los bandeirantes mamelucos.

Perdido el Guayrá, los hombres de la milicia ignaciana se atienen al Uruguay y al Tapé. Allí concentran sus energías y los inagotables recursos morales de que disponen. Allí, mediando el año 1631, llega uno de los fugitivos del Guayrá, uno de los más animosos y más expertos civilizadores por la cruz, el P. Cristóbal de Mendoza y Orellana, más conocido por Pay Quirito entre los sencillos pobladores de la perdida provincia misionaria.

2

Apenas llegado al Tape, el vástago de los condes de Castrojeriz recibe órdenes del superior de aquellas flamantes misiones, P. Pedro Romero, dé explorar la comarca situada entre las nacientes de los ríos Ibicuí y Piratiní, que bajan paralelamente de la sierra en busca del caudaloso Uruguay.

Activo como siempre y entusiasmado ante la idea de restaurar en este nuevo campo de labores el esplendor de las extintas misiones de Guayrá, el P. Cristóbal penetra en la escabrosa región, asistido de unos cuantos indígenas que le sirven de baqueanos. Allí mora, distribuida en numerosas parcialidades de existencia nomádica, una brava tribu que obedece a cierto cacique llamado Tayubay, muy celebrado por su valor y su rudeza. Esto no obstante, a las pocas semanas de recorrer los boscosos lomeríos entra en relaciones con varios individuos de la tribu y no tarda en ganarles para sí. Al término de algunos días más, radica con ellos en una tibia vega regada por el arroyo Ibicuimirim, cabecera principal del Ibicuí, y decide fundar allí mismo el núcleo de una reducción. Por el mes de setiembre de 1632 levanta las primeras edificaciones y declara establecido un nuevo pueblo al que da el nombre del general de las milicias celestiales [19].

En el transcurso de algunos meses acuden a la reducción grupos de hombres que vienen atraídos por la curiosidad y por la creciente fama del payé. Circula por la selva adentro el rumor de que aventaja en poder a los payés tribales y brinda a los que viven en su pueblo dádivas y cuidados que están lejos de brindar los irascibles jefes que los gobiernan.

Tales hechos despiertan los celos y el encono del rudo Tayubay que a más de tener mando de cacique en la tribu, aspira a ser venerado y admirado en ella, dándolas de hechice-

ro y ensalmador. Dispuesto a destruir el poblado y acabar con el intruso payé blanco, procura introducirse en San Miguel y enfrentarse sorpresivamente con el P. Cristóbal.

Cierto día los hombres de la nueva misión le sorprenden en acecho de la iglesia, y aunque él se da a la fuga, no tarda en ser tomado preso y conducido a presencia del padre. Con amables razones amonéstale el buen conversor, tratando en su discurso de no herir en lo más mínimo la selvática dignidad del cacique ni de mellar el ascendiente de que aún goza entre los hombres del poblado. Tayubay se muestra irreductible y a las suaves amonestaciones da la callada por respuesta. Encerrado después en un aposento de la casa cural, consigue huir fácilmente al amanecer del siguiente día y corre a la región de Capuá, en donde un buen número de sus vasallos permanece renuente al llamado de los misioneros.

Desde allí continúa su campaña abierta contra las misiones y los misioneros, más colérico aún por haber sido durante horas su prisionero. Seguido por una turba de fanáticos recorre las inmediaciones de San Miguel, espiando los movimientos del P. Cristóbal para sorprenderle y darle muerte y enviando continuos recados a los hombres de la reducción en el sentido de sacudir el supuesto yugo y deshacerse del intruso blanco. Pero ninguno de los catecúmenos tiene la menor intención de prestarle oídos, menos de abandonar al buen misionero. Por el contrario, en respuesta a los clandestinos mensajes, mandan decir al indómito jefe que están muy bien en el poblado y que el P. Cristóbal es un **payguazú** que a todos trata con acrisolada bondad y singular cariño.

Furioso Tayubay por su derrota, abandona la región y emprende viaje hacia los valles de Tacuarí, en busca del brujo Yaguapora, cuya fama de milagrero se va extendiendo rápidamente entre los indóciles moradores del Tape.

Entre tanto, el P. Cristóbal trabaja tesoneramente en la reducción, procurando el bienestar y la satisfacción de los indios que en ella se avecindan. Menguados son los recursos de que dispone y escasos los aurilios que recibe de sus superiores, a extremos tales, que día llega en que falta vino para consagrar.

La situación de estas misiones es harto más necesitada que la de las extintas misiones del Guayrá, con ser la tierra menos productiva y menos laboriosos los habitantes. Aquí es menester hacerlo todo, conseguirlo todo, a costa de las propias fuerzas. Pero, si árduo es alimentar al gentío, lo es mucho más vestirlo, ya que ropa para cubrir las desnudeces selvícolas no es posible conseguir con igual diligencia que frutos de la tierra para acallar el hambre. El buen misionero ha agotado ya la flaca provisión de flipichines y lienzos que consigo trajo y hasta ha repartido casi todo lo suyo, quedando sólo con lo prácticamente indispensable.

Sufre el P. Cristóbal sabiéndose impotente para remediar estos males. Su natural bondadoso y compasivo se inquieta y enternece, concluyendo por dominarle el ánimo hasta en las horas de letargo físico. Acuéstase cierta noche, y apenas ha podido dormir, cuando sueña que un pobre indio, tiritando de frío, acércasele en demanda de abrigo. Nada que sea prestamente útil puede dar al cuitado, pero allí está la raída sotana que en algo ha de remediar la penuria, y él se la da sonriente y jubiloso.

A la mañana siguiente, cuando abandona el pobre lecho para acudir a las primeras labores del día, extraña no encontrar a la mano la consabida prenda. Alguien que pasa junto a la ventana de su aposento no tarda en hallarla fuera, como si desde adentro hubiese sido echada. Al serle en seguida devuelta, sonríe candorosamente el P. Cristóbal, recordando el patético sueño, en parte realizado bajo la influencia del subconsciente.

Escribe al P. Romero,estante a la sazón en el pueblo de Los Santos Mártires del Japón, pintándole a lo vivo el lamentable estado de su aldea, en cuanto a provisiones se refiere, y pidiéndole sean prestamente socorridos los mil hogares que la forman. Contéstale el P. Romero y mandándole venir en persona hasta las riberas del Uruguay, en donde ha de serle dado un buen acopio de auxilios y materiales. Dejando al P. Martínez a cargo de la necesitada reducción, emprende animosamente el viaje por la boscosa vera del Piratiní abajo. Tras

de breves jornadas llega a Mártires, y allí obtiene del P. Romero la provisión de bastimentos, ropas y otros menesteres indispensables para la existencia de sus queridos neófitos de San Miguel. Consigue además la merced de unas cuantas cabezas de ganado vacuno que deben ser destinadas entre la propia reducción y las vecinas.

Satisfecho y complacido emprende el regreso, encabezando una considerable caravana en la cual marchan vigorosos aborígenes que conducen a cuestas las vituallas y jayanes criollos que arrian el ganado. No descuida durante la jornada de su devoto ministerio, y así va robusteciendo en las almas de los neófitos la joven planta de la fe jesucristiana con el riego espiritual de sus enseñanzas y sus oraciones. A los arrieros blancos, gente de licenciosa condición y de rudos modales, pule y suaviza con el esmeril de sus palabras que destilan bondad y dulzura. Y consigue no sólo arrancar la mala yerba de sus entrañas, sino también purificarlas en la gracia del buen vivir. Tiempo después, habrá de celebrarse entre los españoles de ambas orillas del Uruguay la conversión de rudos peones de arria que viajaron con un misionero conduciendo ganado hacia los pueblos indígenas del Tape ([20]).

3

El día mismo de su arribo a San Miguel, terminado el corto y productivo viaje, alcanza el P. Cristóbal la gracia de una visión beatífica que exalta su piedad y remueve las tensas fibras de su misticismo quietista.

Cubierto aún por el polvo del camino y húmedas todavía las sienes por el sudor de la fatigosa caminata, ha penetrado a la iglesia para hacer su acción de gracias. De uno de los mu-

ros laterales del modesto altar mayor pende una pintura que representa a Jesús en el momento de su flagelación atado a la columna. Ante él híncase de rodillas y empieza a balbucir sus oraciones, fijos los ojos en la imagen del ensangrentado cuerpo y entregado el espíritu a la contemplación instrospectiva del drama jesucristiano. Desaparecen momentáneamente de su yo las incidencias de la vida de relación, anúlasele toda representación foránea de la propia personalidad, y todo su ser, toda su vitalidad se acumula hasta abstraerse del todo y no tener más soplo de vida que el que agita la hoguera de su arrebato místico. Llega así a ese estado espiritual en el que los ascetas y los contemplativos alcanzan a proyectar fuera de su ser las propias impresiones, a localizar en el exterior las íntimas sensaciones recibidas y las imágenes creadas en el propio cerebro.

Así, de pronto, el rendido misionero acierta a ver que la frente y las sienes del Supliciado se hallan bañadas por copiosa exudación. Incorpórase entonces y con el humilde pañizuelo trata de enjugar los hilos de sudor que le corren lentamente. Pero éstas parecen renovarse, como "si el fenómeno fuera una representación del sentimiento de Jesucristo por la pérdida de tantas almas redimidas por su sangre", comenta quien da cuenta del prodigio en fiel documento fedatario ([21]).

Esfumada la visión beatífica y pasado el arrebato, el P. Cristóbal sale del templo y se acerca a sus amados indios para distribuirles algo de lo que ha traído en su ayuda. Malas noticias tienen ellos que darle a su Pay Quirito. Los blancos que asolaron las misiones del lejano Guayrá están a pocas jornadas de estas nuevas misiones y han empezado ya a hacer presa de las gentes que moran en las vecindades. Confirma tales noticias el P. Benavides, quien las ha recibido de los conversos de Jesús María y San Joaquín. El justo temor invade los ánimos de los **carijós**, no obstante la ilimitada confianza que tienen en su magnánimo conversor.

Aleccionado éste con lo ocurrido, envía al momento un propio al P. Romero, dándole la mala nueva y pidiéndole sea servido de ordenar cuanto exijan los acontecimientos.

Los paulistas, en efecto, están en pie de guerra al otro lado de la serranía, y se alistan para atacar las misiones del Tape. Raposo Tavares, declarado enemigo de la expansión hispánica en tierras indias que empieza a estimar como propias de su pueblo, incluye en su odio a los civilizadores por Cristo, y está resuelto a destruir cuanto poblado levanten los jesuitas bajo el patrocinio de España. La muerte de Manoel Preto, ocurrida en uno de los últimos ataques a las reducciones del Guayrá, a manos de un arquero neófito, ha concitado el encono y multiplicado la zaña de los bandeirantes. Y ahí están ahora, en actitud de asolar los pueblos del Tape y vengar al hacendero y bandeirante.

Mientras llegan las instrucciones del P. Romero, Pay Quirito y su socius Pablo de Benavides atrincheran la reducción, previniendo el consabido ataque. Poco tarda la ansiada respuesta, y ella es traída por los hermanos coadjutores Antonio Bernal y Juan de Cárdenas, quienes son, además, portadores de un pequeño lote de armas y municiones.

Los dos legos, y especialmente el criollo paraguayo Cárdenas, han sido soldados antes de vestir el hábito regular y, por tanto, conocen el arte militar y algo se les alcanza de las prácticas de la guerra. En cuanto a las órdenes del P. Romero, ellas se refieren al adiestramiento de los neófitos y, una vez conseguido ello, a permanecer a la defensiva dentro de los reductos misionarios, en tanto que los mamelucos no inicien el asalto.

Este no se hace esperar mucho. Uno de los tenientes de Raposo Tavares toma la iniciativa atacando sorpresivamente la reducción de Jesús María, cuya población se ve compelida a cruzar el río Pardo y trepar al planalto, en busca de los pueblos de San Miguel y Santo Angel. Aconsejado del P. Díaz Taño, visitador de las misiones, y de los conversores de Santo Angel y Santa Ana, Pay Quirito sale con algún número de neófitos armados, bajo las inmediatas órdenes de los legos Cárdenas y Bernal. Anoticiada del rumbo que siguen los bandeirantes, corre la hueste india a esperarles en cierta espesura por donde precisamente deben de pasar. Tiéndeseles allí una

celada, y cuando menos esperan los mamelucos, cae sobre ellos la hueste, y en pocos instantes los reduce a la impotencia, sin apenas hacer uso de las armas.

Si es insignificante el número de lesionados, lo es muy crecido el de prisioneros, notándose entre ellos a varios españoles avecindados en el Brasil y hasta un religioso carmelita llamado Antonio de San Esteban.

Los vencedores, siguiendo antiguas costumbres aborígenes, pretenden tomar desquite en los maltrechos bandeirantes, pero Pay Quirito no sólo estorba las pretensiones, sino que reflexiona suavemente a los suyos, rogándoles dar buen trato a los presos y prestarles generosa ayuda en sus necesidades. El mismo les atiende y reconforta, olvidando que hasta ayer fueron sus perseguidores y encarnizados enemigos.

Reunidos en consejo con los P.P. Díaz Taño, Mola y Benavides, acuerdan enviar los prisioneros al P. Romero, siendo encargado de tal misión el P. Visitador. Pay Quirito regresa a su reducción, seguido por sus valientes y decididos neófitos y satisfecho de haber cumplido con fortuna la misión que le fue dada, pero más satisfecho aún de haber salvado de la devastación al pobre rebaño indio que tiene a su cuidado.

4

Por aquellos días ha crecido la fama y con ella los desordenados apetitos del hechicero Yaguaporo. Gente que le conoce, cuenta de cómo este pícaro brujo, valido de ciertos ardides y embelecos, ha sentado creciente fama de milagrero entre los indios tapes que aún permanecen fuera de las reducciones. No pocos de ellos empiezan a tomarle por un ser sobrenatural.

Yaguaporo no solamente da pábulo aquellas admirativas persuaciones, sino que aspira a ser tenido por una divinidad. Viene a un caserío, predica, hace conjuros y desaparece en las soledades de la selva, para luego regresar días más tarde, diciendo que ha estado en comunicación con otras divinidades. Asegura que puede transformarse a su sola voluntad en jaguar o en zorro, o desaparecer sin dejar rastro; que es dueño de dar la vida a los muertos y de matar a los vivos, con el solo instrumento de su palabra y que la lluvia, el rayo y el trueno le obedecen como fieles servidores.

Empero, sabe muy bien que los payés blancos que han atraído a los hombres de la selva y hécholes fieles de otro Dios, son el más grande estorbo para lograr sus desorbitadas pretensiones. Sabe que de no desaparecer ellos, no conseguirá más prosélitos y que, contrariamente, cualquier día los blancos descubrirán sus embustes y le mostrarán desnudo de patrañas y embelecos a la contemplación de las gentes que hoy están próximas a adorarle.

Ante tales consideraciones, ve la necesidad de alejar de la tierra a los hombres de la larga vestidura negra, pero, como se sabe impotente para hacerlo, aconsejado tal vez por el Tayubay que fugó de San Miguel, adopta el plan de hostilizar los caseríos con perennes incursiones, victimar a los conversos, destruir sus sembradíos y cometer todo género de violencias de esta guisa.

Los misioneros que ven este nuevo peligro, buscan la manera de anular al hechicero y conciben la idea de salir a buscarle con las huestes ejercitadas por los legos Cárdenas y Bernal. El P. Cristóbal se opone con discreta tenacidad a este plan e insinúa como más viable y más seguro el método de la persuación. El principal cacique de la reducción de Jesús María, bautizado a la sazón con el nombre de Antonio, antes de entregarse a los misioneros ha sido amigo y partidario de Yaguaporo, y hasta fue depositario de su confianza. Puede, por tanto, encargarse de la delicada comisión e ir a donde mora el hechicero e inculcarle con discreción y habilidad la idea de acogerse a las misiones.

El cacique Antonio acepta desempeñar el difícil cometido. Aleccionado sagazmente por Pay Quirito y provisto de lenzuelos y quincallería para hacer regalos, sale de la reducción acompañado por su familia y un buen número de indígenas de su parcialidad. Al llegar al campamento de Yaguaporo, finge que ha fugado de las reducciones para ponerse en inmediata comunicación con su antiguo amigo.

Pero el astuto hechicero empieza desconfiando del recién llegado y le somete a un interrogatorio tan hábil como expeditivo. Antonio explica que Pay Quirito no malquiere al payé de los hombres de la selva y, por el contrario, desea conocerle, obsequiarle y ofrecérsele como amigo. Propónele en seguida que lo visite en su poblado, en donde ha de ser bien recibido con todos los honores correspondientes a su valer y a su rango. Yaguaporo le contesta con burlas y carcajadas, expresando que ha de guardarse de ir a los pueblos de la cruz, por ser los payés aquellos muy enconados enemigos suyos y de su raza. Inútiles son las reflexiones y las buenas palabras de Antonio. Lo único que consigue es ahondar la desconfianza del hechicero en su persona, con manifiesto peligro de la propia vida y las de todos aquellos con quienes ha venido.

Poco después de esta primera entrevista, Yaguaporo empieza a catequizar al antiguo camarada y concluye manifestándole que tiene decidida la muerte de Pay Quirito para dentro de breve plazo. Propónele después que sea él, Antonio, el ejecutor de la muerte, prometiéndole en cambio reponer en su persona el mando y los honores de cacique principal. Por escandalizarse y protestar con vehemencia ante propuesta tal, Antonio se denuncia como ferviente cristiano y como cumplido emisario de Pay Quirito, viéndose obligado a emprender la fuga del campamento, no bien se le presenta la primera oportunidad.

De regreso en San Miguel, da cuenta al padre de todo lo ocurrido, agregando que la conversión de Yaguaporo es punto menos que imposible. Afligido pero no desalentado, el P. Cristóbal corre a postrarse en la capilla, buscando en la plegaria y la meditación la forma de sortear el nuevo peligro que

se cierne sobre las misiones y la manera de atraer al reinado de Cristo aquellas almas selváticas y bravías.

5

Pay Quirito acaricia el deseo de ir en persona a los reales de Yaguaporo y ver si es posible persuadir al hechicero y a los jefes de clanes que rodean, de levantar la hostilidad contra los pueblos de Cristo y ganarles para la grey misionaria. Trasladado a Jesús María, más cerca de la comarca sobre la cual vive y reina Yaguaporo, aguarda con impaciencia el día en que pueda serle posible ir hasta el encuentro de ellos. Al empezar el año 1635 hace una primera salida hasta el río Tebicuari, visitando al paso algunos caseríos indígenas en los cuales predica fervorosamente y deja la simiente de la fe.

Allí es anoticiado de que más al naciente, a no larga distancia, existe un ameno valle cuyos pobladores han manifestado alguna vez buenos deseos de reducirse, siempre que venga hasta ellos un padre misionero. Ya en dicho valle han estado, no mucho tiempo atrás, dos religiosos jesuitas, los padres Francisco Jiménez y Juan Suárez, al regresar de una expedición que hicieron al bajo Yacuí. Dejando para mejor oportunidad la entrada al ameno valle, regresa Pay Quirito a Jesús María, más decidido, si cabe, a coronar su obra reductora.

Pasadas la cuaresma y la pascua de resurrección, el día 8 de abril, sale por segunda vez, acompañado por algunas docenas de neófitos que portan la necesaria vitualla y la consabida carga de lenzuelos y oropeles. A las pocas jornadas salen a su encuentro grupos de aborígenes que le contemplan con benévola curiosidad y escuchan atentamente sus pláticas. Háblales Pay Quirito del propósito que le trae y, después de

hacerles algunos obsequios, prosigue su camino, no sin prometerles que ha de volver donde ellos para levantarles un pueblo. Al siguiente día llega al tibio y sonriente valle que se recuesta plácidamente entre las ondulaciones del Tape y los meandros del Tabicuarí.

Los indígenas de aquel lugar, que conocen de oídas la mansedumbre y la bondad de Pay Quirito, le reciben con expresivas muestras de complacencia. Con ellos permanece hasta el día 23, predicando amorosamente e inculcando en aquellas almas simples la afición a la tranquila y benéfica vida de las misiones.

Entretanto la noticia de su presencia por aquellas tierras ha llegado a Tayubay. Reúne éste a varios caciques y hechiceros de las parcialidades vecinas y les propone valerse de la circunstancia que tan buenamente se les presenta para dar muerte al aborrecido payé blanco. Con la venia de los congregados recurre Tayubay al pretendido ensalmador y soberano de la comarca. Yaguaporo ve llegada la hora de exterminar a quien supone su peor enemigo y formula rápidamente un plan que no puede menos de resultarle favorable. Habiendo reunido a los hombres que le obedecen, escoge de entre ellos los más fuertes y los más duros para ponerse en acción.

Con todo, no confía mucho el bárbaro en el buen éxito de la acometida si no es recurriendo a las medidas de la astucia y felonía en que es maestro. Para atraer a Pay Quirito a lugar conveniente donde emboscarle, envía uno de los suyos en pos de él. Le dirá que Yaguaporo ha accedido a entrevistarle y con ese fin le espera a la orilla opuesta del Ibiá.

Recibido el mensaje y sin abrigar la menor desconfianza, el Padre Cristóbal abandona a sus nuevos amigos y emprende la marcha de regreso la mañana del 23 de abril. Pero, en lugar de dirigirse por la ruta que trajo a la venida, endereza al Ibiá cortando monte en el término de dos largas jornadas. Al concluir ellas, cayendo ya la tarde, avista el turbio río cuya corriente han engrosado las copiosas lluvias de los últimos días, y lo atraviesa con felicidad, muy ajeno todavía a la suerte que le aguarda en la ganada orilla.

6

A empezado a llover en el bosque ribereño del Ibiá. Desde lejos se anuncia la nubada con sordo ruido y no tarda en asomarse, afectando la forma de una cortina de líneas oblicuas que parecen unir el cielo con la tierra. Tamborillean las gotas sobre la fronda otoñal, haciendo que las hojas enfermas se precipiten desde lo alto de las ramas con vacilante trayectoria. A medida que engruesa la cortina, arrecia el tamborilleo sobre las hojas, hasta convertirse en un largo fragor que ahoga la polifonía del bosque. Agua enturbiada por el desleimiento de la arcilla roja del terreno, empieza a correr libremente, zigzagueando al pie de los troncos y entre las macollas de los carrizos.

Los indígenas de la caravana misionera, sorprendidos por la nubada, corren bosque adentro para cortar ramas y cañuelas con qué improvisar una choza bajo de la cual su Pay Quirito pueda tener algún abrigo. Apenas se han introducido en la espesura, encuentran en ella ocultos a centenares de vasallos de Yaguaporo. Al ser descubiertos disparan a bulto la carga de sus flechas o acometen a golpes de maza y cachiporra. Los sorprendidos conversos empiezan a dar gritos para invocar la atención de los pocos que quedaron con el buen padrecito, y retroceden hacia el estrecho descampado de donde partieron. Pero, al hacerlo, nuevos grupos de enemigos les salen al paso, obligándoles a desparramarse por el bosque.

El P. Cristóbal se da inmediata cuenta de la celada y previene a los que tiene a su lado del ataque de los infieles, ordenándoles que corran cuanto puedan en dirección al Tebicuarí, que no debe estar ya demasiado lejos. En ese momento, otras partidas de atacantes irrumpen del bosque, disparando una nube de saetas. Entre los acechados ya hay varios heri-

dos, uno de ellos tan gravemente que la vida se le escapa en medio de dolorosas convulsiones.

Pay Quirito que, a caballo ya, se dispone a huir con los suyos, ve al agonizante y reconociéndole como catecúmeno, decide no dejarle morir sin antes haberle bautizado. Pica espuelas a su cabalgadura y galopa hacia el río para traer el agua que ha de verter sobre la cabeza del desventurado. Pero, apenas ha galopado una corta distancia, el caballo se le hunde en un fangal hasta las corvas, y de allí no puede sacarle por mucho que sea su empeño en conseguirlo.

Ante contratiempo tal, se ve impelido a desmontar, en el preciso momento en que un considerable número de salvajes, habiéndole reconocido, se precipita sobre él profiriendo encordecedores gritos. Pay Quirito reflexiona sobre la situación y llega a la evidencia de que atrayendo sobre sí toda la furia del ataque, muchos de los pobres indios que le acompañan pueden salvarse todavía.

Toma su decisión rápidamente. Un neófito se le ha aproximado en ademán de protegerle, pero él, después de ordenarle la fuga, le quita la rodela defensiva y levantándola en alto, se adelanta hacia el grupo enemigo. Piensa que le ha llegado la hora final y que debe disponerse al sacrificio de su vida de modo tal que sea en provecho de quienes le acompañan.

Desde los años de su infancia, allá en la selvática y fidalga Santa Cruz de la Sierra, desde los piadosos días de su noviciado en la Córdoba monástica, ha concebido como probable fin de su consagración a la vida misionera, una muerte trágicamente piadosa, y hasta ha llegado a desearla así, en lo más íntimo de su ser. Muchas veces ha profundizado sus ideas por el camino del sentimiento místico, llegando a convencerse a sí propio de que el martirio es la mejor de las ofrendas, el más venturoso de los tránsitos y el término más edificante de la vida de un misionero. En cierta oportunidad, hablando con el P. Ruiz de Montoya le ha expresado que su mayor anhelo es morir por la fe, haciendo votos porque tal muerte sea tan breve y repentina que no le dé tiempo para sentirla ([22]).

Solo ya, calado por la lluvia, y cubierto de barro, se detiene frente al enemigo. De pronto una flecha le penetra por la sien y le hace dar traspiés, a tiempo que un lazazo le desgarra las carnes. Muy luego le acometen por la espalda otros salvajes, quienes se encarnizan en él, descargando sobre el ya malherido cuerpo una lluvia de garrotazos que concluye por precipitarlo en tierra. Acércase entonces uno de ellos, y de un solo tajo le cercena una oreja que luego levanta en alto, exibiéndola a guisa de trofeo, entre befas de la pandilla. Otros le despojan del raído hábito a violentos tirones, y al encontrar sobre el sangrentado pecho un crucifijo, arráncanle del cordoncillo de que está pendiente y lo pasan de mano en mano, ensayando cada uno la burlesca frase que a propósito se le ocurre.

El P. Cristóbal sufre los agudísimos dolores de su heridas y de los golpes que sigue recibiendo, sin proferir una palabra, sin exhalar una queja. En aquellos supremos instantes, vuelve los ojos del espíritu hacia el Dios por cuyo servicio se halla en situación tan angustiosa, y la satisfacción de saberse en camino hacia él adormece quizás su sensibilidad corporal. Piensa, seguramente, en los millares de mártires que en la alborada del cristianismo entregaron la vida frente a la rugiente multitud de los circos, con el espíritu sonriendo a través de los ojos y el cántico de fe vibrando en las gargantas. En la penumbra de su palatino desvanecimiento, tal vez le reconforta la visión de otros soldados de Loyola, sus hermanos, que en trances tan crueles como el suyo rindieron la existencia sobre la misma virgen tierra india: López y Urrea, Vecchi, Aranda y Moltalván, y no ha mucho, en la comarca contigua, sus amigos y hermanos Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo ([23]).

Entre tanto, las sombras de la noche han empezado a caer sobre el bosque húmedo y tembloroso. La lluvia ha disminuido hasta casi extinguirse y sólo quedan muestras de ella en las sutiles y menudas gotas que al saer sobre el ramaje producen el ondulante rumor de un cuchicheo entrecortado. En el cielo, las nubes descargan su desbordante energía en silenciosos refucilos que incendian momentáneamente el bosque.

Los hombres de Yaguaporo y Tayubay temen por sí y deciden acogerse a sus viviendas para pasar la noche y regresar al alba a completar su cruenta obra. Inmóvil está ya el aborrecido payé de la larga veste negra, pero no han tenido tiempo para abrirle el vientre, como es práctica entre las gentes de la tribu. De no hacerlo, bien saben que Añá les enviaría todo género de malandanzas, inclusive la próxima muerte.

Llámanse al momento unos a otros y emprenden la retirada, dejando el cuerpo del hechicero blanco tendido cara a la noche, sobre el charco de la lluvia y el charco de su propia sangre.

Horas después, la lluvia vuelve a arreciar estrepitosamente, y el agua corre por los bajos del bosque en dirección al cercano río. El golpe de la lluvia y la frialdad de la noche estimulan la perdida sensibilidad del misionero y le hacen recobrar lentamente los sentidos. Los agudísimos dolores y el frío que araña su desnudo cuerpo le obligan a buscar una situación menos incómoda. Reúne las escasas fuerzas que aún animan su extenuado cuerpo, y se incorpora trabajosamente. Pero las heridas vuelven a verter la poca sangre que todavía circula en sus arterias y los laxos músculos niéganse a dar movimiento a sus extremidades. Se arrastra entonces sobre el anegado suelo, hasta llegar al providente abrigo de unos troncos, entre los cuales pasa el resto de la noche, ya puede imaginarse con qué atroces sufrimientos.

No bien el sol empieza a espolvorear de oro las copas de los árboles y la naturaleza toda a desentumecer sus multiformes miembros, cuando aparece otra vez la muchedumbre selvática. Los fáciles triunfadores de ayer, vienen a cumplir el supersticioso rito de abrir las entrañas de su víctima, para alejar de sí la mala suerte. No encuentran al presunto cadáver en el sitio donde lo dejaron, pero sobre el barrizal están marcadas las huellas del doloroso arrastre, y siguen éstas hasta dar con el mísero refugio de troncos y lianas donde el mártir ha pasado la noche.

Allí lo encuentran, poseído de un agudo dolor, desencajado el gesto, lívido el rostro. Al fondo de las cárdenas ojeras

brillan sin embargo las pupilas, reflejando todavía las exquisiteces del espíritu.

Las sañudos enemigos enróstranle una burlesca frase en el selvático idioma:

—**¿Iro oroyuca imbae tacupae tupa?**: —¿Creías que tu Dios iba a salvarte de nosotros?

El supliciado despliega los labios por primera vez. Y lo hace para expresar a sus verdugos firme y serena, que él nunca ha pensado hacerles mal y tan sólo deseaba que se hicieran hermanos suyos en el Dios que murió crucificado.

Al pronunciar éstas y otras parecidas frases, trata de incorporarse lentamente. Tayubay le manda callar, pero Cristóbal sigue hablando clamorosamente. Golpéanle entonces en la boca hasta hacerle saltar los dientes que más tarde recogerá un muchacho monaguillo suyo, para ser entregado a sus hermanos de religión. Con el golpe es derribado a tierra y nuevamente apaleado. Y como siguiese hablando en nombre de Cristo, le ponen a horcajadas sobre un madero y así le arrastran hasta a un sotillo que a poca distancia se extiende, lugar en donde han decidido matarle.

El torturado no profiere una sola queja y trata de continuar su devota predicación. Pero Tayubay le hace cortar los labios a cercén y luego la nariz y la restante oreja. Resiste aún Pay Quirito, pero finalmente le arrancan la lengua por debajo de la mandíbula y le abren el pecho hasta dar con la víscera noble.

Un estremecimiento agita con brusquedad el lívido cuerpo, y los ojos del buen Pay Quirito dejan de mirar a sus verdugos y se nublan hasta apagarse lentamente. Son las once de la mañana del 26 de abril, en el año de gracia de 1635.

*

Así concluyeron los días terrenos del generoso y magnánimo Padre Cristóbal de Mendoza, venido a tierras guaraníti-

cas en funciones de misionero y apóstol, desde su lugar de nacimiento en las llanuras orientales de Bolivia.

Como a mártir de la fe y como ejercitante de virtudes en grado heroico, la iglesia le tiene reservado el sitial y la jerarquía canónica del santo. Roma no tardará mucho en otorgárselo.

APENDICE I

EL PADRE CRISTOBAL DE MENDOZA, PATRON DE LOS GANADEROS DEL ESTADO DE RIO GRANDE DO SUL

En 1942 la Federación de Asociaciones Rurales de Río Grande do Brasil, con sede en la ciudad de Porto Alegre, solicitó al Instituto Histórico y Geográfico de aquella ciudad le indicase el nombre de quién fue el introductor de ganado en aquella región. El Instituto, por medio de sus comisionados P. Luis Gonzaga Jaeger y Luiz Carlos de Moraes, emitió como respuesta el siguiente informe:

"Estando históricamente probado que la primera entrada de ganado vacuno en el Estado de Rio Grande do Sul efectuóse a través del río Uruguay, consistente en una tropa de mil cabezas, comprada en Corrientes del estanciero portugués Manoel Cabral de Alpoim, y traída de allá por los misioneros jesuitas Padres Cristóbal de Mendoza e Pedro Romero en la primera mitad del año de 1634, ganado que fue distribuido entre las "reducciones" entonces existentes en nuestro Estado, en donde vino a multiplicarse prodigiosamente, somos de parecer que el año de 1634 debe merecer la preferencia a cualquier otra data y que el nombre de Cristóbal de Mendoza, que pereció mártir de la fe en 26 de abril de 1635, en el Alto Piaí,

entre Caxias y San Francisco de Paula, sería el nombre más indicado para ligar el pasado con el presente, pues que fue nuestro primer tropero y fundador de nuestra opulencia pecuaria".

El informe anterior suscitó polémicas y fue ampliamente debatido. La institución solicitante recurrió entonces a otras fuentes de opinión. Uno de los nuevos consultados, el eminente historiador riograndense, Aurelio Porto, residente en Río de Janeiro, dirigió a la Federación por intermedio del P. Jaeger, el informe cuya parte sustancial se transcribe seguidamente:

"Tengo hecho un largo trabajo sobre el ganado. Me sería difícil resumirlo o destacar algunas partes que puedan servir para oponer a cualquier conclusión de nuestro colega De Paranhos. Entretanto, vuelvo a afirmar, de acuerdo con los estudios procedidos, que únicamente a los jesuitas se debe la introducción del ganado en Rio Grande do Sul, correspondiendo a nuestro padre Cristóbal de Mendoza ser el primer tropero riograndense.

"El carácter universalista del jesuita, que funda la pecuaria de Rio Grande do Sul, excluye la idea de escoger para patrono de nuestros estancieros un castellano, que, de no tener aquel carácter, no sería por su origen puramente americano, hijo como era de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Servirá para ello, esto es para la defensa de la tesis que con justicia histórica sustentó el P. Jaeger, el trabajo que hice sobre la vida admirable de ese santo, introductor del ganado y desbravador del corazón de Rio Grande do Sul".

* * *

El P. Jaeger profundizó la investigación sobre el tema, y como resultado de esos estudios elaboró un trabajo con el título de **Historia de la Introducción del Ganado en Río Grande do Sul.** Fue publicado en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico de Rio Grande do Sul, Año XXIII, Nº 90, con tiraje aparte en folleto que lleva la data del año 1943.

La parte sustancial de aquel trabajo está contenida en el capítulo III que lleva el título de **Un Problema Difícil**, del que se transcribe a continuación los párrafos principales:

"En esta empresa, eminentemente humanitaria, el primer paso era infaliblemente el de de garantizar a los neófitos la necesaria alimentación, sin la cual abortaba fatalmente toda tentativa de arraigar a los selvícolas en lugar fijo, condición "sine qua non" para el sistema de catequesis jesuítica. Todo ser humano, y más aún el salvaje, no tiene el menor interés por asuntos superiores en cuanto no está satisfactoriamente resuelto el problema del cuerpo, dicho sea en otra palabra: el del estómago. Nuestro indio, hallándose hambriento, sólo trataba de fugar hacia la selva o hacia los ríos en procura de algo con qué saciar el hambre.

"Hasta el año de 1634, los misioneros radicados en el antiguo Río Grande se valían casi exclusivamente de los productos agrícolas, reforzados por alguna caza o pesca. Efectivamente, la agricultura, explotada racionalmente, iba dando resultados promisorios, particularmente en la reducción de Santa Teresa de la Sierra, allá por las proximidades de la moderna ciudad de Passo Fundo, donde la abundancia de cereales, garbanzo, maíz y otras legumbres era tal, que les fue posible socorrer generosamente, en cierto año de carestía, a los menos provistos.

"Entre tanto, en este Río Grande do Sul, los padres viéronse acosados desde el principio con un enemigo insuperable de la agricultura, enemigo que hasta hoy nos da mucho qué hacer: los caprichos del clima. Ora eran inundaciones imprevistas, ora sequías impiadosas que arruinaban con demasiada frecuencia las cosechas. Las "Cartas Annuas" de aquella época nos revelan que precisamente los años que precedieron al de 1634 fueron terribles para las sementeras y las huertas, comprometiendo la estabilidad de las Reducciones. Urgía, pues, encontrar una solución inmediata para el magno problema.

"Un hombre providencial que solucionó magistralmente esa incógnita fue un joven y ardoroso boliviano, el Padre Cris-

tóbal de Mendoza, nacido hacia 1589 en Santa Cruz de la Sierra, en las faldas orientales de la cordillera de los Andes, alma eminentemente compasiva para con la suerte del infeliz aborigen amerindio, jesuita que ya terciara armas en defensa de los salvajes del Guairá, contra la rapacidad de la gente del depredador Antonio Raposo Tavares, y había acompañado como discípulo y compañero del grande misionero peruano Antonio Ruiz de Montoya en el épico éxodo de doce mil guaraníes transmigrados de las riberas del Paranapanema hacia el sud del Paraguay, habiendo visto y palpado personalmente los innumerables atropellos, expoliaciones e injusticias de que eran víctimas sus pequeños hermanos, por amor a los cuales él dio de mano a todas las honras y las dignidades terrenales para vestir la librea de Ignacio de Loyola.

"Cristóbal de Mendoza, pues, que vino a Rio Grande do Sul a fines de 1631 o principios de 1632, y fundó en 1632 la primera San Miguel, en la margen izquierda de un afluente del río Ibicuí y se adelantó en 1634 hasta el cauce del Jacuí y río Pardo, habiendo examinado las características de nuestros campos y pastos naturales, convencido de la capacidad de ellos para alimentar con facilidad grandes rebaños, resolvió introducir en esta tierra privilegiada el ganado vacuno.

* * *

Señor Presidente y Colegas del I. H. y G. de R. G. do Sul: Parécenos que durante estos tres siglos no ha sido llevada a efecto todavía una empresa que mayores beneficios hubiese aportado a nuestra tierra natal como ésta. Con efecto desde luego, la res daría al indio un alimento de primera calidad y de facilísima adquisición y tan apreciado por él, que con un buen pedazo de carne ligeramente asado, nuestro tape y guaraní estarían satisfechos; la vaca proporcionaría la sabrosa leche con todos sus derivados; el buey daría un elemento de tracción insustituible para el trabajo y el múltiple transporte terrestre; iniciaríase la magnífica industria del cuero, una de las más productivas de la fase misionaria, sin mencionar el charque, de gloriosa memoria para los tiempos más recien-

tes; y finalmente, proporcionaría a nuestro guaraní, esencialmente indolente por la naturaleza, una ocupación tan agradable como útil, cual era la faena del estanciero y ganadero. Introduciendo el ganado vacuno en las Reducciones, Cristóbal de Mendoza puso sin discusión la piedra angular de nuestra actividad pecuaria, base sobre la cual estriba, hasta hoy, la mayor opulencia de la vida económica riograndense.

Con la intensificación de la agricultura, que nunca fue abandonada, y estuvo siempre floreciente en las Reducciones y por la generalización del ganado vacuno en el medio indígena, los padres de la Compañía realizaron el prodigio de la transformación rápida y feliz de bárbaros salvajes y antropófagos, poco superior a las mismas fieras, en un pueblo agricultor y ganadero.

Al Padre Cristóbal de Mendoza corresponde incontrastablemente el mérito de haber dado el primer impulso para ese milagro étnico - social.

... ...

Cabe concluir estos apuntes con la referencia de que la determinación tomada en fecha 26 de noviembre de aquel mismo año, la Federación de Asociaciones Rurales de Rio Grande do Sul adoptó el nombre de Padre Cristóbal de Mendoza como Patrono y la fecha del 26 de abril, aniversario del feliz tránsito del mismo, como la del homenaje a la ganadería y al ganadero.

Não sendo lícito prestar ao Padre Cristóvão de Mendoza qualquer culto público enquánto não tiver sido beatificado oficialmente pela Igreja, restringimo - nos a narrar ao devoto povo de Santa Lúcia, em ambas as missas de domingo, día 1º de dezembro de 1940, a edificante vida do Padre Cristóvão e sua emocionante morte, convidando a todos, caso o tempo o permitisse, para uma romaria, domingo de tarde, ao lugar junto ao Mamangaba, no intuito de lhes mostrar como alí tudo correspondía aos documentos que descrevem a história do martirio.

Nesta data ia reiniciar "Pai Quirito" sua bondade para com os devotos seus, do século 20. Estando a tempo ameaçador, pedí ao Padre Cristóvão, que, se não chovesse sôbre nós, o haveríamos de interpretar de estarmos no lugar certo de seu martirio. Tendo chovido com abundáncia em nosso derredor, sôbre nós não caiu uma única gota.

Cantando e rezando fomos ao lugar do martírio, benzemos as duas fontes de água azul, das quais a menor secou pouco depois, e verificamos estar presentes duzentas e oitenta pessoas.

Despertamos a confiança no Padre Cristóvão, partindo muiltos para casa munidos de água azul.

No inteito de estimular sempre mais a confiança no herói do Ibía, vão aquí várias graças alcançadas por intercessão do P. Cristóvão, das quais algumas têm visos de verdadeiros milagres, uns conseguidos com o uso de água azul, outros sem ela.

1. JOAO ANTONIO VIEIRA, de 11 anos de idade, filho de Silvino Silveira e de Angelina Danelúz, moradores na Colónia Vitalina, S. Francisco de Paula, dentro da paróquia de S. Lúcia, distante cêrca de hora e meia da matriz, dirigia - se no dia dos Reis de 1941 à Vila para ouvir missa em companhia do pai, quando, de repente, setiu uma dor muito aguda na pupila do ôlho esquerdo, notando - se perto do íris, um ponto preto rodeado de um anel amarelado, à semelhança de pús. Como a dor fôsse aumentando, o menino tornou para casa. De tarde, tendo voltado o pai, examinou a vista do fi-

lho, que se queixava muito, observando que a moléstia nãa tinha desaparecido, mas antes la aumentando. Fizeram aplicaçôes de remédios caseiros, mas sem resultado algum, notando-se pioras no menino. A vista disso, o pai já se disponha a levar a criança ao médico, quando o cunhado Pedro Danelúz deu o conselho de aguardarem o dia de amanhã, uma vez que a noite já estava entrando, as estradas ruins e o caso pouco urgente. Nisso alguém da familia lembrou-se de fazer uma promessa ao Padre Cristóvão para alcançar, por sua intercessão, a cura do menino. E nesta intenção rezaram todos o têrço. O pequeno começou a sentir algum alívio e pôde descansar bem durante a noite. No outro dia, em vista da sensível melhora, desistiu-se da idéia de procurar o médico. Tôdas as noites daquela semana rezou-se o têrço na mesma intenção, e o Joãozinho ia melhorando a olhos vistos de maneira que no domingo seguinte, quando foi à Vila, apresentou-se ao R. P. Marchesi, já sem dor alguma, notando-se apenas na vista um pontinho preto, menor que a cabecinha de um alfinete. O pai emocionado com o caso, narrou ao vigário "o milagre", atribuindo-o à intercessão do "Santo Padre", como ainda hoje chamam ao mártir Padre Mendoza.

2. CATARINA IRENE CALGARO, de sete anos de idade, filha de João Calgaro e Maria Fondêns, moradora das proximidades da séde da paróquia de S. Lúcia, desde pequena andava sempre doente. Teve meningite, não caminhava até cinco anos, falava mal e tudo atrapalhado, podendo-se apenas compreender seus desejos. Ultimamente caminhava, mas tôda cambaleante, erguendo excessivamente as perninhas e atirando-as desajeitadamente. A aflita mãe fèz em companhia da superiora das Irmãs do Puríssimo Coração de Maria em S. Lúcia uma novena ao Padre Cristóvão. Terminada a novena foi comunicar ao vigário a feliz nova que a filhinha estava completamente boa, caminhando bem, falando tão distintamente que se podía compreender iudo. Mas os efeitos da meningite não haviam desaparecido. A grande melhora, a mãe de Catarina atribui-a exclusivamente ao P. Cristóvão.

3. URBANO TERRES, filho de Dioclécio Terres e Maria Gomes Terres, criança de vinte meses, tendo adoecido, foi levado a um médico, que declarou que o menino tinha sarna animal ou cavalar ou de cão. Surpreenderam-se os pais visto não haver animais doentes na redondeza. O menino tinha o corpinho literalmente coberto de feridas, sofrendo horrivelmente durante sete meses de tratamento, sem o mínimo resultado. Desenganados dos meios humanos, levaram os pais o filho à fonte de água azul; pedinro ao P. Cristóvão de Mendoza a graça da cura do pequeno. Com dois banhos apenas ficou completamente curado. Acrescenta o P. João Marchesi a esta informação: "Tenho tido ocasião de falar pessoalmente com o pai algum tempo depois... mostrou-me o gurisinho são e forte, vendose, porém, ainda nas perninhas e no corpo dêle as cicatrizes das feridas, que, na realidade, deviam ter sido muitas e feias. O médico havia receitado Mitigal, supondo ou achando que fôsse, como bem podia ser, sarna animal. Gastou-se um vidro inteiro sem efeito algum. Aí os pais fizeram a promessa de rezar o padre-nosso e ave-maria ao Padre Cristóvão e levar a criança à água azul, onde lhe deram um banho com o qual melhorou logo, e, após oito dias, o segundo, ficando completamente restabelecido."

4. GENOVEVA ZANOL, de 22 anos de idade, filha de Angelo Zanol e Maria Dalla Gasparina, residente em Nova Camáldoli, a trés anos sofria de grande fraqueza, queda dos intestinos, adendicite e outra moléstia. Foi operada de apendicite, sem melhorar dos demais incómodos, apesar dos medicamentos que continuou a tomar. Em janeiro de 1941 fêz a promessa de mandar rezar uma santa missa em gratidão ao Mártir e tomou contînuamente da água azul, notando inmediattamente melhoras, até ficar completamente restablecida, graças ao P. Cristóvão, como ela afirma.

5. MARIA SUELI, filha de João de Castilhos e de Inês Maitelli Castilhos, residentes em S. Lúcia, com oito meses de idade, doente e muito franquinha desde o nascimento, teve forte manifestação de parotidite do lado direito do pescoço, inchando e endurecendo muito ao ponto de o médico local afir-

mar ser necessária uma intervenção cirúrgica, caso não melhorasse em breve, o que aliás, na opinião do facultativo, era pouco provável, acrescentando que poderia sobrevir também meningite na débil paciente.

Nessas angústias, a mãe da doentinha fêz a promessa de mandar rezar uma santa missa ao Padre Cristóvão, e fazer uma visita ao lugar do martírio na água azul. E o executou no dia 15 de agôsto de 1941. Tão grandes eram as dôres que a doentinha sofria, que nem sequer podia suportar a pomada receitada pelo médico e que a mãe com todo o carinho e cuidado procurava passar no pescoço da criança. Com surpresa dos pais, já no dia seguinte suportou a pomada, melhorando sempre desde aquêle dia até sua cura completa, quinze dias depois, sem intervenção cirúrgica alguna. Os pais agradecidos ao Padre Cristóvão pedem que se publíque esta graça.

6. JOAO WEBER SENIOR e SUZANA HIEROLD WEBER, casal de velhos septuagenários, residem nas proximidades de S. Lúcia, em companhia de uma neta de 15 anos que os assiste, contando, como principal recurso de alimentação, uma pequena criação de dez rêzes que se vem criando num ótimo potreiro, aos cuidados da zelosa neta. Aprouve a Deus pôr à prova a fé e a paciència dos bons e piedosos velhinhos. Bateu a peste nos animais, e as vacas, novilhas, terneiros iam morrendo um após outro, mau grado todos os recursos veterinários caté se reduzirem a uma única vaca leiteira que, por cúmulo de infelicidade, pestiou também ao ponto de os técnicos a desenganarem. Os velhinhos viaim - se ameaçados de perderem o melhor e último dos seus recursos. Não perderam, entretanto, a confiança no céu, pedindo a ajuda do Padre Cristóvão. Mandaram fazer uma novena pelas Irmãs do colégio de S. Lúcia, ouvindo que o Padre Cristóvão ia ser proclamado patrono dos estancieiros e criadores de gado. Encomendaram ainda uma missa e aspergiram com uma garrafa de água azul a ração do trato que era dado à vaca. Dentro de poucos dias o animal estava restabelecido, continuando despois a sustentar com o seu rico leite os bons velhinhos agradecidos ao Padre Cristóvão pelo grande beneficio.

São estes os casos mais maravilhosos que conseguimos colher. Outros, com certeza, ainda haverá, que servirão para levar, em breve, nosso bom Pai Querito às honras dos altares, como esperamos.

NOTAS

(1) Tal era la divisa de los duques del Infantado que mandó grabar sobre la portada de su suntuoso palacio de Guadalajara, el segundo duque de este título, D. Iñigo López de Mendoza. Sabido es que éste era nieto del célebre poeta de las Serranillas, su homónimo, y yerno del infortunado condestable D. Alvaro de Luna.

(2) El drama doméstico —o tragedia— que motivó el alistamiento del noble D. Francisco de Mendoza en la expedición al Río de la Plata, no aparece referido, como es natural, ni aún mencionado, en documento alguno de la época. Lo asegura, sí, el cronista Díaz de Guzmán en el capítulo VIII, libro II de "La Argentina", Pág. 131 de la edición de los ANALES DE LA BIBLIOTECA. Roberto Payró, en su biografía novelada EL CAPITAN VERGARA, narra el hecho con lujo de novelescos detalles y hasta da el nombre de Inés de Mena como propio de la infiel esposa y llama Luis Carranza al disoluto misacantante. Lo consideran probable, bajo de ciertas reservas, autoridades contemporáneas en la historia de la conquista platense como Groussac (Nota 117 a la ARGENTINA de Guzmán) y Gandía (Nota 59 al Cap. VI de HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA Y EL PARAGUAY). Lafuente Machain no hace mención alguna del suceso en EL GOBERNADOR IRALA y lo niega en LOS CONQUISTADORES DEL RIO DE PLATA, Pág. 416, arguyendo el hecho de que don Francisco al salir de España apenas tenía 20 años de edad.

(3) En estrictez de verdad, el primer obispo de Asunción fue fray Juan de Barrios y Toledo, quien celebró la erección del obispado antes de venir a su sede, en el pueblo español de Aranda del Duero, el 10 de enero de 1548. Se prevenía para emprender el viaje cuando falleció súbitamente.

(4) Francisco Ortiz de Vergara fue electo gobernador del Paraguay, a raíz de la muerte de Gonzalo de Mendoza, el 20 de agosto de 1558. Salió de Asunción con rumbo a Santa Cruz de la Sierra en octubre de 1564.

(5) Documentos fehacientes aseguran que la muerte de Chaves ocurrió al separarse de la caravana que regresaba a Asunción, en octubre de 1568.

(6) Con lujo de pormenores relata este acontecimiento el arcediano Centenero en el canto XXV de su crítica rimada Gabriel René Moreno (CATALOGO DEL ARCHIVO DE MOJOS Y CHIQUITOS, Pág. 290 y 292) y Enrique Finot (HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL ORIENTE BOLIVIANO, Pág. 218 a 223), dan el hecho como seguro. Este último menciona como prueba documental una carta de Luis de Fuentes, fundador de Tarija, dirigida al Rey en 1º de febrero de 1585, en cuya parte transcrita se hace explícita mención de la trágica muerte de doña María.

(7) Los aborígenes de la comarca donde tuvo asiento la primitiva Santa Cruz eran de nación chiquita, o, si se quiere, chiquitana. Los **Quirabacoas,** una tribu o parcialidad chiquita, moraban en la vega del Sutós hacia el tiempo de la fundación de aquélla, en febrero de 1561. Tales **Quirabacoas,** junto con otros grupos de igual procedencia y lengua, sirvieron de base a la población autóctona de la ciudad ñufleña y fueron empadronados y distribuidos por "encomiendas" entre los concurrentes a la fundación, según aparece largamente señalado en la probanza del escribano Francisco Gallego suscrita en abril de aquel mismo año.
Clanes o parcialidades de nación guaranítica poblaban a la sazón ciertos parajes contiguos, especialmente la floresta del lado occidental, que se extiende hasta las riberas del río Guapay. No pocos de entre éstos hubieron también de ser agregados a la masa de población autóctona de Santa Cruz, igualmente asignados en encomiendas a fundadores y primeros pobladores, como asimismo lo evidencian los citados documentos del escribano Gallego.
Que el Padre Cristóbal dominaba el habla guaraní, lo asugura su biógrafo Aurelio Porto bajo el testimonio del P. Diego de Boroa, que acompañó a aquél en varias de sus andanzas evangélicas por el Guairá y el Tape. Se transcribe a continuación la parte pertinente de la referencia de Porto, en la propia lengua en que fue escrita:
"Efetivamente, ninguém melhor aparelhado para essa gloriosa empresa do que êsse jovem boliviano, como acentua nosso informante Boroa: "per seu talento e boas qualidades, facilidades e dominio da lingua dos naturais em que foi aventajado, e o dominio que Nosso Senhor lhe havia dado sobre os indios e o animo e fortaleza com que o acometia as dificultades e sobretudo aquele zelo e desejo de sua salvacão e conversão. (Pide MISSOES DO SECULO XVIII, en ANAIS DO III CONGRESSO SUL - RIOGRANDENSE DE HISTORICA E GEOGRAPHIA. Porto Alegre, 1940).

(8) La carta anua de la Provincia Jesuítica del Perú correspondiente a 1596, citada y resumida por Pastells en su HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LA PROVINCIA DEL PARAGUAY, Pág. 98 a 99, expresa que la residencia jesuítica de Santa Cruz fue establecida el año 1585; y que el año de la carta residían en esta ciudad y misionaban en sus cercanías los PP. Samaniego, Velázquez y Miranda y el Hno. Sánchez.

(9) El P. Diego de Torres en la 4ª Carta Anua del Paraguay, fechada en Córdoba en febrero de 1613, dice textualmente: "Aestos hermanos Nouicios, con no ser de mucha edad les dio Nsr Sr tanto Valor y Constancia en sus Vocaciones q con razones y lágrimas Vencieron asus Padres nosolo parq' les diessen licencia para entrar en la Compa. sin que pidiessen ellos mesmos q los reciuiese como lohan hecho".

(10) El P. Leonardt, en las notas a la edición de las Cartas Anuas hecha por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, le llama Ferrufino. Según él, era natural de Milán y vino a Córdoba en 1607, juntamente con el P. Diego de Torres.. Murió en la reducción de Mártires, en 1622.

(11) La Anua de 1614 no menciona, es cierto, a nuestro Cristóbal. Más aún: A continuación del párrafo transcripto añade: **Huic ergo cuius nomen tacetur...** Sin embargo, las reiteradas referencias que en su CONQUISTA ESPIRITUAL hace el P. Montoya sobre el brillante noviciado del P. Mendoza, evidencian que el Provincial referíase a él y no a otro alguno.
De su parte el Padre Diego de Boroa expresa: "Procedió desde su noviciado con gran ejemplo de humildad y desprecio de sí mismo, dando en toda ocasión, hasta el último día de su vida, en que fue martirizado, rarísimos ejemplos de esa virtud. Era suave en su trato y amable para con todos y muy caritativo e íbasele el corazón viendo algún pobre necesitado, procurando socorrerlo en lo que podía."
Comenta asimismo su biógrafo el P. Jaeger: "Dos virtudes singularizaron a nuestro religioso desde el principio: Un irresistible deseo de padecer y sufrir por Cristo y una imponderable mansedumbre. Dicen sus contemporáneos que el P. Cristóbal nunca alteraba la voz y jamás se le oyó una queja entre los padecimientos de una vida consagrada al sacrificio y al martirio. Curioso y conmovedor es que todos los documentos contemporáneos refiriéndose a él siempre le llaman: El buen padrecito Cristóbal". (**O Herói do Ibía**, Pg. 10).

(12) Este y los anteriores relatos han sido tomados casi a la letra de la Quinta Anua del P. Diego de Torres.

(13) Señálase el año 1622 como el de la entrada del P. Mendoza a las misiones del Guayrá, valiéndose del dato proporcionado por él mismo en la información que sobre las devastaciones de los portugueses mandó levantar el provincial P. Vázquez Trujillo. Expresa el P. Mendoza el 4 de abril de 1631 que se encuentra en el Guayrá "desde nueve años atrás".

(14) Presumimos que el río Natinguí —con perdón del **lapsus calami** que aparece en el texto— es el actual Cinzas, afluente del Paranapanema, a juzgar por los datos que se tiene de las ubicaciones y distancias medias por los jesuitas y calculadas sobre el mapa del Brasil editado por el "Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística" en 1945.

(15) Estos **Cabelludos** o **Camperos** no aparecen mencionados, al menos son estos nombres o sus equivalentes, entre los grupos indígenas del Brasil de la conquista. Sin embargo, cotejadas las descripciones de los jesuitas que seguimos en el texto, con las que hace Almeida Prado, reproduciendo a Capistrano de Abreu, podemos identificarlos con los **Cariris.** Por su parte, Varnhagen establece estrechas relaciones entre los **carirís** y los conocidos **aimorés** de la región bahiana, asegurando que se trata de un solo grupo cuyas parcialidades migraron mucho tiempo atrás hasta ubicarse sobre regiones bastante alejadas la una de la otra. Coinciden, en efecto, las descripciones que hacen de los **cruentos Aimores**, viajeros como Gabriel Soares y Fernao Cardim, con las hechas por los jesuitas, principalmente en la manera de llevar los cabellos y desfigurarse la cara..
Con respecto a los indígenas reducidos en las misiones, expresa Capistrano de Abreu: "Os carijós cuja multiplicidade tanto me deu que fazer, são os indios dos jesuitas, capturados nas misiones pelos paulistas cazadores de indios" (Almeida Prado OS PRIMEIROS POVADORES DO BRASIL, Pág. 146).

(16) Los campos de que habla la relación anterior, son probablemente, los que se extienden al noreste de la pequeña sierra de Paranapiacaba, hacia el curso alto del río Paranapanema, estado de Paraná (Cf. Baptista Pereira PELO BRASIL MAIOR. Biblioteca Pedagógica Brasilera. Vol. 21).

(17) En un mapa anónimo de las misiones jesuíticas del Paraguay, reproducido en facsímil en el tomo I de Pastells, la comarca de Iñeay está ubicada sobre el Ivahí, y la de Tayaoba algo más río abajo.

(18) Cf. Declaración del P. Ruiz de Montoya en el proceso informativo que mandó levantar el provincial P. Vázquez Trujillo sobre las depredaciones de los bandeirantes. Tal declaración fue prestada en el río Paraná, el 28 de abril de 1631.

(19) Según Azara, la reducción de San Miguel estuvo situada a 28º 45' de lat S. (Cf. GEOGRAFIA FISICA Y ESFERICA DE LAS PROVINCIAS DEL PARAGUAY Y MISIONES GUARANIES).

(20) De este episodio y sus resultas en la faena ganadera de la región meridional del Brasil se ocupa el P. Luis Gonzaga Jaeger en su opúsculo: HISTORIA DA INTRODUCAO DO GADO NO RIO GRANDE DO SUL. Las partes sustanciales de esta monografía van en el Apéndice, traducidas al español por quien escribe las presentes líneas.

(21) P. Borda: LITT. ANNUAE PROV. PARAQUARIAE ANNI MDCXXXVIII. Cap. XX.

(22) P. Montoya: "Conquista Espiritual". Cap. LXIX.

(23) Los jesuitas Urrea y López fueron sacrificados por los indios chunchos del oriente peruano en la última década del siglo XVI, cuando empezaban en aquellas tierras la obra de evangelización. Los padres Vecchi y Aranda y el lego Moltalván lo fueron en la comarca de Chille llamada Ellicura, en 1612. El criollo rioplatense Roque González de Santa Cruz y sus compañeros Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, sabido es que recibieron el martirio en la comarca de Caaró, vecina a la del Tape, a la otra banda del rio Yacuí, el año 1928.
Antes que los anteriores ya habían hallado la muerte a manos de los naturales el P. Martínez y el P. Segura en la península de Florida, durante los años 1566 y 1567, respectivamente. Los jesuitas portugueses Ignacio de Acebedo y Pedro Dias, fueron atacados y muertos por corsarios hugonotes cuando se dirigían al Brasil, entre los años 1570 y 1571. El primero de estos ha merecido los honores de la beatificación.

FUENTES DE INFORMACION

ESTIRPE

BIBLIOGRAFICAS:—

Enrique de Gandía.— Historia de la Conquista del Río de la Plata y el Paraguay.
R. de la Fuente Machain.— Los Conquistadores del Río de la Plata.
Enrique Finot.— Historia de la Conquista del Oriente Boliviano.
Carril, Bonifacio del.— Los Mendoza. Emecé Editores. Buenos Aires.
Vázquez - Machicado, Humberto.— Avatares de Santa Cruz. Santa Cruz de la Sierra, 1952 y 1961.

DOCUMENTALES:—

Información de Servicios del Gobernador Lorenzo Suárez de Figueroa.
Información de Servicios de Gonzalo Soliz Helguín.
Informe del Gobernador de Santa Cruz, Juan Pérez de Zurita.

VOCACION

BIBLIOGRAFICAS:—

Ludwig Macuse.— Ignacio de Loyola.
Ignacio Casanova.— San Ignacio de Loyola.
Javier Alegre.— Memorias para la Historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en la Nueva España.
P. Pablo Pastells.— Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. T. I.

Francisco Adolfo de Varnhagen.— Historia Geral do Brasil.
Roberto Levillier.— Guerras y Conquistas en Tucumán y Cuyo.
Roberto Levillier.— Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán, tomos I y II.
San Ignacio de Loyola.— Reglas de la Compañía de Jesús.

DOCUMENTALES:

Cuarta Carta Anua de la Provincia Paraguaya, dirigida por el P. Diego de Torres al General de la Compañía, en febrero de 1613.
Quinta Carta Anua del P. Torres, fechada el 8 de abril de 1614.
Carta del P. Juan Bautista Ferrusino al P. Provincial, fechada en diciembre de 1612.

PAY QUIRITO

BIBLIOGRAFICAS:—

Pastells.— Op. cit.
Varnhagen.— Op. cit.
Antonio Ruiz de Montoya.— Conquista Espiritual en la Provincia del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape. (Ed. Bilbao, 1892).
Alfonso Taunay.— Historia Geral das Bandeiras Paulistas.
Lima Figueiredo.— Limites do Brasil.
F. Almeida Prado.— Os primeiros Povoadores do Brasil.
E. Rodríguez Fabregat.— El Hombre que no quiso ser rey.
Enrique de Gandía.— Las Misiones Jesuíticas y los Bandeirantes Paulistas.

DOCUMENTALES:—

Duodécima carta anua, del P. Nicolás Mastrilli Durán, dirigida el 12 de noviembre de 1628.
Carta del P. Ruiz de Montoya al Provincial del Paraguay, P. Vázquez Trujillo, en junio de 1629.
Carta e Información del P. Simón Masseta al Procurador General de las Indias en España. Resumida en Pastells, t. I.
Información que mandó levantar el Provincial Francisco Vázquez Trujillo a S. M., de los graves daños que han hecho los portugueses en las misiones del Guayrá.

OCASO

BIBLIOGRAFICAS:—

Lima Figueiredo.— Op. cit.
Pastells.— Op. cit.
Ruíz de Montoya.— Op. cit.
Teshauer.— Historia Geral do Rio Grande do Sul.
Aníbal Mattos.— Joseph de Anchieta.

DOCUMENTALES:—

Carta del P. Boroa al P. Ruiz de Montoya, escrita el 11 de octubre de 1639.
Carta Anua dirigida al General de la Compañía por el Provincial P. Diego de Boroa en 13 de agosto de 1637.

INVITACION DEL COMITE NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA REPUBLICA AL SEÑOR HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ PARA LA PUBLICACION DE LA OBRA.

La Paz, Abril 10 de 1975.

S.G. Nº 0473/75/C.N.S.

Señor
Don HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ.
Charcas 325.
Santa Cruz de la Sierra.

De mi especial consideración:

El Comité Nacional del Sesquicentenario de la República, que tengo la honra de dirigir, tiene el propósito de celebrar este suceso histórico con actos imperecederos y dignos de nuestra cultura; es así que ha determinado reeditar una serie de libros nacionales de autores bolivianos de reconocido prestigio.

En consecuencia me permito consultarle. la posibilidad de hacer una nueva edición de alguno de los libros de que es usted autor, elección que dejo a su ilustrado criterio.

Al hacerme conocer su favorable determinación le ruego que también indique las condiciones en que usted permitiría esta reedición, que sería una digna forma de recordación de los 150 años de vida independiente de Bolivia.

Desde ahora le quedo agradecido por la atención que preste a mi petición y aprovecho de esta oportunidad para saludar a usted muy atentamente y confirmarle las seguridades de mi especial consideración.

Gral. Div. René González Torres

Director Ejecutivo del Comité Nacional
del Sesquicentenario de la República.

Santa Cruz de la Sierra - Bolivia, a 15 de mayo de 1975.

Sr. General don
René González Torres,
Director Ejecutivo del Comité Nacional
del Sesquicentenario de la República.
LA PAZ.

Mi estimado señor General:

Con extraordinaria demora, y tanto más por haber venido por la vía terrestre, he recibido hace pocos días su estimable carta de 10 del pasado mes. Rogando a usted se digne excusar la demora a todas luces ajena a mi voluntad, me es grato responder al tenor de aquélla.

Empiezo por agradecer a usted la gentileza de haberse fijado en mi modesta obra de escritor para solicitarme o más bien proponerme, la reedición de algunos de mis libros. Es un honor para mí, y máxime si tal reedición es parte de la celebración del sesquicentenario de nuestra independencia.

Aún abrigando temores de que por la involuntaria demora el tenor de mi respuesta sea extemporáneo, respondo a la amable propuesta en la forma de la aceptación.

Revisando mis humildes trabajos dados a la estampa años atrás, encuentro con uno cuyo tiraje se agotó en pocos meses y mereció una buena aceptación en países vecinos como Brasil, Paraguay y la Argentina. Se trata de la biografía de un misionero jesuita, nativo del Alto Perú, Bolivia, que ejerció su ministerio en el primer tercio del siglo XVII, en los territorios misioneros de lo que hoy es el Paraguay y sud del Brasil. Fue muerto a manos de los selvícolas y por esa razón se le tiene como mártir. Su memoria goza de un extraordinario prestigio en los estados brasileros de Santa Catalina y Rio Grande do Sul, a extremos tales que la arquidiócesis de Porto Alegre y otras diócesis de aquella zona han elevado ante la Sede Romana la causa de postulación para su canonización como santo. La mía no es la única ni la primera biografía que

se ha escrito acerca de él. El escritor y diplomático Aurelio Porto compuso y publicó una, en 1945. Otra, con el título de "O heroi de Ibía" ha escrito el catedrático de la universidad católica de aquella misma ciudad, P. Luis Gonzaga Jaeger.

Olvidaba lo principal, su nombre, y aquí va en lugar preferente: El P. Cristóbal de Mendoza.

He escogido este libro y no otro porque la figura del biografiado ha cobrado importancia internacional. Si a su primera muestra de amabilidad y deferencia para con este servidor, añadiera usted una más, le quedaría yo más profundamente agradecido aún. Consiste tal amabilidad en que usted me manifieste si aún hay tiempo para ello y hay posibilidad de la edición. A vuelta de correo le enviaría yo originales con la modesta pretensión de autor que usted puede suponer. Señalo a propósito que el texto de la primera edición haría algunas enmiendas y añadidos, éstos en razón de haber obtenido algunos nuevos datos acerca del personaje, con posterioridad a la publicación del libro.

Me valgo de esta ocasión para hacer presente al señor General González Torres la expresión de mis respetuosas simpatías personales.

Hernando Sanabria Fernández.

INDICE

La presente edición se terminó de imprimir bajo la Dirección del Comité del Sesquicentenario de la República, el día 20 de mayo de 1976, en los talleres de Litografías e Imprentas Unidas S. A., calle Colón Nº 618.
La Paz — Bolivia.